

COMENTARIOS DE LA GUERRA CIVIL

JULIO CÉSAR

Freeditorial 

LIBRO PRIMERO

I. Después que Fabio entregó a los cónsules la carta de Cayo César, costó mucho recabar de éstos el que se leyese en el Senado, aun mediando para ello las mayores instancias de los tribunos del pueblo, pero nada bastó para reducirlos a que hicieran la propuesta al tenor de su contenido; y así sólo propusieron lo tocante a la República. Lucio Lentulo, uno de los cónsules, promete no desamparar al Senado y a la República, como quieran votar con resolución y entereza; pero si tiran a contemplar a César y congraciarse con él, como lo han hecho hasta ahora, tomará por sí solo su partido, sin atender a la autoridad del Senado, que también él sabrá granjearse la gracia y amistad de César. Escipión se explica en los mismos términos, afirmando que Pompeyo está resuelto a no abandonar la República si encuentra apoyo en el Senado; pero que si éste se muestra irresoluto y blanda, después, aunque quiera, en balde implorará su ayuda.

II. Esta proposición, como se tenía el Senado en Roma, estando Pompeyo a sus puertas, parecía salir de la boca del mismo Pompeyo. Algún otro dio parecer más moderado; tal fue, primero el de Marco Marcelo, que se esforzó en persuadir que no se debía tratar en el Senado lo concerniente a la República antes que se hiciesen levas por toda Italia y estuviesen armados los ejércitos, con cuyo resguardo pudiese el Senado segura y libremente decretar lo que mejor le pareciese; tal el de Marco Calidio, que insistía en que Pompeyo fuese a sus provincias para quitar toda ocasión de rompimiento; que César se recelaba de que Pompeyo en haberle sonsacado las dos legiones no tuvo más mira que servirse de ellas contra su persona, y tener estas fuerzas a su disposición en Roma; tal es el fin de Marco Rufo, que con alguna diferencia de palabras convenía en la sustancia con Calidio. Se opuso violentamente a estos tres Lucio Lentulo, y se cerró en que no había de proponer el voto de Calidio. Así Marcelo, aterrado con los baldones, abandonó su parecer, y así

violentados los más por la destemplanza del cónsul, terror del ejército presente, y amenazas de los amigos de Pompeyo, siguen mal de su grado la sentencia de Escipión: «que dentro de cierto término deje César el ejército; donde no, se le declare por enemigo de la República». Opónense Marco Antonio y Quinto Casio, tribunos del pueblo, Pónese al punto en consejo la protesta; díctanse sentencias violentas. Quien acertó a explicarse con más desabrimiento y rigor, ése se lleva mayores aplausos de los enemigos de César.

III. Despedido por la tarde el Senado, llama Pompeyo a todos los senadores. Alaba el ardor de los unos, y los confirma para en adelante; vitupera la tibieza de otros, y los estimula. Muchos soldados veteranos de Pompeyo son convidados de todas partes con premios y ascensos, y muchos son llamados de las dos legiones entregadas por César. Llénase Roma de ellos. Cayo Curión exhorta a los tribunos del pueblo a mantener el derecho de las Cortes. Todos los amigos de los cónsules, los deudos de Pompeyo y de los enemistados con César entran en el Senado. A sus voces y concurso los cobardes se amedrentan, afiánzanse los vacilantes, si bien la mayor parte queda privada de votar libremente. Ofrécese el censor Lucio Pisón con el pretor Lucio Roscio a ir a César e informarle de todo, a cuyo fin piden seis días de término. Hubo dictámenes sobre que se despachasen diputados a César, que le declarasen la voluntad del Senado.

IV. A todos éstos se contradice, oponiendo a su dictamen el voto del cónsul, Escipión y Catón . A Catón mueve en todo esto su enemistad antigua con César y el escozor de la repulsa ; a Lentulo sus muchas deudas y la expectativa de mandar ejércitos y provincias, y los gajes por los títulos de reyes, jactándose entre los suyos que ha de ser otro Sila y ha de mandarlo todo. A Escipión le incita igual esperanza de alguna intendencia de provincia y generalato de los ejércitos, persuadido a que Pompeyo los partiría con él por razón del parentesco ; no le aguija menos el temor de las pesquisas, la adulación y la vanidad así propia como de los poderosos, que a la sazón eran dueños de la República y de los tribunales. Pompeyo, inducido por los enemigos de César, y por no sufrir otro igual en dignidad, había totalmente renunciado a su amistad y reconciliándose con los enemigos de ambos a dos, siendo así que la mayor parte de éstos se los había conciliado él mismo, allá cuando emparentaron. Sonrojado también de la infamia en quedarse con las dos legiones destinadas al Asia y Siria, por sostener su potencia y predominio, estaba empeñado en decidir el negocio por las armas.

V. Por estas causas todo se trata desatinada y tumultuariamente; ni se da tiempo a los parientes de César para informarle de lo que pasa, ni a los tribunos se les permite mirar por su seguridad, ni siquiera mantener el derecho de protestar , último recurso que Lucio Sila les había dejado; sino que al séptimo día se ven obligados a pensar en su seguridad, cuando en tiempos atrás los tribunos más sediciosos no solían temer hasta el mes octavo la

residencia. Recúrrese a aquel último decreto del Senado , que antes jamás llegó a promulgarse, por atrevidos que fuesen los promulgadores, sino en los mayores desastres de Roma y en casos del todo desesperados, cuyo tenor es: «Velen los cónsules, los pretores, los tribunos del pueblo y los procónsules de la jurisdicción de Roma, porque la República no padezca menoscabo. » Estos edictos se publican a 7 de enero. Por manera, que a los cinco días en que pudo haber Senado, después que Lentulo comenzó su consulado, no contando los dos de audiencia pública, se firman los decretos más violentos y rigurosos contra el imperio de César y contra los tribunos, sujetos de la mayor representación. Éstos huyen al punto de Roma, y se refugian junto a César, el cual estaba entonces en Ravena, esperando respuesta a sus muy equitativas proposiciones, por ver si se daba algún corte razonable con que se pudiesen ajustar en paz las diferencias.

VI. Pocos días después se tiene Senado fuera de Roma. Pompeyo confirma lo mismo que por boca de Escipión había declarado; alaba el valor y la constancia del Senado; hace alarde de sus fuerzas, diciendo que tiene a su mando diez legiones; que por otra parte sabe por cierto que la tropa está disgustada de César, y no es posible reducirla a que se ponga de su parte y le siga. En orden a los otros puntos se propone al Senado que se hagan levass por toda Italia; que Fausto Sila vaya en calidad de pretor a Mauritania; que se dé a Pompeyo dinero del erario. Propónese también acerca del rey Juba que sea reconocido por aliado y amigo; pero Marcelo dice no lo permitirá en las circunstancias. En lo tocante a Fausto, se opone el tribuno Filipo . Sobre los demás negocios se forman decretos del Senado. Destíñanse las intendencias de provincia para sujetos sin carácter; dos de ellas consulares, las otras pretorias. A Escipión tocó la Siria; la Galia a Lucio Domicio. Filipo y Marcelo, por manejo de algunos particulares, no son puestos en lista, ni entran en suertes. A las demás provincias envíanse pretores, sin esperar a que, según práctica, se dé parte de su elección al pueblo, y vestidos de ceremonia, ofrecidos sus votos, se pongan en camino. Los cónsules, cosa hasta entonces nunca vista, se salen de Roma; y los particulares van por la ciudad y al capitolio con maceros contra toda costumbre. Por toda Italia se alista gente; se manda contribuir con armas; se saca dinero de las ciudades exentas, y se roba de los templos, atropellando por todos los fueros divinos y humanos.

VII. Recibidas estas noticias, César, convocando a sus soldados, cuenta los agravios que en todos tiempos le han hecho sus enemigos; de quienes se queja que por envidia y celosos de su gloria hayan apartado de su amistad y maleado a Pompeyo, cuya honra y dignidad había él siempre procurado y promovido. Quéjase del nuevo mal ejemplo introducido en la República, con haber abolido de mano armada el fuero de los tribunos, que los años pasados se había restablecido; que Sila, puesto que los despojó de toda su autoridad, les dejó por lo menos el derecho de protestar libremente; Pompeyo, que parecía

haberlo restituido, les ha quitado aun los privilegios que antes gozaban; cuantas veces se ha decretado que «velasen los magistrados sobre que la República no padeciese daño» (voz y decreto con que se alarma el Pueblo Romano) fue por la promulgación de leyes perniciosas, con ocasión de la violencia de los tribunos, de la sublevación del pueblo, apoderado de los templos y collados; escándalos añejos purgados ya con los escarmientos de Saturnino y de los Gracos; ahora nada se ha hecho ni aun pensado de tales cosas; ninguna ley se ha promulgado; no se ha entablado pretensión alguna con el pueblo, ninguna sedición movido. Por tanto, los exhorta a defender el crédito y el honor de su general, bajo cuya conducta por nueve años han felicísimamente servido a la República, ganado muchísimas batallas, pacificado toda la Galia y la Germania. Los soldados de la legión decimotercia, que se hallaban presentes (que a ésta llamó luego al principio de la revuelta, no habiéndose todavía juntado las otras), todos a una voz responden estar prontos a vengar las injurias de su general y de los tribunos del pueblo.

VIII. Asegurado de la voluntad de sus soldados, marcha con ellos a Rimini, y allí se encuentra con los tribunos que se acogían a él; llama las demás legiones de los cuarteles de invierno, y manda que le sigan. Aquí vino Lucio César el mozo, cuyo padre era legado de César. Éste, después de haber referido el asunto de su comisión, declara tener que comunicarle de parte de Pompeyo algunos encargos que le dio privadamente, y eran: «querer Pompeyo justificarse con César, para que no atribuyese a desaire de su persona lo que hacía por amor de la República; que siempre había preferido el bien común a las obligaciones particulares; que César igualmente por su propio honor y respeto a la República debía deponer su empeño y encono, sin ensañarse tanto con sus enemigos; no sea que, pensando hacerles daño, dañe más a la República». A este tono añade algunas cosas, excusando siempre a Pompeyo. Casi lo mismo y sobre las mismas especies le habla el pretor Roscio, como oídas al mismo Pompeyo.

IX. Aunque todo esto al parecer nada servía para sanear las injurias, no obstante, aprovechándose de la ocasión de sujetos abonados para participar por su medio a Pompeyo cuanto quisiese, pide a entrambos que, pues se han encargado de hablarle de parte de Pompeyo, no se nieguen a llevarle su respuesta, a trueque de poder a muy poca costa cortar grandes contiendas y librar de sobresaltos a toda Italia: «que siempre la dignidad de la República tuvo el primer lugar en su estimación, apreciándola más que su vida; lo que había sentido era que sus enemigos, afrentosamente, le despojasen del beneficio del Pueblo Romano, y le hiciesen ir a Roma privado del gobierno de medio año contra su mandamiento que ordenaba se contase con él en su ausencia para el primer nombramiento de cónsules; con todo, por amor de la República había llevado con paciencia esta mengua de su honor; y habiendo

escrito al Senado que todos dejaran las armas, ni aun eso se le concedió; por toda Italia se hacen levadas; retienen las dos legiones que le quitaron so color de hacer guerra a los partos; la ciudad está en armas. ¿A qué fin todo este aparato, si no es para su ruina? Como quiera, él se allanará a todo y pasará por todo por el bien de la República. Váyase Pompeyo a sus provincias; despidan los dos sus tropas; dejen todos en Italia las armas; líbrense la ciudad de temores; haya libertad en las Cortes, y tengan el Senado y Pueblo Romano a su mandar la República. Para que todo se cumpla más fácilmente y bajo condiciones seguras, se confirme con juramento: o bien venga Pompeyo más cerca, o déjele ir allá; que abocándose los dos, sin duda se compondrán las disensiones».

X. Aceptada la comisión, Roscio llegó a Capua con Lucio César, donde halló a los cónsules y a Pompeyo. Expone las demandas de César; ellos, consultado el negocio, dan la respuesta por escrito, remitiéndola por los mismos, contenida en estos términos: «Volviese César a la Galia; saliese de Rimini; despidiese las tropas. Si así lo hiciese, iría Pompeyo a España. Entre tanto, hasta recibir seguridad de que César estaría a lo prometido, los cónsules y Pompeyo no habían de interrumpir las levadas.»

XI. Era una sinrazón manifiesta pretender que César saliese de Rimini y volviese a su provincia, mientras él mismo retenía las provincias y legiones ajenas; querer que César licenciase sus tropas, y hacer él reclutas; prometer de ir a su gobierno, y no determinar plazo de la ida; de modo que pudiera muy bien Pompeyo mantenerse quieto en Italia, aun pasado el consulado de César, sin faltar a su palabra o sin incurrir la nota de pérfido. Sobre todo el no dar tiempo para las vistas, ni haberlas querido aceptar cerraba la puerta a toda esperanza de paz. Por tanto, destaca desde Rimini a Marco Antonio con cinco cohortes a la ciudad de Arezo; él se queda en Rimini con dos, y allí empezó a hacer levadas. Guarnece a Pésaro, Fano y Ancona con cada cohorte.

XII. Informado en este intermedio cómo el pretor Termo tenía ocupado con cinco cohortes a Gubio y lo estaba fortificando, y cómo todos los ciudadanos estaban de su parte, despachóles a Curión con tres cohortes que tenía en Pésaro y Rimini. A la nueva de su venida Termo, mal satisfecho de la voluntad de los vecinos, saca de la ciudad las cohortes y retírase. Desampáranle los soldados en el camino y recógenle a sus casas. Curión, con suma alegría de todos, es recibido en Gubio. Con estas noticias, César, satisfecho de la buena ley de los pueblos, saca de los presidios las cohortes de la legión decimotercia y pártese a Osimo, lugar fuerte, que defendía Accio con algunas cohortes de guarnición, y enviando senadores por los contornos hacía levadas en toda la comarca.

XIII. Sabida la llegada de César, el ayuntamiento de Osimo se presenta en cuerpo a Accio Varo, y le intiman «que ni a ellos toca el decidir, ni los demás ciudadanos pueden sufrir que a César, capitán general por tantas hazañas y

benemérito de la República se le cierran las puertas de la ciudad; por tanto, tenga cuenta con su reputación y el peligro que le amenaza». Movido Accio Varo del razonamiento, saca de la plaza la guarnición que había metido, y huye. Alcanzándole algunos soldados de las primeras filas de César, le obligan a detenerse; viniendo a las manos, desamparan a Varo los suyos, algunos de los cuales se retiran a sus casas, mientras los demás van a rendirse a César. Juntamente con éstos fue preso y presentado Lucio Pupio, centurión de la primera fila, en cuyo grado había servido antes en el ejército de Cneo Pompeyo. César, después de haber alabado a los soldados de Accio, da libertad a Pupio, y a los de Osimo las gracias, prometiéndoles tener presentes sus servicios.

XIV. Publicadas en Roma estas noticias, sobrevino de repente tal terror, que yendo el cónsul Lentulo a sacar dinero del erario, para dárselo de orden del Senado a Pompeyo, a la hora, dejando abiertas las arcas reservadas, escapó de la ciudad, porque corría una voz falsa, que César estaba en camino y su caballería a las puertas. Tras del cónsul fueron su compañero Marcelo y los demás magistrados. Cneo Pompeyo, partido de Roma el día antes, iba caminando a las legiones recibidas de César, alojadas de orden suya en cuarteles de invierno por la Pulla. Suspéndense las levadas dentro de Roma. En ninguna parte hasta Capua se tienen por seguros. En Capua empiezan a respirar y a volver en sí del susto, y alistar gente de los colonos que por la ley Julia se habían allí establecido. A los gladiadores que César tenía en aquella ciudad adiestrándolos en la esgrima, sacándolos a la plaza, los da Lentulo por libres, y repartiéndoles caballos, mandóles que le siguiesen; bien que después, advertidos de los suyos que aquello parecía muy mal a todos, los distribuyó para guarda de la gente por las familias de la jurisdicción de Campania.

XV. César, pasando de Osimo adelante, corrió toda la Marca de Ancona, siendo recibido con los brazos abiertos por todas las regencias de aquellas partes, y su ejército abastecido de todo lo necesario. Aun de Cingoli, lugar fundado y edificado a expensas de Labieno, le vienen diputados, ofreciéndose a servirle afectuosísimamente en cuanto les mandare. Mándales dar soldados, y se los dan. En esto la legión duodécima se junta con César, y él ya con dos toma el camino de Ascoli, ciudad de la Marca. Defendíala Lentulo Espinter con diez cohortes; mas sabiendo la venida de César, desamparó la plaza, y queriendo llevar consigo por fuerza la guarnición, deserta gran parte de los soldados. Caminando ya con los pocos que habían quedado, encuéntrase con Vibulio Rufo, despachado por Pompeyo a la Marca de Ancona para mantenerla en su partido. Certificado Vibulio por éste del estado de las cosas en la Marca, entrégase de los soldados y le despacha. Forma de paso en la comarca todas las compañías que puede de las levadas hechas por Pompeyo, entre las cuales recoge a seis de Ulcile Hirro que venían huyendo de Camerino, donde las tenía de guarnición. Con éstas completa trece, y con

todas ellas a grandes jornadas llegó a unirse con Domicio Aenobarbo en Corfinio, dándole noticia de que César estaba cerca con dos legiones. Domicio por su parte había formado veinte cohortes de Alba, de los marsos, peliños, y de los países vecinos.

XVI. César, después de haber tomado Ascoli y echado a Lentulo, manda buscar los soldados desertores de éste y hace levadas, y deteniéndose un día para proveerse de víveres, va derecho a Corfinio. A su llegada cinco cohortes, destacadas de la plaza por Domicio, estaban derribando un puente distante de la ciudad cerca de tres millas; donde trabado un choque con los batidores de César, echados prontamente del puente, se retiraron a la plaza. Pasó César las legiones y sentó los reales junto a la muralla.

XVII. Esto que vio Domicio, escribe a Pompeyo a la Pulla con unos prácticos del país a quienes hizo grandes ofertas, pidiéndole socorro con muchas instancias: «que sería fácil el cerrar a César entre los dos ejércitos cogidos los desfiladeros, y cortarle los víveres; que si no le acude, él con más de treinta cohortes y gran número de senadores y caballeros romanos estaría a pique de perderse». Entre tanto, animando a los suyos, arma las baterías en los muros, y a cada uno señala los puestos que han de guardar para la defensa de la plaza; ofrece públicamente a los soldados de sus heredades cuatro yardas de tierra por cabeza, con aumento a proporción de su grado a los centuriones y voluntarios.

XVIII. En esto tiene César aviso que los de Sulmona (ciudad distante de Corfinio siete millas) estaban a su devoción; pero que se oponían Quinto Lucrecio, senador, y Accio Felino, que con siete cohortes de guarnición defendían la plaza. Envía, pues, allá a Marco Antonio con cinco cohortes de la legión séptima. Los sulmonenses que avistaron nuestras banderas, abrieron las puertas, y todos a una, vecinos y soldados salieron con aclamaciones al encuentro de Antonio. Lucrecio y Accio se descolgaron del muro. Éste pidió a Antonio le dejase ir adonde estaba César. Antonio el mismo día de su partida da la vuelta con las cohortes y con Accio. César unió estas cohortes a su ejército, dejando que Accio se fuese libre. Los tres primeros días empleó en atrincherarse muy bien y en acarrear trigo de los lugares vecinos, ínterin llegaba el resto de sus tropas; y en estos mismos tres días se le juntaron la legión octava y veintidós cohortes de las nuevamente alistadas en la Galia, y al pie de trescientos caballos remitidos por el rey Norico; por su llegada forma otro campo a la otra banda de la ciudad al mando de Curión. Los días siguientes emprendió el sitio formal de la plaza cercándola con una contravalación de torreones y cubos. Concluida la mayor parte de la obra, vuelven los enviados de Domicio a Pompeyo.

XIX. Domicio, leído la respuesta, disimulando su contenido en la junta, dice que Pompeyo vendría presto a socorrerles, y los exhorta a no caer de ánimo y a preparar lo necesario para la defensa de la plaza. Descúbrese con algunos

confidentes suyos, y resuelve tomar el partido de la fuga. Como el semblante de Domicio no estaba acorde con sus palabras, y mostraba en todo más turbación y desaliento que los días antecedentes, conferenciando mucho en secreto con los suyos a fin de aconsejarse y huyendo de las juntas y concursos de la gente, ya no se pudo encubrir más ni disimular el intento. Fue el caso que Pompeyo había escrito «que él no se había de aventurar a perderlo todo, ni Domicio se había metido en Corfinio por consejo o voluntad suya. Por tanto, si hallase algún arbitrio, viniese a su campo con toda la gente». Lo cual no era factible a causa de la trinchera de César.

XX. Habiéndose divulgado el intento de Domicio, la guarnición se amotina a la hora de la siesta, y por boca de sus tribunos, centuriones y los sujetos de más cuenta de su clase se representaban unos a otros: «que César los tenía bloqueados; que las líneas y fortificaciones estaban para concluirse; que su capitán Domicio, por cuyas esperanzas y seguridades se habían mantenido, abandonándolo todo, trataba de huirse; qué ellos habían de mirar por sí». Los marsos al principio no consienten en esto, antes se apoderan de la parte del castillo que creían más fortificada; y llegó a tanto la disensión, que estaban para venir a las manos y decidir con las armas el negocio. Sin embargo, poco después, por medio de interlocutores enviados de ambas partes, se informan de lo que ignoraban, esto es, los tratos de Domicio sobre la fuga. Con eso unánimes todos, sacando en público a Domicio, le cercan y ponen guardia, y envían aviso a César con algunos de los suyos diciendo, «estar prontos a recibirle y obedecerle y entregar vivo en sus manos a Lucio Domicio».

XXI. En razón de esto, César, aunque juzgaba ser de suma importancia el apoderarse cuanto antes de la plaza y trasladar la guarnición a su campo para que no hubiera alguna novedad en las voluntades o por dádivas, o cobrar ánimo, o por falsos rumores; pues muchas veces en la guerra de un instante a otro intervienen grandes revoluciones, con todo eso, recelando que con la introducción de la tropa y capa de la noche fuese la ciudad saqueada, recibe con agrado a los enviados, y los despacha encargándoles que guarden bien las puertas y los muros. Él, por su parte, distribuyó los soldados en la línea, no a trozos como solía otros días, sino poniendo guardias y centinelas seguidas de suerte que se alcanzasen unas a otras, ocupando toda la línea. A los tribunos y prefectos los mandó patrullar, con orden no sólo de impedir cualquiera salida, pero ni dejar salir furtivamente individuo alguno de la plaza. Y en verdad que ninguno hubo entre tantos tan flojo y perezoso que reposase un punto aquella noche. Tal era la suma expectación de todos, distraídos en varios pensamientos según la variedad de afectos, sobre cuál sería la suerte de los corfinienses, cuál la de Domicio, cuál la de Lentulo, cuál la de los otros; en fin, qué paradero tendría cada uno.

XXII. Cerca del amanecer Lentulo Espinter habla de la muralla a nuestras centinelas y guardia, diciendo, «quería, caso que se le permitiese, irse a verse

con César». Habida la licencia, ábrele las puertas de la ciudad, mas no se apartan de su lado los soldados de Domicio hasta que lo presentan a César. Trata de su indulto con él y le suplica que le perdone, trayéndole a la memoria su amistad antigua y confesando haber recibido de César grandísimos beneficios, como el haber sido por su intercesión admitido en el colegio de los pontífices, el haber ascendido de pretor a gobernador de España, el haberle favorecido en la pretensión del consulado. César ataja su arenga diciendo: «no había salido él de la provincia para hacer mal a nadie, sino para defenderse de los agravios de sus enemigos; para restituir en su dignidad a los tribunos desterrados por su causa, y para ponerse a sí en libertad y al Pueblo Romano oprimido por la facción de unos pocos». Con cuyas palabras alentado Lentulo, le pide licencia para volver a la plaza, pues la merced que acababa de alcanzar de su vida sería motivo de consuelo y esperanza para los demás; que algunos estaban tan poseídos de temor qué pensaban en darse la muerte. Habida licencia, se despide.

XXIII. César, en amaneciendo, manda que se le presenten los senadores con sus hijos, los tribunos militares y caballeros romanos. De la clase de senadores eran Lucio Domicio y Publio Lentulo Espinter, Lucio Vibulio Rufo, Sesto Quintilio Varo cuestor y Lucio Rubio; un hijo de Domicio y otros varios jóvenes, con un gran número de caballeros romanos y de los regidores que de las ciudades municipales había hecho venir Domicio. A todos éstos puestos en su presencia, sin permitir que los soldados los maltratasen ni de obra ni de palabra, brevemente les hace cargo «de que no le hayan correspondido por su parte a sus grandísimos beneficios», y los despide a todos Ubres.

Y por no parecer más contenido en perdonar a las personas que al dinero, habiéndole presentado los dos jurados de Corfinio ciento cincuenta mil doblas de oro, que Domicio había traído y depositado en la tesorería, se las restituye al mismo; si bien constaba ser este dinero del público y dado por Pompeyo para las pagas. A los soldados de Domicio manda que le juren fidelidad, y este mismo día, después de siete cabales de su detención en Corfinio, levanta el campo, hace una jornada entera, y por tierras de los marrucinos, frentanos y larinases entra en la Pulla.

XXIV. Pompeyo, enterado de lo acaecido en Corinio, pártese de Lucera a Canosa, y de allí a Brindis. Manda que de todas partes vengan todas las tropas recién alistadas a unirse con la suyas. Arma los esclavos, los pastores, y les da caballos; de éstos compone un escuadrón de trescientos hombres. El pretor Lucio Manlio se retira de Alba huyendo con seis cohortes; de Terracina el pretor Rutilio Lupo con tres; las cuales, alcanzando a ver de lejos la caballería de César mandada por Bivio Curio, abandonado el pretor, vuelven las banderas hacia Curio y se pasan a él. Asimismo en las demás jornadas algunas partidas caen en manos de la infantería de César, otras en manos de la caballería. Encuentran en el camino a Cneo Magio de Cremona, ingeniero de

Pompeyo, y se lo traen preso a César, quien le remite a Pompeyo con este mensaje: «Que, pues, hasta ahora no ha sido posible abocarse, y César ha de ir a Brindis donde se halla Pompeyo, el interés de la República y del bien común pedía que los dos hablasen; no siendo posible ajustar las cosas tratadas a distancia y por interpuestas personas como cuando se tratan en una conferencia en que se ventilan todas las condiciones. »

XXV. Habiendo despachado a Magio con esta comisión, llegó a Brindis con seis legiones, cuatro veteranas, las demás formadas de las nuevas reclutas, y completadas sobre la marcha, porque las cohortes de Domicio las remitió de Corfinio a Sicilia. Aquí sabe que los cónsules se habían embarcado para Durazo con gran parte del ejército, quedándose Pompeyo en Brindis con veinte cohortes, sin poder averiguarse de cierto si el quedarse era con el fin de conservar este puerto con que hacerse más fácilmente dueño del mar Adriático que en toda su extensión baña los últimos términos de Italia y regiones de Brescia, y hacer por entrambas partes la guerra, o si estaba detenido por falta de navíos; y así recelándose César de que tomase el partido de abandonar a Italia, trató de impedirle la salida y el uso del puerto de Brindis trazando las obras siguientes: En lo más estrecho de la garganta del puerto, de ambas orillas donde era menos profundo el mar, tiró un muelle y un dique. Prosiguiendo más adelante, donde por la mucha hondura no se podía echar dique, colocaba contra el muelle dos órdenes de barcas chatas de treinta pies en cuadro. Asegurábalas por las cuatro esquinas con otras tantas áncoras, para que no se moviesen con las olas. Concluidas y asentadas las primeras, unía con ellas en la misma forma otras de igual grandeza. Cubríaslas con tierra y fagina para entrar y correr sin embarazo a la defensa, y por la frente y por los costados las guarnecía con verjas y parapetos. De cuatro a cuatro barcas erigía una torre de dos altos, para defenderlas más cómodamente del ímpetu de los navíos y de incendios.

XXVI. Contra estas máquinas armó Pompeyo unos grandes navíos de transporte que cogió en el puerto, levantando en ellos torres de tres altos; y llenos de muchas baterías y toda suerte de armas arrojadizas les impelía contra las obras de César, para romper la línea de barcas y desbaratar los diques. Así todos los días había escaramuzas, peleando desde lejos con honda, arco y otras armas arrojadizas. Verdad es que César, en medio de estas operaciones, no sobreseía de las tentativas de un buen ajuste; y aunque extrañaba sobre manera que Magio, enviado con ellas a Pompeyo, no volviese con la respuesta, y tantas tentativas sobre este negocio servían de rémora a sus empresas y designios, todavía juzgaba deber de todos modos persistir en procurarlo. Por lo cual envió al legado Caninio Rebilo, amigo y deudo de Escribonio Libón, para conferenciar con él, encargándole que le exhorte a terciar en la paz, y sobre todo apoyase su pretensión de las vistas con Pompeyo. Muestra tener gran confianza de que, si esto se logra, se desistirá de la guerra por medio de

condiciones razonables; que a Libón tocaría gran parte de la gloria y honra, si mediante su empeño y eficacia se dejasen las armas. Libón, después de haber hablado con Caninio, fue a dar parte a Pompeyo. De allí a poco da por respuesta, «que, como estaban ausentes los cónsules, no se podía sin ellos tratar de ajuste». En vista de esto César se resolvió a no dar ya paso más en un negocio tantas veces tentado en balde, y pensar sólo en la guerra.

XXVII. Ya César tenía fabricada a los nueve días casi la mitad de su obra, cuando vuelven a Brindis remitidas por los cónsules las naves que transportaron a Durazo el primer trozo del ejército. Pompeyo, ya fuese que le daban cuidado las obras de César, o ya que desde el principio hubiese determinado dejar a Italia, al arribo de las naves empezó a disponer el embarco; y a fin de retardar más fácilmente el asalto de César, no fuese que los soldados al tiempo mismo de su partida entrasen la ciudad por fuerza, tapia las puertas, cierra las bocanadas y plazas, corta las entradas con zanjas, hincando en ellas palos y estacas agudas, allanando el piso con zarzos delgados y tierra. Cierra asimismo dos caminos abiertos, que fuera del muro llevaban al puerto, con vigas muy grandes y puntiagudas. Dadas estas disposiciones, manda embarcar en silencio la tropa, y apuesta de trecho a trecho sobre la muralla y las torres algunos soldados ligeros de los voluntarios, flecheros y honderos, con ánimo de hacerlos retirar a cierta seña, embarcada que fuese toda la tropa, y para eso les deja en paraje seguro embarcaciones ligeras.

XXVIII. Los de Brindis, ofendidos de las extorsiones de la soldadesca de Pompeyo y de los ultrajes de éste, estaban por César; y así como supieron la partida de aquél, mientras andaban ellos arriba y abajo, afanados en aparejar el viaje, no cesaban de hacer señas desde los terrados; por cuyo medio advertido César, manda preparar escalas y armar los soldados, para no perder coyuntura de bien ejecutar el ataque. Pompeyo a boca de noche se hace a la vela. Los que habían quedado de guardia en la muralla son avisados con la seña concertada, y por senderos sabidos van corriendo a embarcarse. Los soldados de César escalan los muros; mas prevenidos por los vecinos que se guardasen de las empalizadas ciegas y zanjas encubiertas, se detuvieron; y guiados por un largo rodeo, llegaron al puerto, donde, metidos en barcas y chalupas, apresaron dos navíos que con tropas estaban encallados en los diques de César.

XXIX. Éste, si bien juzgaba ser o mejor para más pronta conclusión de la empresa, formada una escuadra, pasar la mar en seguimiento de Pompeyo, antes que se reforzase con socorros ultramarinos, temía gastar en esto mucho tiempo, por cuanto Pompeyo, con haberse alzado con todas las naves, le había imposibilitado por ahora los medios para perseguirle. Restaba el partido de aguardar a que viniesen embarcaciones de partes más remotas, como de la Galia, la Marca de Ancona y del Estrecho. Mas esto, atenta la estación del año, era largo y dificultoso. Ni quería que mientras tanto se asegurase

Pompeyo de las tropas veteranas y de las dos Españas , una de las cuales tenía con grandísimos beneficios muy obligada; ni tampoco que se aperciese de tropas auxiliares ni tampoco de caballería, y en su ausencia inquietarse a la Galia y a Italia.

XXX. Dejado, pues, por el presente el pensamiento de perseguir a Pompeyo, determina ir la vuelta de España. Da orden a los jurados de todas las ciudades, que apresten naves y cuiden de remitírselas a Brindis. Envía con una legión al legado Valerio a Cerdeña; a Curión con tres y con poderes de pretor a Sicilia, ordenándole que sosegada esta provincia, pasase inmediatamente al África. Gobernaba la Cerdeña Marco Cota, Marco Catón la Sicilia; el gobierno de África había tocado en suerte a Tuberón. Los de Caller, al oír la elección de Valerio, luego aun antes de su partida de Italia, se adelantan a echar de la ciudad a Cota. Él, amedrentado, viendo conjurada contra sí toda la provincia, se huyó de Cerdeña al África. Catón andaba en Sicilia muy solícito en reparar las galeras viejas, y en pedir a las ciudades otras nuevas; hacía levadas de ciudadanos romanos en la Lucania y el Abruzzo por medio de sus tenientes, y exigía de las ciudades cierto número de infantes y caballos. En esto, noticioso de la venida de Curión, quejase en junta pública «de haber sido abandonado y vendido por Pompeyo, el cual, hallándose desproveído de todo, había emprendido una guerra no necesaria; y eso que reconvenido tanto por él como por los demás en el Senado, aseguró que todo estaba muy a punto». Dada en público esta queja, escápase de la provincia.

XXXI. Quedando vacantes estos gobiernos, llegan con sus ejércitos Valerio a Cerdeña y Curión a Sicilia. Tuberón, a su arribo al África, encuentra con el mando de la provincia de Accio Varo; el cual, según se ha dicho, perdidas cerca de Osimo sus cohortes, inmediatamente pasó al África, y de propia autoridad se apoderó del gobierno vacante. Con levadas formó dos legiones, facilitándosele el conocimiento que tenía de la gente y del país, a causa de haber gobernado pocos años antes aquella provincia, siendo promovido a su gobierno del oficio de pretor. Éste, viniendo Tuberón a Útica con su escuadra, no le permitió entrar en el puerto, ni aun sacar a tierra a su hijo que venía enfermo, antes le obligó a levar el áncora y salirse del puerto.

XXXII. César, después de esto, repartió los soldados por los pueblos vecinos para que descansasen el tiempo que restaba, y él en persona pasa a Roma. Convocado el Senado, cuenta los desafueros de sus enemigos; hace ver cómo no había él pretendido dignidad alguna extraordinaria, sino que esperando el plazo legal para pretender el consulado, se había contentado con lo que a ningún ciudadano se niega; que a pesar de las contradicciones de sus enemigos y de la oposición porfiadísima de Catón (que con sus prolijos razonamientos, como lo tenía de costumbre, tiraba a entretener el asunto), los diez tribunos decretaron se contase con él en su ausencia, siendo cónsul el mismo Pompeyo; el cual, si desaprobaba el decreto, ¿cómo permitió que se publicase? y si lo

aprobó, ¿a qué fin impedirle el uso de la gracia del pueblo? Póneles delante su sufrimiento en pedir de grado la dimisión de los ejércitos, lo cual redundaba en menoscabo de su honor. Muéstrales la sinrazón de los contrarios en proponerle condiciones a que ellos mismos no se querían sujetar, queriendo antes trastornarlo todo que dejar el mando. Pondera la injusticia en quitarle las legiones; violento e irregular proceder contra los tribunos; las condiciones propuestas por su parte, y las vistas tan ardientemente deseadas, como negadas pertinazmente. Ruégales tomen a su cargo la República y le ayuden a gobernarla; que si por temor hurtan el cuerpo, él no les será gravoso, y por sí lo hará todo; es preciso también enviar diputados a Pompeyo a tratar de composición. No le daba pena lo que poco antes dijo Pompeyo en el Senado; que aquellos a quien se despachan diputados, por el hecho mismo, se les reconoce superiores, y se manifiesta el miedo de quien los envía; éstas sí que parecen palabras de ánimo flaco y apocado: por lo que a sí toca, como ha procurado aventajarse en hazañas, así quiere señalarse en la justicia y equidad.

XXXIII. El Senado aprueba el que se envíen diputados, mas no se hallaba quién fuese, y el motivo principal de rehusar esta comisión era el miedo; porque Pompeyo, al despedirse de Roma, había dicho en el Senado: «que a lo que se quedasen en Roma los miraría como a los que siguiesen a César». Así se gastan tres días inútilmente. Tras esto sobornan los enemigos de César al tribuno Lucio Métego para que vaya dilatando la conclusión del negocio y ponga embarazos a todas las demás cosas que había propuesto de hacer. Descubierta por César esta trama, malogrados ya varios días, por no perder más tiempo, sale de Roma sin haber hecho nada de lo que tenía deliberado ejecutar y entra en la Galia Ulterior.

XXXIV. Llegado allá, sabe que Pompeyo había enviado a España a Vibulio Rufo, a quien pocos días antes preso en Corfinio le había dejado libre; que Domicio así bien había partido a tomar posesión de Marsella con siete galeras, que fletadas por particulares en la isla de Giglio y Cala de Cosa, él las había cargado de sus siervos, horros y gente de campo; que Pompeyo había despachado por delante a los diputados de Marsella, jóvenes de la primera distinción de aquella ciudad, exhortándolos a su partida de Roma a que no prefiriesen los beneficios recientes de César a los antiguos que de él tenían recibidos. En virtud de estos encargos los masilienses habían cerrado las puertas a César, y llamado en su ayuda a los albicos, gente bárbara, que de tiempos antiguos eran sus aliados y habitaban en las montañas de Marsella; tenían acopiado trigo de la comarca y de todas sus villas; habían puesto en la ciudad talleres de armas, reparado los muros, los navíos y las puertas.

XXXV. César hace llamar a quince de los principales de Marsella, y les aconseja, «que no sean los masilienses los primeros a mover guerra; que debían seguir antes el ejemplo de toda Italia, que rendirse a la voluntad de un hombre solo». Añade otras varias razones que le parecían a propósito para

sosegar sus ánimos. Los diputados informan a la República sobre la pretensión y vuelven a César con esta respuesta del Senado: «que bien sabían ellos estar el Pueblo Romano dividido en dos facciones, mas que no era propio de su autoridad ni de sus fuerzas decidir cuál de las dos seguía mejor causa; que los jefes de dichas facciones eran Cneo Pompeyo y Cayo César, protectores de su ciudad, a la cual el primero había dado para el común las tierras de los volcas arecómicos y helvios, adjudicándoles el segundo las Galias conquistadas, y aumentado las rentas del fisco. Por lo cual, siendo iguales los beneficios de ambos, debía ser igual su correspondencia, y a ninguno de los dos ayudar contra el otro, ni darle acogida en la ciudad o en los puertos».

XXXVI. Entre estas demandas y respuestas Domicio llegó con los navíos a Marsella, y recibéndole dentro, le dan el gobierno de la ciudad. Dejan a su arbitrio todo el manejo de la guerra. Por su orden despachan embarcaciones a varias partes, embargan todos los navíos mercantiles que hallan por toda la costa y tráenlos al puerto; aprovéchanse de su clavazón, madera y pertrechos para armar y reforzar los otros. Depositán en público almacén todo el trigo que encuentran, y los demás géneros y provisiones reservan para el tiempo del sitio, caso que sucediese. Irritado César con tales injurias, manda venir tres legiones a Marsella y trata de disponer bastidas y galerías para batir la plaza, y de fabricar doce galeras en Arles; las cuales construidas y armadas a los treinta días que se cortó la madera y conducidas a Marsella, las puso al mando de Decio Bruto, dejando a cargo de Cayo Trebonio el sitio de la plaza.

XXXVII. Mientras andaba disponiendo y ejecutando estas cosas, envió delante de sí a España el legado Cayo Fabio con tres legiones que invernaban en Narbona y sus contornos, dándole orden que sin tardanza fuese a ocupar los puertos de los Pirineos, guardados a la sazón por el legado Lucio Afranio. Manda igualmente que le sigan las legiones que invernaban más lejos. Fabio, prontamente, según se le había encargado, desalojó la guarnición del puerto, y a grandes jornadas, marchó sobre el ejercito de Afranio.

XXXVIII. Con la venida de Vibulio Rufo , enviado, según se ha dicho, a España por Pompeyo, los tres legados de éste, Afranio, Petreyo y Varrón (de los cuales el primero con tres legiones mandaba la España Citerior, el segundo desde la sierra de Cazlona hasta el Guadiana con dos legiones, el tercero con otras dos desde el Guadiana tenía en su jurisdicción el territorio de los vetones y la Lusitania), convinieron entre sí que Petreyo con todas sus tropas viniese de la Lusitania por los vetones a juntarse con Afranio, y Varrón con sus legiones tomase a su cargo la defensa de toda la España Ulterior. Convenidos en esto, Petreyo exige de toda la Lusitania caballos y socorros, como Afranio de los celtíberos y cántabros y de todos los bárbaros que habitan las costas del Océano. Petreyo, luego que los hubo juntado, marchó a toda prisa por los vetones a unirse con Afranio. Unidos, resuelven de común acuerdo abrir la campaña en Lérica por las ventajas del sitio.

XXXIX. Eran tres, como arriba queda declarado, las legiones de Afranio; dos las de Petreyo, sin contar unas ochenta cohortes de soldados españoles: las de la España Citerior con escudos, y los de la Ulterior con adargas, y al pie de cinco mil caballos de una y otra provincia. César había enviado delante de sí sus legiones a España, y de tropas auxiliares seis mil infantes y tres mil caballos, que le habían servido en todas las guerras pasadas, fuera de otros tantos escogidos por su mano en la Galia, llamando de cada ciudad con expresión de nombre los más nobles y valientes de todos. Entre éstos venía la flor de Aquitania y de las montañas confinantes con la Provincia Romana. Como corrió el rumor que Pompeyo pensaba en pasar por la Mauritania con las legiones a España y que muy en breve vendría, tomó dinero prestado de los tribunos y centuriones y distribuyólo a los soldados. Con lo cual logró dos cosas: el empeñar en su partida a los oficiales con el empréstito, y el ganar las voluntades de los soldados con el donativo.

XL. Fabio con cartas y mensajes procuraba sondear los ánimos de los comarcanos. Había hecho dos puentes en el río Segre, el uno cuatro millas distante del otro. Por ellos enviaba en busca de forrajes, porque los que había a la parte acá del río se consumieron los primeros días. Casi otro tanto y por la misma razón practicaban los capitanes del ejército pompeyano, y eran continuas de ambas partes las escaramuzas de la caballería. Como una vez, según la costumbre diaria, saliesen con los forrajeadores para escoltarlos dos legiones de Fabio y hubiesen pasado el río, siguiéndolas el bagaje y toda la caballería, sucedió que por un repentino huracán y grande aguacero se rompió el puente y quedó atajada mucha parte de la caballería. Conociendo esto Petreyo y Afranio por los ripios y zarzos que llevaba el río, pasando Afranio prontamente con cuatro legiones y toda la caballería el puente que tenía junto a la ciudad y a su campo, vino al encuentro de las legiones de Fabio. Avisado de su venida Lucio Planeo que las mandaba, y estrechado por la necesidad, toma un altozano, y las forma dando dos frentes a la batalla, para que la caballería enemiga no pudiese acordonarle. De esta suerte combatiendo con menor número, sostuvo los grandes esfuerzos de las legiones y de la gente de a caballo. Trabado por la caballería el combate, unos y otros avistan a lo lejos los estandartes de dos legiones que Cayo Fabio enviaba por el otro puente al socorro de los nuestros sospechando que los comandantes contrarios se aprovecharían de la ocasión y favor de la fortuna para sorprender a los nuestros, como sucedió. Con el refuerzo de las legiones cesa la pelea, y cada cual se retira con su gente a su respectivo alojamiento.

XLI. De allí a dos días llegó César a los reales con novecientos caballos que para su guardia se había reservado. Luego, por la noche, mandó reedificar el puente desbaratado por la tempestad que aun estaba sin repararse. Él mismo en persona, enterado de la situación de los lugares, deja para defensa del puente y de los reales seis cohortes con todo el bagaje y al día siguiente, ordenado su

ejército en tres columnas, toma el camino de Lérida, hace alto a vista del campo de Afranio, y parado allí un rato sobre las armas, presenta la batalla en el llano. Afranio, provocado, saca sus tropas y se apuesta en medio de una colina debajo de las trincheras. César, visto que por Afranio quedaba el no dar la batalla, determinó armar sus tiendas a cuatrocientos pasos de la falda del monte, y para librar a los soldados de sustos y de ser interrumpidos en sus trabajos, no quiso que se hiciese estacada, que necesariamente había de sobresalir y ser vista de lejos, sino que por la frente y parte del campo enemigo se abriese un foso de quince pies. El primero y segundo escuadrones se mantenían sobre las armas, formados como al principio; el tercero, encubierto tras de ellos, iba trabajando. Con eso se acabó la obra primero que Afranio entendiese que se fortificaban los reales.

XLII. Al anochecer César metió las legiones dentro de este foso, y en él pasó la noche sobre las armas. Al otro día mantuvo el ejército dentro del foso, y atento que la fagina se había de ir a buscar muy lejos, dio por entonces semejante traza para la obra, señalando cada lado de los reales a cada legión para que cuidase de atrincherarlo, con orden de tirar fosos de la misma grandeza. Las demás legiones puso en orden de batalla, listas contra el enemigo. Afranio y Petreyo, para meter miedo y estorbar los trabajos, sacan fuera sus tropas al pie del monte y provocan a la pelea. Mas ni por eso interrumpe César la obra, fiado en las tres legiones y en el reparo del foso. Ellos, sin detenerse mucho ni alejarse de la falda del cerro, recogen las tropas a sus estancias. Al tercer día César pertrecha los reales con la estacada y manda transportar de los de Fabio las cohortes y el fardaje que allí había dejado.

XLIII. Entre la ciudad de Lérida y el collado inmediato, donde Petreyo y Afranio estaban acantonados, yacía una vega de trescientos pasos, y casi en medio de ésta se hallaba una colina algo levantada; la cual cogida y bien fortificada, esperaba César cortar a los enemigos el paso para la ciudad, para el puente y los bastimentos almacenados en la fortaleza. Con esta esperanza saca del campo tres legiones, y puestas en orden en lugares oportunos, hace que las primeras filas de una legión avancen de corrida a ocupar aquella colina. Observando este movimiento, las cohortes que hacían guardia en el campo de Afranio fueron por atajo destacadas a toda prisa para coger ese mismo puesto. Armase la refriega; mas como los de Afranio habían llegado antes, rechazan a los nuestros y acudiendo más gente, los obligan a huir y retirarse a sus banderas.

XLIV. La manera de pelear de los contrarios era ésta: arremetían con gran furia; intrépidos en tomar puesto, no cuidaban mucho de guardar sus filas y combatían desunidos y dispersos; en viéndose apretados, no tenían por mengua el volver pie atrás y dejar el sitio, hechos a este género de combate peleando con los lusitanos y otros bárbaros; como de ordinario acaece que al

soldado se le pega mucho de la costumbre de aquellos países donde ha envejecido. El hecho es que con la novedad quedan desconcertados los nuestros, no acostumbrados a semejante modo de pelear y creyendo que iban a ser rodeados por los costados descubiertos al verlos avanzar corriendo cada uno por sí, cuando ellos al contrario estaban persuadidos a que debían guardar las filas y no apartarse de las banderas ni desamparar sin grave causa el puesto una vez ocupado. Así que desordenados los adalides, la legión de aquella ala flaqueó y retiróse al collado vecino.

XLV. César, viendo el escuadrón casi todo despavorido (cosa ni entonces pensada ni antes vista), animando a los suyos, envía de refuerzo la legión nona; la cual reprime al enemigo que furiosamente iba persiguiendo a los nuestros, y aun le obliga a volver las espaldas y retirarse hacia Lérída hasta ampararse debajo del muro. Pero los soldados de la legión nona por el demasiado ardor de vengar el desaire pasado, corriendo incautamente tras los fugitivos, se empeñan en un mal sitio penetrando hasta la falda del monte sobre el cual la ciudad estaba fundada. Al querer de aquí retirarse, los enemigos desde arriba revolvieron la carga contra ellos. Era el lugar escarpado y pendiente de ambas partes, ancho solamente cuanto cabían en él tres cohortes escuadradas, que ni podían ser socorridas por los lados ni amparadas en el trance por la caballería. Por la parte de la ciudad había un declive menos agrio como de cuatrocientos pasos. Por aquí debía de ser la retirada de los nuestros, ya que su ardor inconsiderado los llevó tan adelante. Peleaban en este sitio igualmente peligroso por su estrechura, como porque, puestos a la misma raíz del monte, no malograban tiro los enemigos; sin embargo, a esfuerzos del valor y sufrimiento aguantaban toda la carga. Ibanse engrosando los enemigos, destacando continuamente de las reales cohortes de refresco que pasaban por la ciudad a relevar a los cansados. Eso mismo tenía que hacer César para retirar a los cansados y reemplazarlos con gente de refresco.

XLVI. Duró este combate cinco horas; mas viéndose los nuestros cada vez más apretados de la muchedumbre, acabados ya todos los dardos, con espada en mano arremeten de golpe cuesta arriba contra las cohortes, y derribados algunos, obligan a los demás a volver las espaldas. Habiendo hecho retirar a las cohortes hasta el pie de la muralla y parte de ellas dentro de la plaza por el temor que les habían infundido, aseguraron los nuestros la retirada; y la caballería, bien que apostada en la caída y pie de la cuesta, con todo trepa con brío hasta la cima, y corriendo por entre los dos escuadrones, hace más expedita y segura la retirada de los nuestros. Así fueron varios los lances de la batalla. En el primer encuentro cayeron de los nuestros al pie de setenta, y entre ellos Quinto Fulgino, comandante de los piqueros de la legión decimocuarta, que de soldado raso había subido a este grado por sus señalados méritos. Los heridos fueron más de seiscientos. De los contrarios quedó

muerto Tito Cecilio, centurión de la primera fila, y murieron también cuatro capitanes con doscientos y más soldados.

XLVII. La opinión acerca de esta jornada es que unos y otros creyeron haberla ganado: Los de Afranio, porque siendo reputados a. juicio de todos por inferiores, estuvieron tanto tiempo peleando cuerpo a cuerpo resistiendo al ímpetu de los nuestros y se apoderaron los primeros de la colina que fue ocasión de la refriega y al primer encuentro hicieron volver las espaldas a los nuestros; los nuestros alegaban en contra, que siendo inferiores en el sitio y en el número, por cinco horas sustentaron la acción, treparon por la montaña espada en mano, desalojaron a los contrarios de su puesto ventajoso, forzándolos a huir y meterse en la plaza. En fin, los enemigos fortificaron el teso por el cual se combatió, con grandes pertrechos, y pusieron en él cuerpo de guardia.

XLVIII. A los dos días de haber sucedido esto se siguió un contratiempo repentino. Pues sobrevino un temporal tan recio, que nunca se habían visto en aquellos parajes mayores aguaceros; porque deshecha la mucha nieve de las montañas, salió el río de madre, y en un día se llevó los dos puentes fabricados por Cayo Fabio, lo que ocasionó grandes embarazos al ejército de César. Por cuanto estando los reales, como arriba queda dicho, entre los dos ríos Segre y Cinca, intransitables ambos por espacio de treinta millas, por necesidad se veían reducidos a este corto recinto; y ni las ciudades que se habían declarado por César podían suministrar bastimentos, ni volver los que se habían alargado en busca de forraje detenidos por los ríos, ni llegar a los reales los grandes convoyes que venían de Italia y de la Galia. La estación era la más apurada del año, porque los trigos ni bien estaban en berza ni del todo sazonados; además los pueblos se veían exhaustos, porque Afranio antes de la venida de César había conducido a Lérida casi todo el grano, y si algo había quedado, César lo había ya consumido. El ganado que podía suplir la falta en parte, las ciudades rayanas habíanle alejado por miedo de la guerra. Los que se internaban en busca de heno y pan, eran perseguidos de los cazadores lusitanos y de los adargueros de la España Citerior, prácticos en la tierra, a quienes era muy fácil pasar a nado el río por ser costumbre de todos ellos nunca ir sin odres a campaña.

XLIX. Por el contrario, el ejército de Afranio estaba proveído de todo en abundancia: mucho trigo acopiado y traído de tiempo atrás; mucho que se iba trayendo de toda la provincia, y gran copia de forraje a la mano. Todo esto se lo facilitaba sin ningún riesgo el puente de Lérida y los términos todavía intactos de la otra parte del río, cerrados totalmente para César.

L. Las avenidas duraron muchos días. Tentó César restaurar los puentes, pero ni lo hinchado del río se lo permitía, ni se lo dejarían ejecutar las cohortes de los contrarios apostadas sobre la ribera; y érales esto fácil, así por la calidad del mismo río y altura del agua, como porque de todas las márgenes asestaban

los tiros contra un solo y estrecho sitio, con que se hacía difícil a César asentar al mismo tiempo la obra en un río rapidísimo y ponerse a cubierto de los tiros. LI. Tiene Afranio noticia que los grandes convoyes, dirigidos a César, habían hecho alto a la orilla del río. Venían en ellos flecheros de Rodas y caballeros de la Galia con muchos carros y grandes equipajes, como lo tienen de costumbre los galos; demás de éstos, seis mil hombres de todas clases con sus familias, pero sin ningún orden ni subordinación, puesto que cada uno se gobernaba a su arbitrio, y todos caminaban sin recelo, conforme a la libertad de los tiempos pasados y franqueza de los caminos. Venían muchos mancebos nobles, hijos de senadores y caballeros; venían diputados de las ciudades y también legados de César. Todos éstos estaban detenidos por los ríos. Afranio con fin de sorprenderlos marcha de noche con toda la caballería y tres legiones, y da en ellos de improviso con la caballería por delante. No obstante, los jinetes galos se ordenaron bien presto y trabaron la batalla, en que siendo pocos, se sostuvieron contra muchos, mientras fueron las armas iguales; pero luego que vieron avanzar las banderas de las legiones, con pérdida de algunos se retiraron a los montes vecinos. El accidente de este choque dio la vida a los nuestros, porque aprovechándose de él se retiraron a las alturas. Faltaron este día cerca de doscientos flecheros, algunos caballos y no muchos de los gastadores y bagajes.

LII. Con todos estos azares se encarecieron los abastos, como suele suceder no sólo por la carestía presente, sino también por el temor de la venidera. Vendíase ya el celemín de trigo por cincuenta dineros, y los soldados por falta de pan estaban enflaquecidos; iban las incomodidades creciendo por días, y en tan poco tiempo se habían trocado tanto las cosas, y mudándose la fortuna de manera que los nuestros carecían de las cosas más necesarias y ellos abundaban de todo, y así se miraban como superiores. César a las ciudades de su bando, a falta de granos, pedía ganados, y a los pueblos más lejanos enviaba vivanderos, en tanto que por todos los medios posibles procuraba remediar la necesidad presente.

LIII. Afranio, Petreyo y sus amigos escribían a los suyos todas estas cosas a Roma ponderándolas y abultando aún mucho más de lo que eran; muchas noticias falsas se divulgaban, de suerte que la guerra se daba casi por concluida. Publicadas en Roma tales cartas y nuevas, era grande el concurso de gentes a la casa de Afranio, dándose alegres parabienes. Muchos partían de Italia para Pompeyo: unos por ser los primeros a ganar las albricias; otros porque no se dijese haber estado esperando el suceso de la guerra, o haber sido a venir los postreros de todos.

LIV. Estando tan mal parada la cosa, y todos los caminos cogidos por los soldados y caballos de Afranio, no siendo posible reparar los puentes, manda César a los suyos fabricar barcas de la misma hechura que habían visto usar años atrás en Bretaña. Hacíase primero la quilla y la armazón de madera

ligera; lo restante del casco tejido de mimbres, cubríase con cueros. Luego que las vio concluidas, hízolas conducir de noche en carros pareados veintidós millas más allá de los reales, y a los soldados pasar en ellas el río; coge al improviso un ribazo contiguo a la ribera y le fortifica primero que lo advirtiesen los enemigos. Transporta después aquí una legión, y comenzando la fábrica del puente por ambas partes, le concluye en dos días. Así abre paso seguro para su campo a los convoyes y & los que se habían alejado en busca de provisiones, y empieza a dar disposiciones sobre vituallas.

LV. El mismo día hizo pasar gran parte de la caballería; la cual asaltando a los forrajeadores que bien descuidados andaban sin recelo desparramados, se apodera de gran número de bestias y hombres; y viniendo al socorro en dos trozos: el uno para guardar la presa, el otro para resistir y rechazar a los que venían; y una partida desmandada de las otras, que se adelantó incautamente, cortándole la retirada, la destrozó enteramente, con que, sin perder un hombre, vuelven por el mismo puente al campo cargados de despojos.

LVI. Mientras esto sucedía en Lérida, los masilienses de acuerdo con Lucio Domicio aprestan diecisiete galeras, once de ellas cubiertas. Acompañanlas con muchos bajeles menores para espantar con la multitud a nuestra escuadra. Embarcan gran número de flecheros y no menos de los álbicos, de quienes arriba se hizo mención, convidándolos con premios y ofertas. Domicio pide para su propio uso naves, y las llena de gañanes y pastores que había conducido en su compañía. Tripulada así su armada, parten con grande confianza contra nuestras embarcaciones que mandaba Decio Bruto, y estaban en la isla frontera a Marsella.

LVII. Era mucho menor el número de las naves de Bruto, pero llevaban a bordo los hombres más valientes, entresacados de todas las legiones, adalides y centuriones, que se habían ofrecido voluntariamente a esta facción. Éstos se habían prevenido con arpones y garfios, y estaban armados de gran cantidad de dardos, pasadores y demás armas arrojadizas; con eso, luego que avistaron al enemigo, salen del puerto a chocar con los masilienses. Fue porfiado el combate; ni cedían mucho a los nuestros en valentía los albicos, gente feroz, montaraz y bien aguerrida; y como acababan de salir de Marsella, conservaban fresca la memoria de las promesas que les hicieron. Los pastores, también gente indómita, estimulados por la esperanza de la libertad, a los ojos de su señor procuraban dar buena cuenta de sus personas.

LVIII. Los masilienses, por su parte, valiéndose igualmente de la ligereza de sus bajeles que de la pericia de sus pilotos, eludían el golpe de los nuestros cuando eran acometidos; y luego que pudieron alargarse al mar, extendiendo más la línea, ponían todo su conato en rodear a los nuestros, o dar con muchas naves contra una, o barrer los remos atravesando de corrida. Cuando era inevitable arrimarse, substituían a la destreza de los pilotos y a las maniobras la fiereza de los montañeses. Los nuestros, como tenían marineros menos

expertos y menos prácticos pilotos, sacados arrebatadamente de los navíos mercantes, que ni siquiera sabían los términos de marinería, añadiéndose a esto la pesadez de sus naves, hallábanse muy embarazados, porque como hechas a toda prisa de madera verde no podían moverse con tanta ligereza. Por tanto, en presentándose la ocasión de pelear mano a mano, hacían sin miedo frente con sola una nave contra dos, aferrándose y atracándose con entrambas de una vez, peleaban por las dos bandas, y aun saltaban dentro de ellas; hasta que con gran matanza de albicos y pastores, echaron parte de los navíos a pique, apresaron algunos con la tripulación, y a los demás obligaron a refugiarse en el puerto. Este día perdieron los masilienses nueve naves, incluso las apresadas.

LIX. Con la noticia que recibió César en Lérida de este suceso, acabado ya el puente, presto se trocó la fortuna. Los enemigos, intimidados del valor de nuestra caballería, no osaban correr tan libremente la campiña. Unas veces, sin apartarse mucho de los reales por tener pronta la retirada, forrajeaban dentro de corto espacio; otras, tomando un grande rodeo, evitaban el encuentro de los piquetes apostados; tal vez con ocasión de algún daño recibido, o con sólo ver de lejos los caballos, de la mitad del camino, dejando las cargas, echaban a huir, y últimamente hubieron de dejar el forraje varios días, y contra la costumbre de todo el mundo ir de noche a buscarlo.

LX. Entre tanto, los de Huesca y los de Calahorra agregados a su jurisdicción enviaban diputados a César ofreciéndose a su obediencia. Siguiéronse los de Tarragona, Jaca y los ausetanos, y poco después los ilergaones vecinos al Ebro. Pide a todos éstos le acudan con bastimentos; prométenlo, y luego juntando caballerías de todas partes, se los llevan al campo. A vueltas de esto una cohorte de ilergaones, sabida la determinación de su república, alzados los estandartes del puesto que guardaba, se pasó a César. En la hora mudan notablemente el aspecto las cosas. Concluido el puente, cinco ciudades principales declaradas amigas, corrientes las provisiones, desvanecidos los rumores de los socorros de las legiones que decían venir con Pompeyo por Mauritania; muchas comunidades de las más remotas renuncian la amistad de Afranio y siguen el partido de César.

LXI. Con lo cual perturbados los contrarios, César, por no tener siempre que destacar la caballería dando un rodeo por el puente, visto un paraje a propósito, determinó abrir muchas zanjas de treinta pies en hondo para echar por ellas parte del río Segre y con esto hacerle vadeable. Estando a punto de concluir las, Afranio y Petreyo entran en gran temor de ser totalmente privados de los víveres por la mucha ventaja de la caballería de César; y así resuelven dejar este país, y trasladar la guerra a la Celtiberia. A esta resolución contribuía también el que allí en los dos bandos contrarios, las ciudades que siguieron las partes de Sertorio en la guerra pasada, por haber sido vencidas, respetaban el nombre del imperio del vencedor, bien que ausente. Las que

constantemente estuvieron a devoción de Pompeyo, amábanle por los grandes beneficios recibidos; al contrario, el nombre de César era menos conocido entre los bárbaros; de donde se prometían grandes refuerzos de gente de a caballo y de a pie, y hacían cuenta de ir prolongando en sus tierras la guerra hasta el invierno. Tomada esta resolución, mandan coger barcas por todo el Ebro y conducir las a Octogesa. Estaba esta ciudad a la ribera del Ebro, distante veinte millas de los reales. Aquí disponen formar un puente de barcas, y haciendo pasar dos legiones por el Segre, fortifican su campo con un vallado de doce pies.

LXII. Averiguado por los batidores la intención de los enemigos, César, mediante el trabajo de los soldados continuado día y noche en desangrar el río, tenía ya la cosa puesta en término de que la caballería, si bien con alguna dificultad y molestia, pudiese, no obstante, y aun osase vadear el río; puesto que la infantería, con el agua hasta los hombros y cuello, mal podía esguazarlo, así por lo crecido, como por lo arrebatado de la corriente. Con todo eso, casi al tiempo mismo que vino la noticia de que el puente sobre el Ebro estaba para concluirse, se halló vado en el Segre.

LXIII. En vista de esto juzgaron los soldados de Afranio que debían acelerar la marcha. Así que, dejados dos cohortes de los auxiliares para la defensa de Lérida, pasan con todas las tropas el Segre, y vienen a unirse con las dos legiones que habían pasado días antes. A César no quedaba más arbitrio que ir con la caballería incomodando y picando el ejército de los contrarios, ya que la marcha del suyo por el puente no podía ser sin mucho rodeo, y ellos en tanto por camino más breve podían arribar al Ebro. La caballería pasa el río por el vado; y dado que Petreyo y Afranio alzaron el campo a medianoche, se dejó ver de improvisto sobre la retaguardia de los enemigos, y tirando a cortarla y coger en medio, empezó a embarazarla y hacerle suspender la marcha.

LXIV. Al rayar del alba, desde las alturas vecinas a nuestros reales se alcanzaba a ver cómo los nuestros ponían en grande aprieto las últimas filas de los contrarios; cómo a veces paraba la retaguardia y quedaba cortada; otras revolvían contra los nuestros, y acometiendo con las cohortes unidas, los rebatían, y luego al dar ellos la vuelta, los nuestros tornaban a perseguirlos. A vista de esto, los soldados por todo el campo juntándose en corrillos, se quejaban de que se dejase escapar al enemigo de entre las manos, con lo cual necesariamente se alargaba la guerra. Corrían a los centuriones y tribunos suplicando hiciesen saber a César, «que no tenía que reparar en su trabajo y peligro; que prontos estaban, y se ofrecían a vadear el río por donde pudo vadearle la caballería». Movido César de las instancias y empeño de los soldados, aunque temía exponer el ejército al riesgo de río tan caudaloso, sin embargo, resolvió tentar el vado y hacer la prueba. Con tanto manda segregar de las compañías los soldados que por falta de ánimo o de fuerzas parecía no podrían servir en la facción; déjalos en el campo con una legión; saca a la

ligera las demás, y puesto de la parte de arriba y abajo de la corriente gran número de caballos, hace pasar el ejército por medio. Algunos soldados arrebatados de la violencia del río son detenidos y ayudados por la caballería, sin que ninguno se ahogase. Pasado el ejército sin desgracia, ordenó sus tropas, y empezó a marchar en tres columnas, con tanto denuedo de los soldados, que con haber rodeado seis millas y tardado mucho en vadear el río, antes de las nueve horas del sol pudieron alcanzar a los que habían salido a medianoche.

LXV. Cuando Afranio y Petreyo vistos a lo lejos los hubieron reconocido, espantados de la novedad, toman las alturas y ponen la gente en batalla. César en las llanuras hace reposar la suya por no llevarla fatigada al combate. Mas intentando los enemigos proseguir el viaje, sigue el alcance y les hace suspender la marcha. Ellos por necesidad se acampan antes de lo que tenían determinado, porque seguían unos montes, y a cinco millas iban a dar en senderos escabrosos y estrechos. Dentro de estos montes pensaban refugiarse para librarse de la caballería de César, y cerradas con guardias las gargantas, estorbarnos el paso, y con eso pasar ellos sin riesgo ni temor el Ebro. Esto era lo que habían de haber procurado y ejecutado a toda costa, pero rendidos del combate de todo el día y de la fatiga del camino, lo dilataron al día siguiente. César entre tanto asienta sus reales en un collado cercano.

LXVI. A eso de la medianoche cogió nuestra caballería algunos que se habían alejado del campo en busca de agua; averigua de ellos César que los generales enemigos iban a marchar de callada. Sabido esto, manda dar la señal de marcha y levantar los ranchos. Ellos que oyen la gritería, temiendo verse precisados a pelear de noche y con las cargas auestas, o que la caballería de César los detuviese en los desfiladeros, suspenden la marcha y se mantienen dentro de los reales. Al otro día sale Petreyo con algunos caballos a descubrir el terreno. Mácese lo mismo de parte de César, quien destaca a Decidió Saja con un piquete a reconocer el campo. Entrambos vuelven a los suyos con una misma relación: que las cinco primeras millas eran de camino llano; entraban luego las sierras y los montes; que quien cogiese primero estos desfiladeros, sin dificultad cerraría el paso al enemigo.

LXVII. Petreyo y Afranio tuvieron consejo sobre el caso, y se deliberó acerca del tiempo de la partida. Los más eran de parecer que se hiciese de noche; que se podría llegar a las gargantas antes que fuesen sentidos. Otros, de la generala tocada la noche antecedente en el campo de César, inferían ser imposible encubrir su salida; que por la noche recorría la caballería de César el contorno y tenía cogidos todos los puestos y caminos; que las batallas nocturnas se debían evitar, porque cuando la guerra es civil, el soldado, una vez sobrecogido del miedo, suele moverse más por él que no por el juramento que prestó. Al contrario la luz del día causa de suyo mucho rubor a los ojos de todos, y no menos la vista de los tribunos y centuriones, lo cual sirve de freno

y también de estímulo a los soldados; que por eso, bien mirado todo, era menester romper de día claro, que puesto caso que se recibiese algún daño, se podría a lo menos, salvando el cuerpo del ejército, coger el sitio que pretendían. Este dictamen prevaleció en el consejo, y así se determinó marchar al amanecer del día siguiente.

LXVIII. César, bien informado de las veredas, al despuntar el alba, saca todas las tropas de los reales, y dando un gran rodeo, las va guiando sin seguir senda fija.

Porque los caminos que iban al Ebro y a Octogesa estaban cerrados por el campo enemigo. Él tenía que atravesar valles muy hondos y quebrados; en muchos parajes los ciscos escarpados embarazaban la marcha, siendo forzoso pasar de mano en mano las armas, y que los soldados en cuerpo sin ellas, dándose unos a otros las manos, hiciesen gran parte de camino. Mas ninguno rehusaba este trabajo con la esperanza de poner fin a todos, si una vez lograban cerrar el paso del Ebro al enemigo y cortarles los víveres.

LXIX. Al principio los soldados de Afranio salían alegres corriendo de los reales a verlos, y les daban vaya gritando, «que por no tener que comer iban huyendo y se volvían a Lérida». En realidad el camino no llevaba al término propuesto, antes parecía enderezarse a la parte contraria. Con eso sus comandantes no se hartaban de aplaudir su resolución de haberse quedado en los reales; y se confirmaban mucho más en su opinión viéndolos puestos en viaje sin, bestias ni cargas, por donde presumían que no podrían por largo tiempo resistir al hambre. Mas cuando los vieron torcer poco a poco la marcha sobre la derecha, y repararon que ya los primeros se iban sobreponiendo al sitio de los reales, ninguno hubo tan lerdo ni tan enemigo del trabajo que no juzgase ser preciso salir al punto de las trincheras y atajarlos. Tocan alarma, y todas las tropas, menos algunas cohortes que dejaron de guardia, mueven y van en derechura al Ebro.

LXX. Todo el empeño era sobrecoger la delantera y ocupar primero las gargantas y montes. A César retardaba lo embarazoso de los caminos; a las tropas de Afranio la caballería de César que les iba a los alcances. Verdad es que los afranianos se hallaban reducidos a tal estado que si arribaban los primeros a los montes, como pretendían, libraban en sí sus personas, mas no podían salvar los bagajes de todo el ejército ni las cohortes dejadas en los reales, a que de ningún modo era posible socorrer, quedando cortadas por el ejército de César.

César llegó el primero, y bajando de las sierras a campo raso, ordena en él sus tropas en batalla. Afranio, viendo su retaguardia molestanda por la caballería, y delante de sí al enemigo, hallando por fortuna un collado, hizo alto en él. Desde allí destaca cuatro cohortes de adargueros al monte que a vista de todos se descubría el más encumbrado, ordenándoles que a todo correr vayan a ocuparlo, con ánimo de pasar, él allá con todas las tropas, y mudando de ruta,

encaminarse por las cordilleras a Octogesa. Al tomar los adargueros la travesía para el monte, la caballería de César que los vio, se disparó contra ellos impetuosamente; a cuya furia no pudieron resistir ni siquiera un momento, sino que cogidos en medio, todos a la vista de ambos ejércitos fueron destrozados.

LXXI. Era ésta buena ocasión de concluir gloriosamente la empresa. Ni César dejaba de conocer que, a vista de la pérdida tan grande que acababa de recibir, atemorizado el ejército contrario, no podría contrastar, y más estando de todas partes cercado por la caballería, siendo el campo de batalla llano y despejado. Pedíanselo eso todos con instancias; legados, centuriones, tribunos corrían juntos a rogarle «no se detuviese en dar la batalla; que todos sus soldados estaban a cual más pronto; que al contrario, los de Afranio en muchas cosas habían dado muestras de su temor: en no haber socorrido a los suyos; en no bajar del collado; en no saberse defender de la caballería; en no guardar las filas, hacinados todos con sus banderas en un lugar. Que si reparaba en la desigualdad del sitio, se ofrecería sin duda ocasión de pelear en alguno proporcionado, pues Afranio seguramente había de mudarse de aquél, donde sin agua mal podía subsistir».

LXXII. César había concebido esperanza de poder acabar con la empresa sin combate y sangre de los suyos, por haber cortado los víveres a los contrarios. «¿A qué propósito, pues, aun en caso de la victoria, perder alguno de los suyos? ¿A qué fin exponer a las heridas soldados tan leales? Sobre todo, ¿para qué tentar a la fortuna, mayormente siendo no menos propio de un general el vencer con la industria que con la espada?» Causábale también lástima la muerte que preveía de tantos ciudadanos, y quería más lograr su intento sin sacrificar sus vidas. Este consejo de César desaprobaban los más. Y aun los soldados decían sin recato en sus conversaciones, que «ya que se dejaba pasar tan buena ocasión de la victoria, después por más que César lo quisiese, ellos no querrían pelear». Él persevera en su determinación, y se desvía un poco de aquel sitio para ocasionar menos recelo a los contrarios.

Petreyo y Afranio, valiéndose de la coyuntura, se recogen a los reales. César, apostadas guardias en las montañas y cerrados todos los pasos para el Ebro, se atrinchera lo más cerca que puede del campo enemigo.

LXXIII. Al otro día los jefes contrarios, muy turbados por haber perdido toda esperanza de las provisiones y del viaje al Ebro, consultaban sobre lo que se debía hacer. Un camino tenían, caso de querer volver a Lérida, otro, si escogían el ir a Tarragona. Estando en estas deliberaciones tienen aviso de que sus aguadores eran molestados de nuestra caballería. Sabido esto, ponen a trechos varios piquetes de a caballo y patrullas de tropas auxiliares, entreverando cohortes de las legiones, y empiezan a tirar una trinchera desde los reales al agua, para poder, cubiertos y sin que fuese menester poner cuerpos de guardia, ir y sacarla. Petreyo y Afranio reparten entre sí el cuidado

de la obra, y para su ejecución hubieron de alejarse del campo una buena pieza.

LXXIV. Con su ausencia los soldados, logrando entera libertad de poder hablarse, se acercan sin reparo, y cada cual andaba inquiriendo y preguntando por los conocidos y paisanos que tenía en los reales de César. Primeramente dan todos a todos las gracias, por haberles perdonado el día antes, viéndolos perdidos de miedo, confesando que les debían la vida; tras esto indagan si su general sería de fiar, y si podrían ponerse en sus manos; y se lamentan de no haberlo hecho desde el principio, y de haber tomado las armas contra sus deudos y parientes. Alentados con estas pláticas, piden al general palabra de conservar la vida de Petreyo y Afranio, porque no se creyese que habían maquinado alguna alevosía ni vendido a los «suyos». Con este salvoconducto prometen pasarse luego, y envían los principales centuriones por diputados a César sobre la paz. Entre tanto se convidaban y obsequiaban los amigos y deudos de ambas partes, pasando los unos a los ranchos de los otros; de modo que parecía que de los dos campos se había formado uno solo, y muchos tribunos y centuriones venían a ponerse en manos de César. Lo mismo hicieron varios señores españoles a quien ellos habían llamado y los tenían en el campo como en rehenes. Éstos preguntaban por sus conocidos y huéspedes, para conseguir por su medio ser presentados y recomendados a César. Hasta el joven hijo de Afranio, tomando por medianero al legado Culpicio trataba con César sobre su libertad y la de su padre. Todo eran júbilos y norabuenas: éstos, por verse libres ya de peligros; aquéllos, por haber a su parecer acabado sin sangre tan grandes cosas, con que ahora César a juicio de todos cogía el fruto de su innata mansedumbre, y su consejo era de todos alabado.

LXXV. Advertido Afranio de lo que pasaba, deja la obra comenzada y retírase a los reales, dispuesto según parecía a sufrir con ánimo tranquilo y sereno cualquier acontecimiento. Pero Petreyo no se abandonó tan pronto; arma sus criados ; con éstos, con las guardias españolas de adargados, y algunos jinetes bárbaros favorecidos suyos que solía tener consigo para su resguardo, vuela de improviso a las trincheras, corta las pláticas de los soldados, echa a los nuestros del campo, y mata a cuantos caen en sus manos. Los demás se unen entre sí, y asustados con aquel impensado peligro, tercián los capotes y desenvainan las espadas; y de esta suerte se defienden contra los soldados de adarga y de a caballo, fiados en la cercanía de los reales, donde se van retirando al amparo de las cohortes que hacían guardia en las puertas.

LXXVI. Hecho esto, Petreyo recorre llorando las tiendas; llama por su nombre a los soldados, y les ruega «que no quieran entregar su persona y la de su general Pompeyo ausente en manos de sus enemigos». Concurren luego al pretorio los soldados. Pide que todos juren no abandonar ni ser traidores al ejército ni a los capitanes, ni tomar por sí consejo aparte sin consentimiento de los otros. Él mismo juró así el primero, y luego Afranio, a quien obligó a

hacerlo en igual forma. Síguense los tribunos y centuriones, y tras ellos los soldados presentados por centurias. Echan bando que quienquiera que tuviese oculto algún soldado de César, le descubra. A los entregados degüéllanos públicamente en el pretorio. Con todo, los más encubren a sus huéspedes, y de noche les dan escape por la trinchera. Así el terror impuesto por los jefes, la crueldad del suplicio y el nuevo empeño del juramento cortó toda esperanza de rendición al presente y trocó los corazones de los soldados, reduciendo las cosas al primer estado de la guerra.

LXXVII. César manda buscar con la mayor diligencia los soldados de los contrarios que con ocasión de hablar con los suyos habían pasado al campo, y remitírselos; bien es verdad que de los tribunos y centuriones algunos de su voluntad se quedaron, a los cuales César hizo después grandes honras. Promovió los centuriones a mayores grados, y a los caballeros romanos los reintegró en la dignidad de tribunos.

LXXVIII. Los afranianos padecían ahora mucha falta de forraje y suma escasez de agua; las legiones tenían alguna porción de trigo, porque tuvieron orden de sacarlo de Lérica para veintidós días; a los adargados y auxiliares les había llegado a faltar del todo, así por la cortedad de medios para proveerse, como porque sus cuerpos no estaban hechos a llevar carga. Por cuyo motivo cada día se pasaban muchos de ellos a César.

Tal era el aprieto en que se hallaban; sin embargo, entre los dos partidos propuestos parecía el más acertado volver a Lérica, porque allí habían dejado un poco de trigo, donde también esperaban aconsejarse con el tiempo. Tarragona distaba mucho, y en tan largo viaje, claro estaba que podían acaecer muchos contratiempos. Preferido este consejo, alzan el campo. César, echando delante la caballería para que fuese picando la retaguardia y entretuviese la marcha, los va siguiendo detrás con las legiones. A cada instante los últimos tenían que hacer frente a nuestros caballos.

LXXIX. El modo de pelear era éste: un escuadrón volante cerraba la retaguardia, y si el camino era llano, hacían muchas paradas. En teniendo que subir algún monte, la misma dificultad del terreno los libraba de peligro, pues los que iban delante desde arriba cubrían la subida de los otros. En la caída de algún valle o bajada de alguna cuesta, como ni los que se habían adelantado podían ayudar a los que venían detrás, y nuestra caballería disparaba contra ellos de lo alto, entonces eran sus apuros. Así en llegando a semejantes parajes, disponían con gran solicitud que, dada la señal, parasen las legiones y rechazasen vigorosamente a la caballería; que en haciéndola retirar, todos tomando de repente carrera, unos tras otros se dejasen caer en los valles, y marchando en esta forma hasta el monte inmediato, hiciesen alto en él. Pues tan lejos estaban de ser socorridos por su caballería, bien que muy numerosa, que antes, por estar despavorida con los reencuentros pasados, tenían que llevarla en medio y defenderla ellos mismos; ni jinete alguno podía

desbandarse sin ser cogido de la caballería de César.

LXXX. Yendo peleando de esta suerte, la marcha era lenta y perezosa, haciendo continuas paradas a trueque de socorrer a los suyos, como entonces aconteció. Porque andadas cuatro millas, y viéndose picar furiosamente por la caballería, hacen alto en un monte elevado, y aquí, sin descargar el bagaje, fortifican su campo por la banda sola que miraba al enemigo. Cuando advirtieron que César había fijado sus reales, armado las tiendas y enviado al forraje la caballería, arrancan súbitamente hacia las seis horas del mismo día, y esperando ganar tiempo durante la ausencia de nuestra caballería, comienzan a marchar. Observado esto, César sacadas las legiones va tras ellos, dejando algunas cohortes para custodia del bagaje. Da contraorden a la caballería y a los forrajeros y manda que a la hora décima sigan a los demás. Prontamente la caballería vuelve del forraje a su ejercicio diario de la marcha. Trábase un recio combate en la retaguardia, tanto que por poco no vuelven las espaldas, y de facto quedan muertos muchos soldados y aun algunos oficiales, íbales a los alcances el ejército de César, y ya todo él estaba encima.

LXXXI. Aquí ya finalmente, no pudiendo hallar sitio acomodado para atrincherarse ni proseguir la marcha, hacen algo por fuerza, y se acampan en un paraje distante del agua, y por la situación peligroso. Mas César por las mismas causas indicadas arriba no los provocó a batalla, y aquel día no permitió armar las tiendas, a fin de que todos estuviesen más expeditos para perseguirles, bien rompiesen de noche o bien de día. Ellos, reconociendo la mala postura de los reales, gastan toda la noche en alargar las fortificaciones, tirando sus líneas enfrente de las de César. En lo mismo se ocupan el día inmediato desde la mañana hasta la noche. Pero al paso que iban adelantando la obra y alargando los reales, se iban alejando más del agua, y procuraban el remedio a los males presentes con otros males. La primera noche nadie sale del campo en busca de agua. Al día siguiente, fuera de la guarnición dejada en los reales, sacan todas las demás tropas al agua, pero ninguna al forraje. César quería más que, humillados con estas calamidades y reducidos al último extremo, se vieran obligados a rendirse, que no derramar sangre peleando. Con todo eso trata de cercarlos con trinchera y foso, a fin de atajarles más fácilmente las salidas repentinas, a que creía habían de recurrir por fuerza. Entonces, parte obligados por la falta de forraje, parte por estar más desembarazados para el viaje, mandan matar todas las bestias de carga.

LXXXII. En estas maniobras y trazas emplearon dos días. Al tercero ya la circunvalación estaba muy adelantada. Ellos por impedir la, dada la señal a eso de las ocho, sacan las legiones, y debajo de las trincheras se forman en batalla. César hace suspender los trabajos, manda juntar toda la caballería y ordena la gente en batalla. Porque dar muestra de rehusar el combate contra el sentir de los soldados y el crédito de todos, parábale gran perjuicio. Eso no obstante, por las razones dichas, que ya son bien notorias, no quería venir a las manos;

mayormente considerando que, por la estrechez del terreno, aunque fuesen desbaratados los contrarios, no podía ser la acción decisiva, pues no distaban entre sí los reales sino dos millas. De éstas las dos partes ocupaban las tropas, quedando la tercera sola para el combate. Y cuando se diese la batalla, la vecindad de los reales ofrecía pronto asilo a la fuga de los vencidos. Por eso estaba resuelto a defenderse caso que le atacasen, mas no a ser el primero en acometer.

LXXXIII. El ejército de Afranio estaba dividido en dos cuerpos, uno formado de las legiones quinta y tercera ; otro de reserva compuesto de tropas auxiliares. El de César en tres trozos; la primera línea de cada trozo se componía de cuatro cohortes de la quinta legión; la segunda de tres cohortes de las tropas auxiliares, y la tercera de tres distintas legiones. La gente de honda y arco ocupaba el centro; la caballería cubría los costados. Dispuestos en esta forma, cada uno creía lograr su intento: César de no pelear sino forzado; el otro de impedir los trabajos de César. Sin embargo, por entonces no pasaron a más empeño sino el de mantenerse ordenados ambos ejércitos hasta la puesta del Sol, y entonces se retira cada cual a su campo. Al otro día se dispone César a concluir las fortificaciones comenzadas; ellos a tentar el vado del río Segre, a ver si podían atravesarlo. César que lo advirtió, hace pasar el río a los germanos armados a la ligera y a un trozo de caballería, y destruye por la margen diferentes guardias.

LXXXIV. Al cabo, viéndose totalmente sitiados, las caballerías ya cuatro días sin pienso, ellos mismos sin agua, sin leña, sin pan, piden entrevista, y que a ser posible no fuese a presencia de los soldados. Negando esto ultimó César, y concediéndoles el hablar, si querían, en público, entregan en prendas a César el hijo de Afranio. Vienen al paraje señalado por César. Estando los dos ejércitos oyendo, dice Afranio: «Que ni él ni su ejército eran reprehensibles por haber querido perseverar fieles a su general Cneo Pompeyo; pero ya habían cumplido con su deber, y harto lo habían pagado con haber padecido la falta de todas las cosas, y más ahora que se ven como fieras acorraladas, privados de agua, sin resquicio para la salida, ya ni el cuerpo puede aguantar el dolor, ni el ánimo la ignominia, por tanto se confiesan vencidos; y si es que hay lugar a la misericordia, ruegan y suplican que no los obliguen a padecer la pena del último suplicio». Estas palabras las pronuncia con la mayor sumisión y reverencia posible.

LXXXV. A esto respondió César: «Que en nadie eran más disonantes las cuitas y lástimas, puesto que todos los demás habían cumplido con su obligación: César

en no haber querido pelear aun teniendo las ventajas de la tropa, del lugar y del tiempo, a trueque de que todo se allanase para la paz; su ejército, el cual no obstante la injuria recibida y la muerte cruel de los suyos, salvó a los del campo contrario que tenía en sus manos; los soldados en fin del mismo

Afranio, que vinieron por sí a tratar de reconciliación, pensando hacer buenos oficios a favor de los suyos; por manera que toda clase de personas había conspirado a la clemencia; ellos solos, siendo las cabezas, habían aborrecido la paz, violado los tratados y las treguas, pasado a cuchillo a unos hombres desarmados y engañados por palabras amistosas. Así ahora experimentaban en sí lo que de ordinario suele acontecer a hombres demasiado tercos y arrogantes; que al cabo se ven reducidos a solicitar con ansia lo que poco antes desecharon. Mas no por eso piensa aprovecharse del abatimiento en que se hallan, o de las circunstancias favorables para aumentar sus fuerzas, sino que quiere se despidan los ejércitos que ya tantos años han mantenido contra su persona. Pues no por otra causa se han enviado a España seis legiones, ni alistado en ella la séptima, ni apercebido tantas y tan poderosas armadas, ni escogido capitanes expertos en la guerra. Nada de esto se ha ordenado a pacificar las Españas, nada para utilidad de una provincia que por la larga paz ningún socorro había menester. Que todos estos preparativos iban dirigidos muy de antemano contra él; contra él se forjaban generalatos de nueva forma, haciendo que uno mismo a las puertas de Roma gobierne la República, y en ausencia retenga tantos años dos provincias belicosísimas; contra él se había barajado el orden de la sucesión en los empleos, enviando al gobierno de las provincias no ya, como siempre, los que acababan de ser pretores y cónsules, sino los que lograban el favor y voto de unos pocos; contra él no valía la excusa de la edad avanzada, destinando a mandar ejércitos o personas que han cumplido los años de servicios en las guerras pasadas; con él solo no se guardaba lo que a todos los generales se había concedido siempre, que acabadas felizmente sus empresas, vuelvan a sus casas y arrimen el bastón con algún empleo honorífico, o por lo menos sin infamia. Que todo esto así como lo había sufrido hasta aquí con paciencia, también pensaba sufrirlo en adelante; ni ahora era su intención quedarse con el ejército quitándoselo a ellos contra su persona; por tanto saliesen, conforme a lo dicho, de las provincias y licenciasen las tropas. Así él no haría mal a nadie; ser ésta la única y final condición de la paz». Esta última proposición fue por cierto de sumo placer para los soldados, como por sus ademanes se pudo conocer; que cuando por ser vencidos temían algún desastre, conseguían sin pretenderlo el retiro. Con efecto, suscitándose alguna diferencia acerca del lugar y tiempo de la ejecución, todos a una desde las líneas donde estaban asomados, con voces y ademanes pedían los licenciasen luego; que aunque más palabras se diesen, no se podían fiar si se difería para otro tiempo. Después de algunos debates entre ambas partes, finalmente se resolvió que los que tenían domicilio y posesiones en España fuesen a la hora despedidos, los demás en llegando al río Varo. Asentóse que no se les haría daño, y que ninguno por fuerza sería obligado por César a alistarse bajo sus banderas.

LXXXVI. César promete proveerles de trigo desde entonces hasta la

despedida. Añade también que si alguno hubiese perdido cosa que esté en poder de sus soldados, se restituyese a sus dueños; el valor de estas cosas tasadas por su justo precio se lo pagó en dinero contante a los soldados. En todos los pleitos que hubo después entre los soldados, acudían voluntariamente para la decisión a César. Petreyo y Afranio, como las legiones casi amotinadas clamasen por la paga, cuyo plazo decían ellos no haberse aún cumplido, piden por arbitro a César, y unos y otros quedaron contentos con el corte que éste dio. Despedida en aquellos dos días como la tercera parte del ejército, mandó que dos de sus legiones fuesen delante y las otras detrás, de suerte que las unas se alojasen a corta distancia de las otras. Este negocio encomendó al legado Quinto Fusio Caleño. Conforme a esta orden suya se hizo el viaje desde España hasta la ribera del Varo, donde fue despedido el resto del ejército.

LIBRO SEGUNDO

I. Mientras esto pasa en España, el legado Cayo Trebonio, encargado del cerco de Marsella, empezó a formar terraplén, galerías y bastidas por dos partes. La una que caía cerca del puerto y del arsenal; la otra hacia el paso por donde los que vienen de la Galia y España entran en aquel brazo de mar que comunica con la ría del Ródano, porque de la ciudad de Marsella como tres partes están bañadas del mar, la cuarta sola está unida con la tierra; y aun de ésta el espacio que ocupa el alcázar, fuerte por su naturaleza y un valle muy hondo, hacen largo y dificultoso el asedio. Para ejecutar estas obras, hizo Cayo Trebonio venir de la Provenza gran número de acémilas y obreros, y traer mimbres y otros materiales. Conducidos éstos, levanta un terraplén de ochenta pies en alto.

II. La ciudad empero de tiempo atrás estaba tan bien surtida de todo género de pertrechos de guerra y de tanta copia de máquinas de batir, que no había reparos de zarzo que pudiesen resistir a su violencia. Entre otros instrumentos, había unas vigas de doce pies y sus puntas de hierro, que arrojadas con grandes ballestas, penetrando por cuatro órdenes de zarzos, venían a hincarse en tierra. Por cuya causa la cubierta de las galerías era de vigas unidas, gruesas de un pie; y así a cubierto y de mano en mano se iba extendiendo el terraplén. Para igualar el terreno marchaba delante un galápago de sesenta pies, construido asimismo de maderos durísimos, y guarnecido de todos preservativos contra los tiros de fuego y las piedras. Mas la grandeza de las obras, la elevación de la muralla y de las torres, y la muchedumbre de sus baterías retardaba la ejecución de todas nuestras operaciones. Además de esto, los albicos hacían continuas salidas de la plaza, y pegaban fuego al terraplén y a las bastidas, bien que los nuestros eludían fácilmente sus esfuerzos y les nacían retirar con gran pérdida a la plaza.

III. Por este tiempo Lucio Nasidio, enviado por Ceno Pompeyo de socorro a Lucio Domicio y a los masilienses con una escuadra de dieciséis navíos, de los cuales tenían algunos el espolón de bronce, pasado el Faro sin advertirlo Curión, y aportando a Mesina, habiendo huido por el susto las personas principales y los senadores, cógeles del arsenal una nave, y juntándola con las suyas, prosigue su rumbo hacia Marsella; y despachando delante con disimulo un barco, dio aviso a Domicio y a los masilienses de su arribo, exhortándolos con grande eficacia a que, unidas las fuerzas navales con las suyas, se animasen a pelear otra vez con la escuadra de Bruto.

IV. Los masilienses, después del desastre pasado, sacando del arsenal igual número de naves viejas, las habían renovado y armado con suma diligencia. Tenían gran copia de marineros y pilotos, y juntando también barcos de pescadores, para que los remeros estuviesen resguardados de los tiros, los habían cubierto y llenándolos de flecheros y máquinas de batir. Aprestada de esta suerte su armada, esforzados con ruegos y lágrimas de los ancianos, de las madres de familia y de las doncellas a socorrer en tal extremo a la patria, embarcase con no menos brío y confianza que en la batalla precedente, por ser vicio común de nuestra naturaleza infundirnos más confianza o temor las cosas aun no conocidas ni experimentadas, como sucedió entonces, pues la llegada de Lucio Nasidio llenó al pueblo de esperanza y de valor. En resolución, logrando un viento favorable, salen del puerto y júntense con Nasidio en Torendas, castillo de los masilienses; aquí ordenan sus naves, resuélvase de nuevo al combate, conciértense en el plan de operaciones, y se encarga el ala derecha a los masilienses, a Nasidio la izquierda.

V. A este mismo sitio dirigió Bruto su proa, aumentando el número de sus naves; porque a las construidas por César en Arles se allegaron las seis apresadas de los masilienses, las cuales había carenado los días antecedentes y equipado de todo lo necesario. Por tanto, exhortando a los suyos a no temer quedar vencidos a los que había sojuzgado en su pujanza, lleno de buenas esperanzas y no menos coraje, endereza contra ellos. Era de ver desde los reales de Trebonio y de todas aquellas alturas cómo dentro de la ciudad todos los mozos que se quedaron en ella, y todos los ancianos con sus hijos y mujeres desde los cuerpos de guardia o del adarve, alzaban las manos al cielo, o iban en procesión a los templos de los dioses inmortales y postrados ante sus imágenes, hacían oración por la victoria. No había entre todos quien no creyese que toda su suerte estaba pendiente del suceso de aquel día; como que la flor de la juventud y los más distinguidos de todas edades, nombrados expresamente y rogados con grandes instancias, se habían embarcado; de modo que si la fortuna fuese adversa, veían que no les quedaba, más socorro ni adonde volver los ojos; mas si venciesen, esperaban conservar la ciudad, ya con sus propias fuerzas, ya con los socorros que les vendrían.

VI, Trabada la batalla, los masilienses dieron todas las pruebas de valor, pues

teniendo presentes las amonestaciones que acababan de recibir de los suyos, peleaban con tal denuedo, como si ya no hubiesen de tener otra ocasión de hacer el último esfuerzo; y los que se hallaban durante la refriega en peligro de la vida hacían cuenta que su muerte no hacía más que anticiparse un poco a la de los demás ciudadanos, a quienes tomada la ciudad aguardaba la misma desventura. Descompuesta poco a poco la línea de nuestras naves, lograban los pilotos contrarios el manejar con toda expedición las suyas, y si tal vez los nuestros con los arpones aferraban algún navío, corrían de todos lados a defender del riesgo a los suyos. Tampoco los albicios que venían con ellos se mostraban cobardes para pelear mano a mano, ni cedían mucho a los nuestros en valentía. Asimismo a lo lejos una lluvia de dardos disparados de los navichuelos caía de improviso sobre los nuestros desapercibidos y embarazados, con que recibían muchas heridas; y como dos galeras divisasen la capitana de Decio Bruto, fácil de discernir por el pabellón, por los dos costados se dispararon a boga arrancada contra ella, pero Bruto, previsto el lance, hizo tanto esfuerzo a remo y vela, que en breve pudo adelantárseles. Ellas, precipitadas, dieron tan de recio una contra otra, que ambas quedaron sumamente maltratadas del golpe, y aun una, roto el espolón, totalmente destruida. Lo cual visto, las naves de la escuadra de Bruto, que allí cerca estaban, acométenlas impetuosamente, y en un punto ambas a dos las echan a fondo.

VII. Las naves de Nasidio no sirvieron, sin embargo, de nada, saliéndose luego del combate; y es que ni la vista de la patria, ni amonestaciones de parientes las obligaban a poner sus vidas a riesgo. Por tanto, de éstas no faltó ni una; de los masilienses, cinco fueron echadas a pique, cuatro apresadas, una escapó con las de Nasidio, las cuales todas ganaron las costas de la España Citerior. Otra de las restantes, enviada delante con la nueva del triste suceso a Marsella, al acercarse a la ciudad, fue al instante rodeada de todo el pueblo, que de tropel concurrió para informarse; y entendido el caso, prorrumpió en tales llantos, que no parecía sino que la ciudad era en aquel mismo punto entrada de los enemigos. Mas no por eso los masilienses pusieron menos diligencia en aparejar cuanto era menester para defensa de la plaza.

VIII. Los soldados legionarios, que trabajaban al lado derecho, cayeron en cuenta, por las frecuentes salidas de los enemigos, que podía serles de gran defensa el fabricar al pie de la muralla una torre de ladrillo, que les sirviese de baluarte y acogida; habíanla hecho al principio contra los asaltos repentinos baja y pequeña. Aquí se refugiaban; de aquí se defendían en viéndose acometidos con mayor violencia; de aquí salían corriendo a rechazar y perseguir al enemigo. Era su extensión de treinta pies en cuadro, y de cinco el grueso de las paredes. Pero después, la experiencia, que acompañada de la sagacidad de los hombres es maestra de todas las cosas, enseñó que podía ser de gran ventaja si se diese la elevación correspondiente de torre. Lo cual se

efectuó en la forma siguiente.

IX. Alzada que fue la torre hasta el primer alto, echaron el tablado, encajándolo en las paredes de suerte que los remates de las vigas quedasen metidos en ellas, para que no sobresaliese cosa en que prendiera el fuego. Después de este tablado continuaron en levantar las paredes de ladrillo en cuanto permitía la elevación de los reparos y parapetos. Encima de este segundo cuerpo de pared pusieron en cruz dos cabríos sin que saliesen las puntas fuera de ella para afianzar sobre ellos la cuartería del que había de ser techo de la torre, y sobre estos cabríos tendieron unos cuarterones asegurados con travesaños. Los cuarterones sobresalían con las puntas fuera de la pared, para tener donde pudiesen colgar algunas defensas, con que ponerse a cubierto y rebatir los golpes mientras proseguían en levantar las paredes; el tal alto solaron de ladrillos y argamasa para preservarlo del fuego de los enemigos; tendían encima jergones, porque las armas arrojadas no rompiesen la tablazón, o los cantos tirados con pedreros no deshiciesen el enladrillado. Formaron también de cables tres esterones de la longitud de las paredes y cuatro pies de anchos, los cuales extendidos por los tres lados que miraban al enemigo, los ataron a las puntas de los cuarterones, que sobresalían al derredor de la torre, por haber experimentado en otros sitios que sólo este género de cubiertas no podían penetrar lanza alguna ni otra arma arrojada. Cuando ya concluida esta parte de la torre quedó bien cubierta y defendida de todos los tiros del enemigo, fueron arrimando los andamios a las otras obras, y empezaron desde el primer suelo a coger en peso con el torculado el techo exento de la torre y a levantarlo, elevándolo tanto cuanto daba de sí la colgadura de los esterones. Cubiertos y resguardados del techo y esterones, iban fabricando las paredes de ladrillo; después alzando el techo con el auxilio de los torculados, se hacían lugar para continuar la fábrica. Cuando parecía ser tiempo de hacer otro tablado, colocaban las vigas bien así como en el primero metiendo sus remates dentro de las paredes, y desde este piso alzaban el techo y los esterones. En esta forma a cubierto, sin herida ni peligro alguno, fabricaron hasta seis altos, dejando al tiempo de la construcción, donde pareció conveniente, abiertas troneras para disparar las piezas de batir.

X. Ya que se aseguraron de que desde esta torre podían bien defender las obras que se hiciesen a la redonda, trataron de construir un órgano largo de setenta pies con leños gruesos de dos, que desde la torre de ladrillo se prolongase hasta la torre y el muro de los enemigos; su forma era esta: asientan primero en el suelo dos vigas de igual longitud y distantes entre sí cuatro pies, y fijan en ellas dos postes de cinco, trabados con cabríos que formaban el caballete, donde se habían de colocar las vigas para techar el órgano. Ponen sobre él vigas de canto de dos pies, trabándolas con cinchones y clavos. Al rematé de las vertientes del techo fijan listones cuadrados, de cuatro dedos de tabla, para contener los adobes que habían de cubrir el órgano. Rematada así la obra en

forma combada, y perfeccionada según la positura de las vigas afianzadas en los cabríos, cúbrenla con adobes y argamasa, para defender el árgano del fuego que arrojasen del muro; sobre los adobes tienden pieles, porque éstos no se deshiciesen con el agua que los enemigos vertiesen por los canales, y porque las pieles no recibiesen daño del fuego y las piedras, las cubren con jergones. Toda esta gran máquina concluyeron al pie de la misma torre bajo de cubierto; y de repente, estando bien descuidados los sitiados, al modo mismo que botan al agua los navíos, metidos debajo unos rodillos, la arrimaban a la muralla y queda pegada con ella.

XI. Espantados de esta novedad los sitiados, mueven con palancas peñascos los más grandes que pueden y échanlos a rodar del muro abajo sobre el árgano. La firmeza del maderamen resiste al golpe, y cuando cae sobre él resbala en su cubierta. Viendo esto mudan de traza; llenan barriles de pez y resina, y poniéndoles fuego, échanlos a rodar del muro al árgano. Resbalan también éstos por el techo abajo, y en cayendo en el suelo, los nuestros los apartan con varales y horquillas porque no prenda fuego la obra. Entre tanto los soldados debajo del árgano van desgajando con palancas las piedras que sostenían la torre de los enemigos. El árgano desde la torre de ladrillo es defendido de los nuestros con dardos y baterías, barriendo a los enemigos del muro y torres, sin dejarles arbitrio para su defensa. Quitadas ya muchas piedras de los cimientos de la torre inmediata, cae de repente a tierra un lienzo de ella, y el otro queda desplomado amenazando ruina.

XII. Asustados entonces los enemigos con la ruina repentina de la torre, turbados con tan inopinado fracaso, consternados de considerarse en desgracia de los dioses, atemorizados con el saqueo inminente, todos a una, sin armas, en traje de suplicantes, salen de tropel fuera de la puerta y tienden humildes las manos a los legados y al ejército. A cuyo nuevo espectáculo suspéndese el ataque, y los soldados, dejando los trabajos, acuden llevados de la curiosidad a oír y ver. Llegados que fueron los enemigos a los legados y al ejército, echándose todos a sus pies, suplican se aguarde la venida de César; que ven su ciudad tomada, los trabajos concluidos, la torre arruinada; que por tanto desisten de la defensa; que en llegando César, cuando ellos no cumpliesen la palabra, podría sin detención ni embarazo meter a saco la ciudad. Representan que si la torre acabase de caer, no se podrían contener los soldados sin entrar, por la esperanza del pillaje, a sangre y fuego la ciudad y asolarla. Éstas y otras muchas cosas a este tono ponderan, como hombres avisados, con lágrimas y lloros.

XIII. Enternecidos con ello los legados, retiran de la labor a los soldados y desisten del ataque, contentándose con dejar guardias en los trabajos. Hácese por compasión una especie de tregua hasta la venida de César. Ni ellos ni los nuestros disparan un tiro. Como si la cosa estuviese concluida, todos aflojan en el cuidado y diligencia; y es que César tenía dadas por cartas estrechas

órdenes a Trebonio, que no permitiese entrar por fuerza la ciudad, no fuese que los soldados, irritados ya por la rebelión, ya por verse menospreciados, ya también por el largo trabajo, matasen a los mozos, como amenazaban de hacerlo; y no costó poco el reprimirlos que no asaltasen la plaza, y lleváronlo muy a mal, pensando que por Trebonio no se hubiese dado el asalto.

XIV. Pero los enemigos, sin respeto a la fe jurada, andaban buscando tiempo y coyuntura de armar traición; y dejando pasar algunos días, uno en que los nuestros estaban entregados al descanso, súbitamente al tiempo de la siesta, cuando se habían unos retirado, cansados otros con el trabajo de tantos días se habían echado a dormir en medio de las trincheras, arrimadas las armas, salen de rebato por las puertas afuera, y favorecidos de un viento recio, pegan fuego a los trabajos, cuyas llamas de tal manera esparció el viento, que ardieron a un tiempo terraplén, parapetos, galápagos, torre y baterías, y primero se redujo todo a cenizas que se pudiese advertir cómo había sucedido la cosa. Los nuestros, perturbados de la desventura imprevista, echan mano de las primeras armas que encuentran; otros saltan de los reales y arremeten al enemigo, pero el disparo de saetas y tiros desde la muralla cubren la retirada de los enemigos; se meten éstos debajo del muro, y allí a salvamano ponen fuego al órgano y a la torre de ladrillo. Así por la mala fe de los enemigos y violencia del viento feneció en un instante el trabajo de muchos meses. Tentaron los masilienses otro tanto al día siguiente logrando igual viento, y aun con mayor confianza salieron impetuosamente a pelear junto a otra torre y el terraplén arrojando mucho fuego; mas los nuestros, así como antes habían aflojado enteramente de su primer tesón, así ahora, escarmentados con el desastre del día precedente, tenían bien prevenido todo lo necesario para la defensa. Con que matando a muchos, hicieron retirar a los demás a la plaza sin haber logrado el intento.

XV. Trebonio trató de resarcir lo perdido con mucho mayor empeño de los soldados; pues cuando vieron malogradas tantas fatigas suyas y prevenciones, sintiendo en el alma que después de violadas a traición las treguas ¿e hiciese burla de su valor; como no les quedaba paraje de donde sacar fagina, por haber cortado y conducido todo? los árboles del contorno, determinaron hacer un terraplén de nueva invención y nunca oído, formado de dos muros de ladrillo que tuviesen seis pies de grueso y el terrado casi igual al otro de madera. Donde el espació intermedio de los muros, o lo endeble del material parecía requerirlo, entreveran pilares con vigas atravesadas que daban solidez, y todo el tablado se cubre con zarzos y los zarzos con adobes. Los soldados cubiertos del muro por ambos lados, del techo por encima y del parapeto por delante, llevan sin peligro cuanto es menester para la obra. Ponen gran diligencia en la ejecución, y; mediante la industria y esfuerzo de los soldados, se resarce en breve el daño de una labor de muchos días. Déjanse puertas en el muro donde parece a propósito para las salidas.

XVI. Los enemigos cuando vieron tantas cosas (que no creyeran poder

restaurarse en largo tiempo) tan bien reparadas con la diligencia y labor de muchos días, que ya no había lugar a traición ni salida, ni les quedaba medio de hacer daño o con armas a los soldados, o con fuego a los trabajos; reconociendo que con la misma traza se podía cercar con muro y torres la ciudad por la parte que comunica con la tierra, de manera que no se les dejase parar en sus adarves, pues parecía el nuevo terraplén un alcázar unido y sobrepuesto a sus mismas murallas, de donde podían tirar dardos con la mano, y que sus baterías, de que se prometían grandes cosas, por causa de la inmediación no valían nada, echando de ver, además, que con partido igual en combatir de muro a muro y de torres a torres, no podían contrarrestar en valor a los nuestros, recurren a las primeras condiciones de la entrega.

XVII. Marco Varrón, al principio de su gobierno en la España Ulterior, sabiendo cómo iban las cosas en Italia, desconfiando del partido de Pompeyo, hablaba de César con grandísima estimación, diciendo: que por haber sido prevenido de Pompeyo con la tenencia, se hallaba empeñado en su servicio, pero no que debía menos a César; que tampoco ignoraba cuál fuese la obligación de un oficial subalterno, cuáles sus fuerzas, cuál la inclinación de toda la provincia hacia César. Ésta era la materia de todas sus conversaciones sin declararse por ninguno de los dos partidos. Empero después que supo cómo César estaba en Marsella; la unión de Petreyo y Afranio, y los muchos auxiliares que se les habían juntado; que toda la Provincia Citerior se había declarado por ellos y que se prometían cosas grandes, noticioso también de la carestía que experimentaban en Lérida, todo lo cual le había escrito Afranio con tanto encarecimiento como presunción, empezó él también a mudarse a la parte que soplabla la fortuna.

XVIII. Hizo Marco Varrón levas por toda la provincia; a dos legiones completas añadió treinta cohortes auxiliares; acopió gran porción de trigo, para remitir parte de él a los masilienses, parte a Petreyo y Afranio; mandó a los gaditanos construir diez galeras; otras muchas hizo fabricar en Sevilla; hizo conducir además todo el dinero y todas las alhajas del templo de Hércules a Cádiz, poniendo allí de guarnición seis cohortes sacadas de la provincia, y puso por gobernador a Cayo Galonio, caballero romano y amigo de Domicio, que le había enviado allá para negociar una herencia; las armas todas de los particulares y del público depositó en casa de Galonio. Él mismo pronunció varias declamaciones insolentes contra César, publicando repetidas veces desde su tribunal que César había quedado vencido; que muchos de sus soldados habían pasado a las banderas de Afranio; que todo esto lo sabía por noticias ciertas y sujetos fidedignos. Amedrentados con eso los ciudadanos romanos de aquellas provincias, oblígales a ofrecer para subsidio de la República un donativo de once millones de sestercios con veinte mil fanegas de trigo. A las ciudades que sospechaba favorecían a César echaba mayores contribuciones, y si algunos en estas ciudades censuraban el gobierno de

Roma, les confiscaba los bienes, pasaba allí con la tropa y pronunciaba sentencia contra los particulares, forzando a toda la provincia a prestar juramento de fidelidad a sí y a Pompeyo. Cuando llegó a su noticia lo sucedido últimamente en la España Citerior, dispúsose para la guerra; la cual pensaba hacerla así: irse con dos legiones a Cádiz, y embargar allí las naves y los granos, porque había entendido que toda la provincia estaba por César. Bien provisto de naves y vituallas dentro de la isla, juzgaba no ser difícil prolongar la guerra. César, aunque muchos y bien urgentes negocios le llamaban a Italia, sin embargo, estaba resuelto a no dejar ninguna reliquia de guerra en las Españas, sabiendo muy bien los grandes beneficios que había hecho Pompeyo en la Citerior y los muchos apasionados que allí tenía.

XIX. Por tanto, habiendo enviado a la Ulterior dos legiones con Quinto Casio, tribuno de la plebe, él con seiscientos caballos marcha a grandes jornadas, librando antes una provisión en que mandaba que para tal día compareciesen ante sí los magistrados y regidores de todas las ciudades en Córdoba. Promulgado este edicto por toda la provincia, no hubo ciudad que no enviase algunos de su regimiento a Córdoba, ni ciudadano romano de alguna distinción que no concurriese al día señalado. Entre tanto el gobierno mismo de Córdoba por su autoridad cerró las puertas a Varrón; puso guardias y centinelas en la muralla y en las torres, y dos cohortes, llamadas Colonias, que por allí pasaban casualmente, las retuvo para defensa de la plaza. Esos mismos días los de Carmona, ciudad sin comparación la más fuerte de toda la provincia, como Varrón hubiese introducido en el castillo tres cohortes, por sí mismos las echaron fuera y los rastrillos a las puertas.

XX. Varrón, por lo mismo, se daba más prisa para llegar cuanto antes con las legiones a Cádiz, porque no le cortasen el viaje por tierra o por agua. Andaba alguna parte de camino, como era tanta y tan fina la voluntad de la provincia a César, recibe cartas de Cádiz con la noticia de que, luego que se supo el edicto, acordaron los regidores de Cádiz con los oficiales mayores de las cohortes, que allí estaban de guarnición, echar de la ciudad a Galonio, y conservar la isla y plaza en la obediencia de César. Con este acuerdo intimaron a Galonio que de su grado, mientras podía sin riesgo, saliese de la plaza; donde no, tomarían ellos sus medidas; que con esto atemorizado Galonio, se había ido de Cádiz. Con estas nuevas, de las dos legiones, la una, nombrada Vernácula, levantó las banderas de los reales ejes Varrón a su presencia y vista, Mirose de Sevilla, y se alojó en la plaza y en los pórticos sin hacer mal a nadie. Este hecho fue tan grato a los ciudadanos romanos de aquel partido, que a porfía los hospedaban con sumo agasajo en sus casas. Intimidado Varrón con tales sucesos, como mudando de ruta hubiese propuesto encaminarse a Itálica, avísanle los suyos que las puertas estaban cerradas. Entonces, finalmente, viéndose atajado por todas partes, envió a decir a César cómo estaba pronto a entregar la legión a quien él mandase. Él envióle a Sesto César con orden que

se la entregase, Entregada la legión, vino Varrón a Córdoba para verse con César, y habiendo dado las cuentas de su administración, entrega fielmente todo el dinero que tenía en su poder, y declara cuántas provisiones y naves tiene y dónde.

XXI. César en la junta de Córdoba da generalmente las gracias a todos: a los cordobeses porque procuraron asegurarle la ciudad; a los de Carmona porque habían echado fuera las guarniciones; a los gaditanos por haber desbaratado los proyectos de los contrarios y puesto en cobro su libertad; a los tribunos militares y capitanes venidos a Cádiz de guarnición, porque con su esfuerzo sostuvieron la resolución de los naturales. Remite a los ciudadanos romanos la paga del dinero ofrecido a Varrón para el público; restituye los bienes confiscados a los que habían hablado con demasiada libertad, y hechas varias mercedes en común y en particular a los demás da buenas esperanzas; y habiéndose detenido dos días en Córdoba, sale para Cádiz, donde manda restituir al templo de Hércules los dineros y exvotos que de él se habían trasladado a una casa particular; deja por gobernador de la provincia a Quinto Casio con cuatro legiones a sus órdenes. Él con las naves que Marco Varrón y por su mandado los gaditanos habían construido, en pocos días arribó a Tarragona donde le aguardaban los diputados de casi toda la Provincia Citerior. Decretadas como en Córdoba varias gracias en común y en particular, sale de Tarragona caminando por tierra a Narbona, y de allí a Marsella. Aquí tuvo noticia cómo promulgada la ley de nombrar dictador, él mismo había sido nombrado por el pretor Marco Lepido.

XXII. Los masilienses, fatigados de toda suerte de males, reducidos a una extrema penuria de víveres, vencidos en dos batallas navales, derrotados en las frecuentes salidas, afligidos también de grave pestilencia ocasionada del largo encerramiento y de la mudanza de alimentos (pues se mantenían de panizo añejo y de cebada viciada que para semejantes lances tenían de repuesto en depósito) desahuciados de los socorros de las provincias y ejércitos, que sabían haber caído en manos de César, derribada la torre y desmantelada gran parte de la muralla, determinan rendirse de veras. Pero pocos días antes Lucio Domicio, entendida la determinación de los masilienses, equipadas tres naves, de las cuales destinó dos para sus compañeros, embarcándose él en la tercera, a favor de una espesa niebla se hizo a la vela. Divisáronle las naves que por orden de Bruto diariamente hacían guardia delante del puerto, y lavando áncoras, empezaron a darle caza. De los tres navíos sólo el de Domicio tiró adelante y prosiguió huyendo hasta que a la sombra de la oscuridad se perdió de vista; los otros dos, por temor del alcance de nuestras naves, se refugiaron al puerto. Los masilienses, conforme se les mandó, presentan fuera de la plaza las armas y baterías; sacan las naves del arsenal y del puerto, entregan el tesoro público. César, concluidas estas cosas, concediéndoles la vida por respeto a la fama y antigüedad de su república, y no porque se lo mereciesen

ellos, deja en la ciudad dos legiones de guarnición, remite las demás a Italia, y él mismo se parte para Roma.

XXIII. Por este mismo tiempo Cayo Curión, navegando de Sicilia al África, como quien ya de antemano miraba con desprecio las fuerzas de Publio Accio Varo, llevaba consigo dos legiones de cuatro recibidas de César y quinientos caballos más. Gastados dos días con sus noches en la navegación, vino a surgir en cierto lugar llamado Aguilera, distante de Clupea veintidós millas; el cual tiene una bahía no mala para tiempo de verano entre dos altos promontorios. Lucio César el mozo, estando en Clupea a la espera de su arribo con diez galeras (las cuales, apresadas en la guerra de los piratas, Publio Accio había hecho reparar en Útica con motivo de la guerra presente), aterrado con la vista de tanto buque, fuese huyendo de alta mar, y orillando a la costa vecina con su galera cubierta, dejándola en la playa, escapó por tierra a la ciudad de Adrumeto cuya plaza defendía Cayo Considio Longo con una legión. Con la huida de César las demás galeras se retiraron al puerto de Adrumeto. Yendo en su seguimiento el cuestor Marco Rufo con doce navíos que Curión había sacado de Sicilia para escolta de los transportes, vista la galera desamparada en la costa, la trajo a remolque, y volvióse a Curión con la escuadra.

XXIV. Curión envía delante a Marco por mar a Útica, él mismo marcha con el ejército allá, y andadas dos jornadas, llegó al río Bagrada, donde deja con las legiones al legado Cayo Caninio Rebilo, y él se adelanta con la caballería a fin de reconocer los reales cornelianos, lugar que se consideraba muy ventajoso para el campamento. Es una cordillera empinada que domina al mar, por las dos bandas fragosa y áspera, si bien por la parte que cae a Útica es la cuesta algún tanto más suave. Dista de Útica por camino derecho poco más de una milla. Pero en este camino hay una fuente que comunica con el mar, formándose un gran lago, que si uno quiere no pasarlo, ha de rodear seis millas para llegar al pueblo.

XXV. Al reconocer este puesto, se pone Curión a contemplar los reales de Varo, pegados al muro y a la plaza por la puerta llamada Bélica, harto bien defendidos por naturaleza; por un lado, de la misma ciudad de Útica; por otro, del teatro edificado enfrente de ella sobre arcos grandísimos de bóveda, con paso difícil y estrecho para los reales. Juntamente observó cómo todos los caminos estaban cubiertos de gente que por temor de alguna repentina guerra acarreaban de las aldeas sus bienes y haciendas a la plaza. Destaca, pues, hacia esta parte la caballería para saquearlas y aprovecharse de los despojos. Al mismo tiempo Varo envía de la ciudad para escoltarlas seiscientos caballos nómidas y cuatrocientos infantes, los mismos que pocos días antes el rey Juba había enviado de socorro a Útica. Éste, por derecho de hospedaje heredado de su padre, era tan amigo de Pompeyo como enemigo de Curión; porque, siendo tribuno de la plebe, promulgó una ley por la cual le confiscaba del reino. Al primer encuentro de nuestra caballería con los nómidas, éstos no pudieron

aguantar la carga; sino que, dejando muertos en el campo ciento y veinte de los suyos, los demás se refugiaron a los reales debajo del muro. Entre tanto, al arribo de las galeras, Curión hace intimar a doscientas naves mercantiles surtas en la rada de Útica, «que tratará como enemigos a los que no alcen velas al momento y se dirijan a los reales cornelianos». Hecha la intimación, al mismo punto zarpando todas, pasan de Útica adonde les fue mandado. Con que el ejército se halló abastecido de todo.

XXVI. Después de haber ejecutado esto Curión, da la vuelta a su campo de Bagrada, y es aclamado a una voz por todo el ejército general en jefe. Al día siguiente conduce sus tropas a Útica y se acampa cerca de la plaza. Aún no estaba bien acampado, cuando le avisan las guardias avanzadas de la caballería, que vienen hacia Útica grandes socorros de a caballo, y de a pie remitidos por el rey; al mismo tiempo se veía una gran polvareda, y un instante después se dejó ver ya la vanguardia. Turbado Curión con esta novedad, destaca luego la caballería para que recibiese y sostuviese el primer ímpetu; en tanto él saca de las trincheras y arma las legiones. Acomete la caballería; y primero que las legiones pudiesen desenvolverse y tomar puesto, ya las gentes del rey, turbadas todas, sobrecogidas, sin acción ni orden (porque caminaban sin él por no recelar peligro), estaban en huida, y salvándose la caballería casi toda a fuerza de correr por las riberas a la plaza, quedó degollada mucha parte de la infantería.

XXVII. La noche inmediata dos centuriones marsos con veintidós de sus soldados desertan del campo de Curión al de Accio Varo. Éstos, ya fuera que dijese lo que verdaderamente sentían, ya por lisonjear a Varo (siendo así que tan fácilmente creemos lo que deseamos, como nos persuadimos a que todos han de sentir lo que nosotros sentimos), lo cierto es que aseguraron que toda la tropa obedecía de mala gana a Curión; que sería muy del caso el dejarse ver y poder hablarse los dos ejércitos. Varo, dándolo por cierto, al día siguiente de madrugada saca de los reales sus legiones; eso mismo hace Curión, y teniendo sólo de por medio un valle no muy grande, ambos forman su gente en batalla.

XXVIII. Estaba en el ejército de Varo Sesto Quintilio Varo, que dijimos arriba haberse hallado en Corfinio. Éste, puesto en libertad por César, había venido al África, y Curión había transportado consigo aquellas mismas legiones que César tiempos antes tomó a su servicio en Corfinio; de modo que sin más mudanza que la de algunos centuriones, los grados y las centurias perseveraban en el mismo pie. Valiéndose Quintilio de esta correlación para el enganche, comenzó a correr ante el ejército de Curión y a conjurar a los soldados, «que no echasen en olvido el primer juramento hecho en manos de Domicio y en las tuyas como cuestor; que no empeñasen las armas contra los que habían sido compañeros de la misma fortuna y de los mismos trabajos en el cerco, ni peleasen a favor de aquellos que por afrenta los llamaban desertores». Concluye con darles esperanzas de largas mercedes, las cuales

debían esperar de su liberal mano, si siguiesen sus banderas en el ejército de Accio. Acabada la arenga, el ejército de Curión no hizo novedad alguna, y con eso se retiró cada cual con sus tropas.

XXIX. Pero la resulta de esto en el campo de Curión fue el apoderarse de todos un terror pánico, que tomó cuerpo prontamente, como suele, con los discursos de los soldados, poniendo cada uno algo de su casa a lo que oía decir a otros; con que saliendo la voz del primero que fue sólo el autor, y comunicándose a otros, corriendo de boca en boca, ya parecían muchos los autores de ella. Ponderábase que la guerra era civil; tales los soldados, que podían libremente hacer lo que gustasen; las legiones las mismas que poco antes militaban en el campo enemigo; que aun el beneficio de César dejaba de serlo por su costumbre de acoger a cuantos se presentaban de los pueblos del bando contrario, como se vio en los desertores de la noche antes; porque no venían ahora de los marsos y peliños . Esto se hablaba en los ranchos, y algunos camaradas entre sí daban peor sentido a las palabras bastante fuertes de los soldados. Los que querían parecer más adelantados, aun fingían algunas cosas.

XXX. En vista de esto, convocando a junta, pone el negocio en consulta. Algunos eran de opinión que se habían de hacer todos los esfuerzos posibles y asaltar los reales de Varo, puesto que no hay cosa tan nociva como el ocio en semejantes inquietudes de los soldados. En suma, más vale, decían, probar la suerte peleando animosamente, que, desamparados y vendidos de los suyos, padecer tormentos atrozísimos. Otros juzgaban que sería mejor retirarse a medianoche a Castro Cornelio, donde habría más tiempo y comodidad para desengañar a los soldados; que cuando turbio corriese, teniendo a mano tantas embarcaciones, era más segura y más fácil la retirada a Sicilia.

XXXI. Curión ninguno de estos consejos aprobaba, diciendo que cuanto el uno mostraba de cobardía, tanto había en el otro de temeridad; que aquéllos proponían por expediente una vergonzosísima fuga; éstos el de una batalla, estando por el enemigo la ventaja del sitio. « ¿Por dónde, dice, presumimos poder forzar unas trincheras tan bien fortificadas por arte como por naturaleza? ¿O qué vamos a ganar con ser rebatidos con gran daño en el asalto? Como si no fuesen las empresas dichas las que granjean la benevolencia de los soldados a los jefes, igualmente que las desgracias al desafecto. Pues el mudar de campo ¿qué otra cosa es, sino una vil fuga, darse por desesperados y enajenar los ánimos de los soldados? No es bien que los cuerdos sospechen que se fía poco de ellos, ni los mal intencionados entiendan que se les teme, porque así crece la insolencia de los unos y se disminuye la afición de los otros. Mas demos por cierto lo que se dice del enajenamiento del ejército (lo que yo para mí tengo ser, o falso del todo, o mucho menos de lo que se imagina), ¿cuánto mejor es disimularlo y encubrirlo, que no con el hecho confirmarlo? ¿Por ventura no se deben ocultar, como se hace con las

llagas del cuerpo, los males del ejército para no acrecentar a los enemigos la osadía? Y aun más pretenden: que salgamos de noche, sí, para que tengan mayor libertad los que intentasen desmandarse, puesto que no hay otro freno en semejantes casos sino el pundonor y el miedo, a que ninguna cosa es más contraria que la noche. Así que ni soy tan resuelto que me determine a dar el salto a las trincheras sin esperanza de forzarlas, ni tan medroso que me cuente ya perdido; antes bien me parece tentar primero todos los medios y espero que presto, vista la realidad, estemos todos de acuerdo por la mayor parte. »

XXXII. Despedido el consejo, convoca los soldados y les recuerda el servicio importante que hicieron a César en Corfinio; cómo su favor y autoridad atrajo a sí gran parte de Italia: «porque a vosotros, dice, y vuestro ejemplo han seguido uno tras otro todos los pueblos. De aquí es que no sin razón sois tan amados de César como aborrecidos de sus adversarios. Pero ¡qué mucho! Pompeyo sin haber perdido batalla alguna, con el anuncio infausto de vuestro hecho salió huyendo de Italia; César os fió en mí la persona que más amaba juntamente con la Sicilia y África, sin las cuales no puede mantener a Roma ni a Italia. Ya sé que os inducen a dejarnos, y ¿qué cosa pueden ellos desear tanto como conseguir a un tiempo el perdernos a nosotros, y a vosotros haceros consentir en una maldad execrable? ¿O qué cosa peor pudiera caer en la imaginación de unos enemigos mortales vuestros que el induciros a una traición contra aquellos que confiesen que os deben toda su dicha, y que os entreguéis en manos de los mismos que os miran como autores de su perdición? ¿Es porque ignoráis las proezas de César en España? Dos ejércitos deshechos, vencidos dos generales, dos provincias conquistadas, y esto a los cuarenta días de su venida a la vista de los contrarios. Pues ¿cómo vencidos han de resistir los que en su entereza no pudieron? Y vosotros que seguisteis a César estando en balanzas la victoria, ahora que se ha declarado por él la fortuna, ¿querréis seguir al vencido, cuando habíais de gozar el premio de vuestra lealtad? Dicen que vosotros desertasteis y los vendisteis, y os echan en cara el primer juramento. Pero ¿fuisteis vosotros los desertores de Domicio, o fue Domicio el que desertó de vosotros? ¿No fue él quien, estando vosotros dispuestos a sufrir el último trance, os abandonó de todo punto? ¿No se huyó sin daros parte? ¿No es así que, vendidos por él, estáis hoy en vida por beneficio de César? Y ¿cómo pudo dejaros ligados con el juramento un hombre que, abandonadas sus insignias, depuesto del mando, sin carácter y prisionero, vino a ser él mismo dependiente de otro? Sólo falta que os reconvengan con el juramento, queriendo que, sin hacer caso del que al presente os obliga, respetéis el otro que por la deposición del capitán y su prisión quedó anulado. Mas quizá, no teniendo queja de César, la tenéis de mí; que no quiero acordaros los beneficios que os he hecho, siendo como son hasta ahora mucho menores de lo que yo quisiera y esperáis vosotros. Con todo os sé decir que los soldados sólo acostumbran pedir galardones conforme al

suceso, y cuál haya de ser éste, vosotros mismos lo estáis viendo. Y bien, mi diligencia, el estado presente del negocio y la fortuna, ¿no merecen siquiera algún recuerdo? ¿Tan mal os parece haber transportado sano y salvo el ejército sin perder una sola nave, haber a mi arribo y al primer encuentro desbaratado la escuadra de los enemigos, vencidos dos veces en dos días peleando con la caballería, sacándoles de su propia enseña y puerto doscientos transportes, y reducidos a tal extremo, que ni por tierra ni por mar pueden ser socorridos con víveres? Y vosotros ahora, renunciando tal fortuna, tales caudillos, ¿qué vais a buscar? ¿La mengua de Corfinio, o la fuga de Pompeyo, o la rendición de las Españas, o los primeros pasos desgraciados de la guerra africana? Yo ciertamente contento estaba con el nombre de soldado de César; vosotros me apellidasteis general; ahí tenéis vuestro título, si os pesa de habérmelo dado; mas restituidme mi nombre, no se diga que el renombre que me disteis fue para mayor afrenta. »

XXXIII. Grande fue la impresión que hizo este razonamiento en los soldados; como que le interrumpían a cada palabra con el vivo dolor que sentían de que se sospechase mal de ellos. Acabado el discurso, todos a una voz le ruegan «que tenga ánimo, ni dude dar la batalla y hacer prueba de su lealtad y valor». Con eso, trocados los corazones y dictámenes de todos, determinó Curión con universal aprobación aventurar la batalla en la primera ocasión que se ofreciese. Al día inmediato, sacando sus tropas, las ordena en el mismo puesto que ocupó los días antecedentes. Tampoco Varo se detiene en sacar las suyas, por no perder la ocasión de solicitar a los soldados, o de combatir en el caso de poderlo hacer en sitio ventajoso.

XXXIV. Había entre los dos ejércitos, como arriba insinuamos, un valle con un recuesto no muy agrio ni pendiente. Cada cual estaba en espera a ver si el otro tentaba el paso, para pelear con más ventaja. En esto por el ala izquierda de Publio Accio toda la caballería y mezclados con ella los soldados ligeros se veían desfilar bajando al valle. Curión destaca luego su caballería y dos cohortes marrucinas, a cuyo primer choque no pudieron resistir los caballos enemigos, sino que a brida suelta se refugiaron a los suyos, con que desamparados los soldados ligeros que avanzaron con ellos, los cogían en medio y destrozaban los nuestros. Vueltos acá los ojos, todo el ejército de Varo estaba mirando la fuga y destrozo de los suyos. Entonces Rebilo, legado de César, a quien Curión había traído consigo de Sicilia por razón de su mucha experiencia en las artes de guerra: «ya ves, Curión, le dice, al enemigo consternado; ¿por qué no te aprovechas de la ocasión?» Él diciendo solamente a sus soldados que se acordasen de las promesas del día precedente, manda que le sigan y va corriendo delante de todos. Era la subida del valle tan embarazosa, que los primeros no podían trepar sino con ayuda de los otros. Pero los soldados de Accio, sobrecogidos del miedo por la fuga y matanza de los suyos, imaginándose que iban a ser acordonados por la caballería. Y así,

antes que pudiesen los nuestros acercarse a tiro de saeta, todo el ejército de Varo volvió las espaldas retirándose dentro de las trincheras.

XXXV. Cuando iban huyendo, cierto Fabio Felino, soldado raso del ejército de Curión, alcanzando la vanguardia de los fugitivos, preguntaba en voz alta por Varo, llamándole por su nombre, como que era uno de sus soldados y quería darle algún aviso y hablarle. Oyéndose nombrar tantas veces, se paró a mirarlo. Y preguntando quién era o qué quería, tiróle una estocada al hombro derecho y por poco no le mató, mas él se libró cubriéndose con el escudo. Fabio, cercado por los inmediatos, fue despedazado. Los que venían huyendo cargaron en tanto número y con tal tropelía en las puertas de los reales, que no cabiendo por ellas, fueron más los que perecieron en este aprieto que en la refriega y en la fuga. Ni faltó mucho para echarlos de las trincheras, pues algunos no cesaron de correr hasta meterse dentro de la plaza. Mas la naturaleza del sitio igualmente que la fortificación de los reales impedía el avance, porque los soldados de Curión no tenían los instrumentos necesarios para el ataque, habiendo salido a la batalla y no al asalto. Por tanto Curión retira a su campo el ejército sin perder un hombre fuera de Fabio, quedando de los enemigos al pie de seiscientos muertos y mil heridos. Todos estos después de la retirada de Curión y otros muchos que se fingían heridos, no dándose por seguros en los reales, se pasaron a la fortaleza. Advirtiéndolo en ello Varo y enterado del terror del ejército, dejando en el campo un clarinero y tal cual tienda de campaña de plataforma, a medianoche, a la callada mete su ejército en la plaza.

XXXVI. El día siguiente Curión trata de sitiarla y tirar la línea de circunvalación. Había en Útica mucha gente que, por la larga paz, no sabía lo que era guerra; los ciudadanos eran apasionadísimos de César por los beneficios de él recibidos, y el ayuntamiento se componía de personas de diferentes clases. El espanto por las refriegas pasadas era muy grande, con que todos hablaban a las claras de la entrega, haciendo instancias a Publio Accio que no quisiese por su obstinación dar al través con todos. En esta sazón vinieron mensajeros del rey de Juba diciendo que ya él estaba en camino con grandes fuerzas, y exhortándolos en tanto a la defensa y guarda de la ciudad, con lo cual se recobraron del miedo.

XXXVII. Estas mismas noticias recibía Curión; mas por algún tiempo no se podía acabar con él que las tuviese por ciertas, tan pagado estaba de sus cosas; y ya por correos y cartas volaba por África la noticia de los prósperos sucesos de César en España. Por todas estas circunstancias engreído, se persuadía a que el rey nada emprendería contra sí. Pero cuando supo de cierto que sus tropas estaban a veinticinco millas y aun menos de Útica, alzado el cerco, se retiró a Castro-Cornelio, adonde comenzó a traer trigo, fortificar el campo, juntar materiales, enviando luego a Sicilia a pedir las dos legiones y el resto de la caballería. El lugar era oportunísimo para ir entreteniendo la guerra, tanto

por su situación y fortaleza, como por la cercanía del mar y abundancia de agua y sal, y ésta en gran cantidad de antemano acopiada allí de las salinas inmediatas.

Leña no podía faltar por las muchas arboledas; tampoco trigo, de que los campos estaban cubiertos. En razón de esto, Curión se disponía con aprobación de todos los suyos a esperar las demás tropas y tomar despacio la guerra.

XXXVIII. Ordenadas estas cosas y aprobado el proyecto, dícenle ciertos desertores echadizos de la plaza que Juba, detenido por una guerra suscitada en los confines y por ciertas pretensiones de los leptitanos, se había quedado en el reino, enviando con parte de sus fuerzas a Sabura su primer ministro, que ya estaba cerca de Útica. Creyendo sin más examen el dicho de éstos, muda de parecer y determina salir luego a campaña. Para tal resolución tuvo grandes incentivos en el fervor de la mocedad, generosidad de su corazón, felicidad de sus pasadas empresas y confianza del buen suceso de la presente. Con tales impulsos destaca luego a prima noche toda la caballería contra el enemigo, que al mando del sobredicho Sabura había asentado a las orillas del Bragada. Mas el rey venía con el grueso del ejército y estaba acampado a seis millas de Sabura. La caballería, caminando de noche, dio sobre los enemigos, porque los númeridas, bien como bárbaros, estaban tendidos a sus anchuras sin orden ni disciplina; con que asaltándolos, dormidos como estaban y dispersos, hacen gran riza en ellos, y muchos asustados echan a huir.

XXXIX. Hecho esto, la caballería vuelve con los prisioneros cogidos a Curión; el cual había salido después de medianoche con toda la infantería, dejando cinco cohortes de guarnición en los reales. A las cinco millas encuentra con la caballería; entérase de lo acaecido; a los prisioneros pregunta quién manda el campo de Bragada; respóndenle que Sabura, y sin más informarse, por el ansia de acabar la jornada, vuelto a los inmediatos: «¿no veis, les dice, amigos, cómo la relación de los prisioneros concuerda con la de los desertores; que no está el rey aquí; que no envió más que un puñado de gente que no ha podido contrarrestar a unos pocos caballos? Por tanto, corred, volad a la presa, a la gloria; que ya es tiempo que tratemos de daros el premio debido y de galardonar vuestros servicios». Eran grandes realmente las hazañas de la caballería, mayormente si se compara su corto número con tanta chusma de númeridas; y ellos mismos las exageraban todavía mucho más, contándolas según que los hombres se complacen en blasonar de sus acciones gloriosas. Tras esto hacían ostentación de los muchos despojos; alarde de los hombres y caballos presos; por manera que cuanto tiempo se detenían, tanto les parecía que se retardaba la victoria. Así el ardor de los soldados avivaba la esperanza de Curión. Manda, pues, a la caballería que le siga, y apresura la marcha con el fin de asaltarlos ahora que andaban en la fuga más aterrados que nunca. Pero la caballería, cansada de andar toda la noche, no podía seguirle,

parándose, ya unos, ya otros en el camino. Mas ni esto hacía aflojar a Curión de su esperanza.

XL. juba, luego que supo de Sabura el encuentro nocturno, envíale al pronto dos mil caballos españoles y galos, que solían ser reales guardias, y el trozo que más estimaba de la infantería. Él mismo a paso más lento va detrás con el resto de las tropas y cuarenta elefantes, sospechando que no faltaría Curión en persona, habiendo enviado por delante su caballería. Sabura escuadrona sus gentes de a caballo y de a pie, dándoles orden que, mostrando miedo, vayan retrocediendo poco a poco; que a su tiempo él daría la señal de acometer y ordenaría lo conveniente.

XLI. Curión, mucho más esperanzado con el lance presente, imaginándose que los enemigos huían, baja con sus tropas de las alturas a campo raso, donde andando un gran trecho, rendido ya el ejército por la marcha forzada de dieciséis millas, hace alto. Da la señal a los suyos Sabura, ordena la gente y va corriendo las filas metiéndoles valor; lo que hace es, dejando lejos la infantería, sólo en la apariencia se sirve de ella, y hace avanzar la caballería. Tampoco Curión falta a su deber, exhortando a los suyos a que libren toda la esperanza en su valor. Y cierto que bien lo mostraban en el ardor de pelear no menos los infantes aunque fatigados que los caballos aunque pocos, pues no eran más que doscientos, habiéndose quedado los demás en el camino. Los nuestros, dondequiera que arremetían, hacían retirar a los enemigos, mas no podían correr tras ellos largo trecho, ni ofender con brío a los caballos. Pero la caballería enemiga empieza por los costados a rodear a los nuestros y cargarlos por la espalda. Si nuestras cohortes daban fuera de las filas un avance, los númidas, como estaban en su vigor, huían ligeros el choque, y luego, al retirarse a sus líneas, las cercaban y dejaban cortadas del cuerpo de batalla. Conque ni era seguro el mantener su puesto y guardar las filas, ni el avanzar y tentar la suerte. Las tropas del enemigo iban creciendo con los continuos refuerzos suministrados por el rey. A los nuestros faltaban ya las fuerzas por la fatiga continuada. Además de eso, los heridos no podían salir de la batalla, ni guarecerse en parte alguna, por estar todo el ejército acordonado de la caballería enemiga. Éstos, desesperados de salvarse, como suelen hacer los hombres en el último trance de la vida, o lamentábanse de su muerte, o recomendaban sus padres a los que reservase (si pudiese reservar a algunos) la fortuna. Todo era terror y todo llanto.

XLII. Viéndolos Curión consternados a todos, que no se atendían sus exhortaciones y ruegos, parecióle no haber más remedio de salvarse que ganar todos los cerros del contorno, y así mandóles correr a ellos a banderas desplegadas. Pero aun éstos se los ocupa primero la caballería destacada por Sabura. Entonces fue cuando acabaron de perder toda esperanza los nuestros; y unos, al querer huir, son degollados por la caballería enemiga, otros quedan tendidos en su puesto. El general de caballería Cneo Domicio, acudiendo a

Curión con un piquete, le aconseja que se salve huyendo a los reales, y le promete que no se apartará de su lado. Mas Curión protesta «que no verá jamás la cara de César, perdido el ejército que le hubo confiado». Con tanto acaba la vida peleando. Caballos muy pocos salen con ella de la batalla; pero aquellos que dijimos haberse quedado atrás para refrescar los caballos, viendo a lo lejos la rota del ejército, se retiran sin lesión a los reales. De la infantería ni uno se salvó.

XLIII. El cuestor Marco Rufo, a quien dejó Curión en los reales, sabida la desgracia, exhorta los suyos a no caer de ánimo; ellos piden con grandes instancias los embarcasen para Sicilia. Dales palabra, y ordena a los capitanes de navío que al anochecer tengan listas todas las chalupas. Mas cayó tan grande pavor en todos, que unos decían estar ya Juba encima con sus tropas; otros, Varo con sus legiones, y verse ya la polvareda que levantaban (y nada de esto había en realidad). Aun se figuraban algunos que presto tendrían sobre sí la escuadra de los enemigos, y en esta consternación universal cada uno atendía sólo a su propio remedio. Los de la armada se apresuraban a partir: su prisa estimulaba a los patrones de las naves de carga. Pocas fueron las lanchas que se hallaron al tiempo y lugar señalado. Mas el tropel de gentes era tan grande, que cubriendo las riberas, sobre quién debía embarcarse antes, algunas se hundieron por el gentío y el peso; las demás por temor rehusaban de arrimarse.

XLIV. Solos algunos soldados y padres de familia, recibidos o por amistad, o de lástima, o viniendo a nado a las naves, pudieron arribar libres a Sicilia; los demás, despachando aquella noche por diputados a sus centuriones, se rindieron a Varo. Al día siguiente, mirándolos Juba delante de la plaza, dijo a voces que aquella presa era suya, y a muchos mandó degollar; reservó algunos pocos escogidos, para servirse de ellos en su reino, sin que Varo se atreviese a resistir, aunque se quejaba de que violase la fe de su palabra. El rey, entrando en la ciudad montado a caballo con la comitiva de muchos senadores, entre los cuales se contaban Servio Sulpicio y Licinio Damasipo, dio las providencias y órdenes que le parecieron; y dentro de pocos días dio la vuelta con todas las tropas a su reino.

LIBRO TERCERO

I. Presidiendo César como dictador en las Cortes generales, salen nombrados cónsules el mismo Julio César y Publio Servilio; porque las leyes le permitían serlo este año. Elegido ya, viendo a toda Italia sin crédito en el comercio por razón de no pagarse las deudas, señaló jueces árbitros que tasasen las posesiones y haciendas al precio que tenían antes de la guerra y las diesen a cuenta a los acreedores. Esto le pareció lo más conveniente, así para la seguridad de las pagas, que por lo común falta en las guerras civiles, como

para mantener la reputación de los deudores. Asimismo por representaciones que los pretores y tribunales hicieron al pueblo, indemnizó de todos los daños y perjuicios a algunos que en fuerza de la ley Pompeya fueron condenados por cohechos, cuando Pompeyo, a favor de sus legiones, todo lo mandaba en Roma, y los procesos se substanciaban en un día, siendo unos los jueces que oían las acusaciones, y otros los que pronunciaban la sentencia. Estos reos, desde el principio de la guerra civil, se habían ofrecido a su servicio, y él lo estimó tanto como sí realmente le hubieran servido, pues no había quedado por ellos. Quería que fuesen absueltos por votos del pueblo y no por pura merced suya, para de este modo corresponder a aquellos hombres sin perjudicar al pueblo en sus derechos.

II. En la expedición de estos negocios, celebración de las Ferias Latinas, y conclusión de todo lo perteneciente a las juntas emplea once días, y renunciada la dictadura, pártese de Roma y viene a Brindis, donde por su orden le aguardaban doce legiones y toda la caballería. Pero encontró tan pocas naves, que apenas podía embarcar en ellas veinte mil hombres y quinientos caballos. Esta falta de embarcaciones fue la única rémora que impidió a César el poner pronto fin a la guerra. Y aun estas mismas tropas se embarcaron muy incompletas, porque las muchas guerras de las Galias las habían gastado, muchos perecido en el largo viaje desde España, y todo el ejército, hecho a respirar los aires purísimos de la Galia y España, sentía los efectos nocivos del otoño, el cual en la Pulla y en los contornos de Brindis es ocasionado a enfermedades.

III. Pompeyo, habiendo logrado un año entero, sin que nadie le inquietase, para prepararse a la guerra, tenía equipada una grande escuadra del Asia, de las islas Cicladas, de Corara, de Atenas, del Ponto, de Bitinia, de Siria, de Cilicia, de Fenicia y del Egipto; sin contar con otros muchos navíos mandados construir en todos los arsenales. Había sacado grandes contribuciones del Asia, de la Siria, y de todos los reyes, potentados y tetrarcas; y de los pueblos libres del Acaya había hecho aprontar grandes sumas de dinero de las compañías de comercio, establecidas en las provincias de su jurisdicción.

IV. Había completado nueve legiones de ciudadanos romanos, transportado cinco de Italia, una de Sicilia de tropa reglada, que por haberse formado de dos, llamaba la Gemela; otra de Creta y Macedonia, compuesta de los soldados viejos, que obtenida la licencia de sus antiguos generales, se habían vecindado en dichas provincias; dos finalmente del Asia alistadas por Lentulo; fuera de un gran número de reclutas venidas de Tesalia, Beocia, Acaya y del Epiro, que distribuyó entre las legiones, en las cuales había incorporado también los soldados que fueron de Antonio. Además de éstas, esperaba de Siria con Escipión dos legiones; contaba tres mil flecheros de Creta, de Lacedemonia, del Ponto, de la Siria y de otras partes; seis compañías de honderos; dos de ellas de a seiscientos hombres; además siete mil caballos,

de éstos seiscientos conducidos de Galacia por Deyotaro, quinientos por Ariobarzanes de Capadocia; igual número había enviado Coto de Tracia con su hijo Sadal; doscientos eran los de Macedonia al mando de Rascipol, hombre de acreditado valor; quinientos de Alejandría entre galos y germanos, que Aulo Gabinio había dejado al rey Tolomeo para su guardia y el hijo de Pompeyo trajo consigo en su armada; ochocientos de sus esclavos y pastores; de Galacia habían dado trescientos entre Tarcundario Castor y Donilao; de éstos el uno venía en persona, el otro envió con ellos a su hijo; doscientos remitió a Siria Antíoco Comageno, muy favorecido de Pompeyo; de éstos los más eran flecheros de a caballo, con los cuales venían además los dardanos y besos, unos a sueldo, otros forzados y otros voluntarios; todos los cuales con los macedonios, tésalos y otras naciones y ciudades llenaban el número arriba declarado.

V. Tenía hecha gran provisión de trigo de Tesalia, del Asia, del Egipto, de Creta, de Cirene y de otros países, resuelto a invernar en Durazo, en Apolonia y en todos los lugares de aquella costa, a fin de impedir a César el desembarco, que fue también la causa de tener repartida su armada por todas las marinas. La escuadra egipciaca mandaba el hijo de Pompeyo; la de Asia, Decio Lelio con Cayo Triado; la de Siria, Cayo Casio; la de Rodas, Cayo Marcelo con Cayo Coponio; la de Ilírico y Acaya, Escribonio Libón con Marco Octavio; todos empero estaban subordinados a Marco Bibulo que, como generalísimo de la mar, mandaba en toda la marina.

VI. César, luego que llegó a Brindis, convocando a los soldados, les propuso: que pues ya tocaban el término de sus trabajos y peligros, tuviesen a bien dejar en Italia sus esclavos y ajuares, y sin más tren embarcarse para que cupiesen más en las naves, esperando todo de la victoria y de su liberalidad; respondiendo todos «que mandase cuanto quisiese; que a cualquier orden suya estaban prontos», se hizo a la vela el día 4 de enero con siete legiones. En el siguiente tomó tierra. Encontrando entre las rocas y escollos de los montes Ceraunios una ensenada segura, y no fiándose de los puertos, que sospechaba ocupados todos por los enemigos, salvas sin faltar una todas las naves, desembarcó la tropa en cierta playa llamada Fársalo.

VII. Lucrecio Vespilón y Municio Rufo, por orden de Decio Lelio, estaban en Orico con dieciocho navíos de la escuadra asiática; Marco Bibulo con ciento diez en Corcira. Pero ni aquéllos fiando en sus fuerzas osaron salir del puerto, aunque César no conducía consigo más que doce galeras de conserva, cuatro de ellas entoldadas, ni Bibulo, por estar sus naves al ancla y los marineros a la huelga, se le opuso a tiempo, porque César saltó a tierra primero que se supiese nada de su arribo.

VIII. Desembarcada la gente, César aquella misma noche despacha de retorno las naves para la conducción de las demás legiones y de la caballería. Diose la comisión al legado Fusio Caleño, encargándole la brevedad en el transporte de

las tropas. Mas como tardase demasiado en salir al mar, por no haberse aprovechado de la noche, tuvieron un mal encuentro en el viaje. Porque Bibulo, certificado en Corcira de la venida de César, con la esperanza de encontrar aún algunas embarcaciones del convoy, vino a tropezar con éstas que volvían de vacío; y apresando hasta treinta, descargó en ellas la rabia del enojo por su descuido, e incendiólas todas con marineros y patronos, pensando escarmentar a los demás con la crueldad de la pena. Acabada esta hazaña, desde Salona hasta el puerto de Orico cubrió todas las bahías y playas con sus escuadras; y apostando guardias por todo con la más exacta diligencia, él mismo en el rigor del invierno hacía de centinela en el navío, sin perdonar a trabajo ni oficio cualquiera que fuese, a trueque de venir a las manos con César, sin esperar más refuerzo.

IX. Pero después de la partida de los barcos de César, Marco Octavio con los navíos de su mando pasó del Ilirico a Salona, donde solicitando a los dálmatas y demás bárbaros, logró apartar a Isa de la amistad de César, y no pudiendo ganar ni con promesas ni con amenazas a los del ayuntamiento de Salona, determinó tomarla por fuerza. Es la ciudad fuerte por la situación y por un collado que la defiende. Pero los ciudadanos romanos, con levantar de pronto varias torres de madera, se fortificaron más; y no pudiendo hacer gran resistencia por ser pocos, fatigados con las muchas heridas, acudieron al último recurso, que fue, dar libertad a todos los siervos mozos y cortar a todas las mujeres las trenzas para cuerdas de las ballestas. Octavio, en vista de su resolución, puso sitio a la ciudad, distribuyendo el ejército en cinco cuarteles y empezando a un mismo tiempo el asedio y el ataque. Resueltos los sitiados a defenderse a todo trance, sentían sobre todo la falta de pan. Para remediarla instaban con mensajes a César pidiéndole socorro; las demás incomodidades aguantaban por sí como podían. Pasado ya mucho tiempo, advirtiendo que por la duración larga del sitio andaban algo remisos los soldados de Octavio, logrando la coyuntura de un mediodía en que se retiraron, puestos en su lugar sobre los muros los muchachos y mujeres, porque no se echase menos la guardia ordinaria, ellos escuadronados a una con los recién libertados, arremetieron de golpe al primer cuartel de Octavio. Forzado éste, asaltaron con igual furia el segundo; tras éste el tercero y cuarto, y finalmente el quinto, hasta que los arrojaron de todos; y hecha una gran matanza, obligaron a los demás, y aun al mismo Octavio, a guarecerse huyendo en las naves. Tal fue el paradero del asedio. El invierno empezaba ya a sentirse; con que abatido Octavio con tantas pérdidas, desesperanzado de tomar la plaza, se fue a Durazo en busca de Pompeyo.

X. Dejamos referido que Lucio Vibulo Rufo, ingeniero de Pompeyo, fue dos veces prisionero de César, y otras tantas puesto en libertad; la primera en Corfinio, y la segunda en España. Este pareció a César por razón de sus beneficios el más a propósito para medianero de la paz con Pompeyo, con

quien sabía que tenía también mucha mano. Las proposiciones en suma eran éstas: «deber ambos desistir de su empeño; dejar las armas y no tentar más la fortuna; ser sobrados los daños padecidos de ambas partes, que bien podían servirles de instrucción y escarmiento para temer otras desgracias semejantes: Pompeyo echado de Italia, perdida la Sicilia, la Cerdeña y las dos Españas con ciento y treinta cohortes de ciudadanos romanos; él por su parte contaba ya entre sus pérdidas la muerte de Curian con el destrozo total de su ejército en África, y la rendición de sus soldados en Corara . Por tanto, cesasen ya de ocasionar males a sí y a la República; pues sus mismos desastres eran un manifiesto desengaño de lo que puede la fortuna en la guerra; ser ahora el tiempo propio de tratados de paz cuando se consideraban entrambos con fuerzas al parecer iguales, que por poco que la fortuna se inclinase más a uno de los dos, el que se creyese superior no daría oídos a condiciones de paz, ni se aquietaría con medianías el que esperase alcanzarlo todo; ya que hasta aquí no han podido convenirse, las condiciones se deberían pedir en Roma al Senado y al pueblo; entre tanto sería muy del servicio de la República y bien suyo, el que ambos a dos en la hora jurasen solemnemente que dentro de los tres días inmediatos despedirían el ejército; que depuestas las armas y auxilios en que se apoyaban, por necesidad estarían uno y otro al arbitrio del pueblo y del Senado; para que Pompeyo entrase mejor en estas ideas, él se ofrece a licenciar todas las tropas terrestres y las guarniciones de las plazas».

XI. Vibulio, en vista de estas proposiciones de César, antes de tratarlas con Pompeyo, juzgó ser no menos necesario el avisarle del arribo no esperado de César, para que según esto tomase sus medidas. Así que, caminando día y noche por la posta, fue corriendo a decir a Pompeyo que César estaba encima con todas sus fuerzas.

Hallábase Pompeyo a la sazón en Candavia, viniendo de Macedonia a invernar en Apolonia y Durazo, pero sobresaltado con esta novedad, empezó a doblar jornadas camino de Apolonia porque César no se apoderase de las ciudades marítimas. Mas éste, el mismo día del desembarco de la tropa, se puso en marcha para Orico. A su llegada Lucio Torcuato, que gobernaba el castillo por Pompeyo con guarnición de los partinos, cerradas las puertas y preparándose a la defensa, da orden a los griegos de armarse y de cubrir la muralla. Como ellos rehusaban tomar las armas contra el supremo magistrado del Pueblo Romano, y los vecinos por sí tratasen de recibir a César, Torcuato, no teniendo a quién volver los ojos, abrió las puertas y entregóse a César, el cual no le hizo mal alguno.

XII. Dueño de Orico, marcha la vuelta de Apolonia. Sabiéndolo el gobernador Lucio Estaberio, empezó a llenar los aljibes del alcázar, a fortificarlo y pedir rehenes a los ciudadanos. Ellos, por el contrario, protestaron que no se los darían, ni cerrarían al cónsul las puertas, ni se opondrían al común sentir de toda la Italia y del Pueblo Romano. Vista su resolución, escapóse

furtivamente. Los naturales envían diputados a César y le reciben dentro. Siguen su ejemplo los bulidenses, los amancianos, las ciudades confinantes y todo el Epiro, y por sus enviados prometen a César la obediencia.

XIII. Mas Pompeyo, entendida la suerte de Orico y de Apolonia, temiendo la de Durazo, va derecho allá marchando día y noche. Apenas corrió la voz de que César venía acercándose, cuando todo el ejército, como que por la priesa había juntado la noche con el día, sin descansar un instante, se llenó de terror en tal manera, que casi todos por Epiro y sus comarcas desamparaban las banderas, muchos tiraban las armas, y la marcha más parecía fuga. En fin, parando Pompeyo cerca de Durazo y mandando delinear el campo, despavorido todavía el ejército, presentóse Labieno el primero, y juró «no abandonarle jamás, y ser con él en cualquier lance de la fortuna»; lo mismo juran los demás legados, y tras ellos los tribunos, los centuriones y todo el ejército.

César, viéndose prevenido en el viaje a Durazo, suspende la diligencia de su marcha, y fija su campo a la orilla del Apso en la frontera de Apolonia, para cubrir las ciudades fieles con destacamentos y fuertes, determinado a esperar aquí a pie quedo a las demás legiones de Italia y pasar el invierno en tiendas de campaña. Otro tanto hace Pompeyo, que colocados sus reales al otro lado del río, se acantonó allí con todas las tropas romanas y auxiliares.

XIV. Caleño, entre tanto, de acuerdo con las órdenes de César, reúne todas las naves que había en Brindis y embarca cuantos soldados y caballos caben en ellas, levanta áncoras. Pero, no bien salido del puerto, recibe carta de César, en que le avisó cómo todos los puertos y costas están en poder de las escuadras enemigas. Con esta noticia retrocede y da contraorden a todo el convoy. Una sola embarcación, que prosiguió su derrota sin hacer caso porque iba sin soldados por cuenta de particulares, fue llevada del viento a Orico y apresada por Bibulo, el cual degolló a todos sin dejar uno, esclavos y libres, hasta los niños. De esta suerte, a un momento de tiempo, merced de una gran ventura, se debió la vida de todo el ejército.

XV. Bibulo, según se ha insinuado, estaba con su armada en Orico; y así como él tenía cerrado a César el paso del mar y las entradas de los puertos, así éste le tenía cortada toda comunicación con la tierra de aquellas regiones; porque todas las marinas estaban guardadas por César con tropas apostadas de trecho en trecho, y no se le permitía ni salir a buscar leña ni agua, ni amarrar las naves a tierra. Era grande el apuro, y suma la escasez de todas las cosas necesarias: tal, que les era forzoso traer embarcada desde Corcira la leña y agua, así como la vianda. Y una vez hubo que por estar el mar alborotado, se vieron precisados a recoger, para haber de beber, el rocío de las pieles que servían de cubierta a los navíos. Con todo eso toleraban con paciencia estas molestias, sin resolverse por ello a dejar descubiertas las costas y sin defensa los puertos. Pero hallándose en las angustias dichas a tiempo que Libón vino a

juntarse con Bibulo, traban estos dos conversaci3n con los legados Marco Acilio y Estacio Murco, comandantes el uno de la plaza y el otro de los presidios de la costa, diciendo que deseaban hablar con C3sar de cosas important3simas, si les diese licencia, y en confirmaci3n de esto aaden algunas razones, como que quisieran tratar de composici3n, 3nterin piden treguas y las obtienen, por cuanto lo que apuntaban parecia de gran monta, y sab3an que C3sar deseaba eso ansiosamente, y aun llegaron a persuadirse que la comisi3n de Bibulo surtir3a alg3n efecto.

XVI. C3sar, a la saz3n, habi3ndose partido con una legi3n a tomar posesi3n de las ciudades mediterr3neas y proveerse de trigo, que ya le empezaba a faltar, se hallaba en Butrinto enfrente de Corcira, donde, avisado por cartas de Acilio y Murco sobre las pretensiones de Lib3n y Bibulo, dejada all3 la legi3n, vuelve a Orico y luego llama a conferencia a los dos. Comparece Lib3n, «excusando a Bibulo por su genio sumamente fogoso, y por el odio particular que ten3a contra C3sar desde el alarifazgo y de la pretura; que por esta raz3n no hab3a venido a vistas, temiendo echar a perder con su c3lera unos negocios de tanta expectaci3n y utilidad; que Pompeyo tiene y tuvo siempre sumo deseo de que ajustase la paz y atajase la guerra; pero ellos no ten3an poderes ningunos para eso, por cuanto la suprema autoridad de hacer y deshacer en esto y en todos los negocios resid3a en Pompeyo con acuerdo del Consejo; sin embargo, una vez enterados de las proposiciones de C3sar, se las comunicari3a a Pompeyo, y contribuir3an por su parte a que diese un corte ventajoso; entre tanto prosiguiesen las treguas mientras volv3an con la respuesta, y cesasen de ambas partes las hostilidades». Concluye con insinuar algo sobre la justicia de su causa, sus fuerzas y la de sus aliados.

XVII. A tales propuestas ni C3sar quiso responder por entonces, ni al presente hay bastante motivo para hablar de esto. Lo que pretend3a era «que le concediesen enviar diputados a Pompeyo sin ning3n riesgo; que para eso le diesen las seguridades necesarias, o ellos se encargasen de conducirlos a 3l por s3 mismos. En lo tocante a las treguas, ser tal el equilibrio de las cosas, que ellos con su armada le imped3an el arribo de sus naves y socorros por mar, y 3l les quitaba el agua y la comunicaci3n con la tierra; que si quer3an que se lo permitiese, dej3senle a 3l tambi3n el mar libre; donde no, tampoco esperasen de 3l condescendencia alguna; no obstante esto, no quitaba que se pudiese al mismo tiempo entablar el tratado de composici3n». Ellos ni quer3an acompa3nar a los legados de C3sar ni salir por fiadores, sino que todo lo remit3an a Pompeyo, reduciendo sus instancias y porf3as vehement3simas al asunto de treguas. C3sar al fin, bien persuadido de que toda esta pl3tica tend3a 3nicamente a ver c3mo se librar3an del apuro presente, no ofreciendo esperanza de ajuste, dio todo el cuidado a la continuaci3n de la guerra. Bibulo, reducido a no poder por mucho tiempo saltar a tierra, molestado de una grave dolencia contra3da por el fr3o y el trabajo, no pudiendo ser curado, ni

queriendo entregar a otro su empleo, al cabo se rindió a la violencia del mal. Muerto éste, nadie le sucedió en el mando general de la armada, sino que cada jefe de por sí disponía de su escuadra a su arbitrio.

XVIII. Vibulio, apaciguada la turbación causada por el arribo impensado de César, empezó a dar cuenta de las demandas de César con intervención de Libón, de Luceyo y de Teofanes, cuanto antes pudo, con quienes solía tratar Pompeyo los negocios de mayor importancia. A la primera proposición le interrumpió Pompeyo, y mandó no pasase adelante, diciendo: «¿Para qué quiero yo la vida y la patria, que dirán todos se la debo a César? Y nadie podrá persuadirles lo contrario cuando, terminada en esta forma la guerra, vean que por gracia soy restituido a Italia, de donde salí como huyendo». Estas palabras refirieron a César los mismos que las oyeron; mas no por eso desistió de procurar la reconciliación por otras vías.

XIX. Entre los dos campos de Pompeyo y César sólo estaba de por medio el río Apso, y los soldados de parte a parte se hablaban frecuentemente, y durante la plática no se disparaba ni una flecha, como lo tenían entre sí concertado. Un día envió César al legado Publio Vatinio a la orilla misma del río con encargo de proponer las razones más convenientes para moverlos a la paz, y de repetir a voz en grito: «si sería permitido a unos ciudadanos el enviar embajadores a sus conciudadanos; como lo fue a unos forajidos y salteadores de los montes Pirineos; mayormente para tratar de que no se ensangrienten ciudadanos con ciudadanos». Dichas otras muchas cosas afectuosamente como pedía la materia, y escuchándole todos con silencio, respondieronle de la otra parte: «que Aulo Varrón prometía de venir al día siguiente a conferencia; que de ambas partes podían con toda seguridad intervenir comisarios a exponer libremente sus razones», y señalase para esto la hora. Juntándose en efecto al día siguiente, se arrió de una y otra parte gran gentío con grande expectación del suceso y muestras de estar inclinados a la paz. Sale de en medio del concurso Tito Labieno y empieza con mucha sumisión a tratar de la paz y disputar con Vatinio, cuando de repente ataja su conversación una lluvia de saetas, de que se libró Vatinio escudado con las armas de los soldados. Con todo, son heridos varios, y entre ellos Cornelio Balbo, Marco Plocio, Lucio Tiburcio, centuriones, con algunos soldados. Entonces grita Labieno: «Ya no se hable más de paces; que nosotros, si no se nos entrega la cabeza de César, en ninguna manera queremos paz».

XX. Por este mismo tiempo en Roma el pretor Marco Celio Rufo, tomando el patrocinio de los deudores, al principio de su gobierno colocó su tribunal junto a la silla de Cayo Trebonio, pretor de Roma, y prometía su favor a quienquiera que apelase de la tasa de los bienes y de las pagas fijadas por los árbitros conforme al corte dado por César. Pero la equidad del edicto, junto con la humanidad de Trebonio, que atentas las circunstancias juzgaba deber templar la justicia con la clemencia y discreción, hacía que no hubiese quién osase

apelar primero. A la verdad, el excusarse de pagar por pobreza, pretextar o su propia miseria o la de los tiempos, y alegar las dificultades de hacer almoneda de sus bienes, es propio de corazones apocados; mas confesando sus deudas, pretender conservar sin el menor desfalco la hacienda, ¿no será una grande villanía y desvergüenza? Así que ninguno se hallaba que tal pretendiese. Lo singular es que Celio se portó peor con los mismos cuyos intereses solicitaba; pues habiendo comenzado en la forma dicha, por no incurrir la nota de haber en vano movido un mal pleito, promulgó una ley en que mandaba se pagasen las deudas sin usuras al plazo de seis meses .

XXI. Oponiéndose a la ley el cónsul Servilio con los demás magistrados, y pudiendo él menos de lo que pensaba, con el fin de ganar las gentes, abrogada la primera ley, promulgó otras dos: una, en que a los inquilinos eximía de pagar los alquileres anuales de las casas; otra de rebaja de deudas nuevamente escrituradas; y acometiendo a Cayo Trebonio con una gavilla de malcontentos, después de haber herido algunos, le derribó a él del tribunal. Quejóse de este atentado el cónsul Servilio al Senado y el Senado privó a Celio de sus empleos por sentencia. En virtud de ella le prohibió el cónsul la entrada en el Senado, y queriendo él arengar al pueblo, le hizo bajar del tribunal. Con que avergonzado y pesaroso, en público fingió irse a César, pero bajo de cuerda despachó emisarios a Milón, que por el homicidio de Clodio estaba desterrado, convidándole a venir a Italia, con la esperanza de servirse de los que le habían quedado de los magníficos espectáculos dados al pueblo , uniése con él y enviéle delante a enganchar los pastores de Turia. Celio, llegando a Casilino a tiempo que sus banderas y armas fueron sorprendidos en Capua, sus criados vistos en Nápoles con indicios también de sobornar aquel pueblo, descubiertas sus tramas, fue rechazado de Capua; y temiendo algún mal lance, porque el vecindario se había puesto en armas y declarádole enemigo, desistió del intento y torció el camino.

XXII. Milón en tanto, echada por cartas la voz de que cuanto hacía era por orden y mandato de Pompeyo que le había intimado Bibulo, solicitaba a los que creía cargados de deudas. Mas no pudiendo sacar nada de éstos, soltando los presos de algunas cárceles, se puso con ellos sobre Cosa, lugar de Turia, de cuyas almenas, herido con una piedra por el pretor Quinto Pedio , perdió la vida; y Celio que iba, según él decía, a verse con César, vino a Turia, donde intentando cohechar algunos de los vecinos, y ofreciendo dineros a ciertos caballeros galos y españoles enviados por César para refuerzo de aquella plaza, ellos le mataron. Con tanto, estos principios de grandes novedades, que por la usurpación de los magistrados y las circunstancias del tiempo tenían sobresaltada la Italia, tuvieron breve y fácil éxito.

XXIII. Libón, saliendo de Orico con su escuadra de cincuenta velas, arribó a Brindis y se apoderó de la isleta situada enfrente del puerto, pareciéndole más importante el guardar aquel puesto, por donde forzosamente habían de salir los

nuestros, que tener tomadas todas las costas y puertos. Algunos transportes que allí encontró a su arribo los quemó, y apresó uno cargado de trigo, lo que causó grande espanto en los nuestros; y echando en tierra de noche gente armada y flecheros, desalojó del presidio un destacamento de caballería y cobró tantos bríos por la ventaja de aquel sitio, que luego escribió a Pompeyo que mandase, si quería, retirar las demás naves y carenarlas, que sólo él con las suyas bastaba para impedir los socorros de César.

XXIV. A la sazón se hallaba Antonio en Brindis; el cual, confiado en el valor de su tropa, echó unas cubiertas de zarzos y tablas a unas sesenta chalupas de los navíos grandes; y metiendo en ellas a sus mejores soldados, las repartió por la playa en diversos sitios separados, mandando avanzar hasta el embocadero del puerto a dos galeras que había hecho construir en Brindis como que lo hacía por ejercitar y adiestrar los remeros. Viéndolos Libón adelantarse con demasiada osadía, esperando poder interceptarlas, destacó contra ellos cinco galeras de cuatro órdenes de remos, que corrieron a darles caza; nuestros soldados viejos se retiraron al puerto, seguidos de los contrarios con más ardor que cautela. Las chalupas de Antonio ya listas, dada la señal, en un punto se dispararon por todas partes contra el enemigo, y al primer encuentro apresaron una con sus marineros y tropa, y a las demás obligaron a retirarse vergonzosamente. Tras este daño los piquetes de Antonio apostados en la marina no les dejaban hacer aguada; con que Libón, forzado de la necesidad y cubierto de ignominia, levantó anclas y el bloqueo que había intentado.

XXV. En esto los meses iban pasando y también el invierno, y no acababan de venir de Brindis las naves y legiones a César; si bien a su parecer se habían perdido algunas ocasiones de navegar, pues muchas veces habían soplado vientos favorables de que se debieran haber aprovechado, porque cuanto más avanzaba el tiempo, tanto más alerta estaban a guardar las costas los jefes de las escuadras, y con mayores esperanzas de impedir el desembarco; demás que Pompeyo les escribía continuamente cartas muy agrias diciéndoles, que pues habían dejado pasar a César con sus primeras tropas, se opusiesen al transporte de las últimas; y esperaban que cada día crecería más la dificultad de la navegación aflojando los vientos. Por estos motivos César escribió muy resentido a los suyos de Brindis, ordenándoles que al primer viento favorable se hiciesen a la vela, y dirigiesen su rumbo a Orico o a las costas de Apolonia, donde podrían dar fondo estando libre aquella playa, porque los enemigos no osaban alejarse mucho de los puertos.

XXVI. Llenos ellos de intrepidez y de valor, animándolos mucho los mismos soldados, que ningún peligro rehusaban por amor de César, se hacen a la vela al mando de Marco Antonio y Fusio Caleño, aprovechándose de un viento de mediodía, y al día inmediato pasan por delante de Apolonia y Durazo. No bien fueron avistados del continente, cuando Quinto Coponio, que mandaba en Durazo la escuadra de Rodas, sale del puerto tras ellos, y alcanzándolos ya,

porque iba calmando el viento, éste se arreció de repente y salvó a los nuestros. Mas no por eso desistió del empeño de perseguirlos, sino que a fuerza de remos y tesón de los marineros esperaba superar al contratiempo; ni el ver que ya dejaban atrás a Durazo bastó para que dejase de ir en su seguimiento. Los nuestros, bien que favorecidos de la fortuna, todavía no se daban por seguros de la escuadra, caso que se echase el viento. Dando en un puerto nombrado Ninfeo, tres millas de Liso allá, en él entraron las naves. El puerto estaba defendido del ábrego y expuesto al austro; pero menos temieron la furia de la tormenta, que a la escuadra; si bien lo mismo fue entrar en el puerto que con increíble dicha el austro que por dos días había soplado, se trocó en ábrego.

XXVII. Entonces fue de ver la súbita mudanza de la fortuna. Los que poco antes temían dar al través, se miraban en un puerto segurísimo, y los que ponían a peligro nuestras naves, temían el propio. En resolución, con trocarse los vientos, el mismo temporal que favoreció a los nuestros, desbarató las naves de los rodios, por manera que todas (y eran dieciséis entoldadas) dieron al través y naufragaron; y del gran número de marineros y soldados que llevaban a bordo, unos perecieron estrellados contra las rocas, otros fueron cautivados por los nuestros, a todos los cuales César envió libres a sus casas.

XXVIII. Dos embarcaciones zagueras de las nuestras, cerrando la noche, no sabiendo dónde surgieron las demás, quedaron al ancla enfrente de Liso. El gobernador Otacilio Craso, destacando contra ellas muchas barcas y falúas, intentaba cogerlas, y juntamente proponía partidos para la entrega, ofreciendo seguridad a los rendidos. Una de las dos traía a bordo doscientos veinte soldados de la legión de los bisoños; la otra menos de doscientos veteranos. Donde se pudo echar de ver cuánto vale a los hombres una resolución animosa. Pues los nuevos, espantados por la muchedumbre de los esquifes y mareados, bajo de juramento de que no se les haría daño, se rindieron a Otacilio; el cual, traídos a su presencia, sin respetar el juramento, los hizo morir a su vista cruelísimamente. Mas los soldados de la legión veterana, en medio de hallarse no menos desazonados con las bascas de la marejada y ascos de la sentina, mostraron aún en este lance su antiguo valor; y así, so color de ajustar las condiciones de la entrega, entreteniendo al enemigo las primeras horas de la noche, redujeron al piloto a que los echase a tierra, donde cogiendo un puesto ventajoso, pasaron el resto de la noche; y como a la madrugada destacase Otacilio contra ellos cuatrocientos caballos que guardaban aquella costa con otros soldados del presidio, se defendieron y matando algunos de los enemigos, sanos y salvos vinieron a juntarse con los nuestros.

XXIX. A vista de tal hazaña, el cuerpo de ciudadanos romanos, a cuya jurisdicción pertenecía Liso por concesión de César que la hizo también plaza fuerte, se puso en manos de Antonio, proveyéndole de todo. Otacilio,

teniéndose por perdido, huye de la ciudad y acógese a Pompeyo. Antonio, desembarcadas todas las tropas, que consistían en tres legiones de veteranos y una de bisoños con ochocientos caballos, despachó a Italia la mayor parte de las naves para transportar el resto del ejército, dejando en Liso unos barcos llamados pontones de los que se usan en la Galia, con la mira de que si por ventura Pompeyo pasase con su ejército a Italia, como corrían voces, suponiéndola indefensa, César tuviese algunas embarcaciones con que poder perseguirle; envíale al punto aviso del lugar del desembarco y del número de soldados que traía consigo.

XXX. Esta noticia tuvieron casi al mismo tiempo César y Pompeyo. Ambos vieron pasar las naves delante de Apolonia y Durazo, y ambos las iban siguiendo por tierra; mas adonde aportaron, lo ignoraban uno y otro los primeras días. Después que lo supieron, los dos tomaron contrarias resoluciones: César la de unirse cuanto antes con Antonio; Pompeyo la de oponérseles en medio del camino, y sorprenderlos, si pudiese, con alguna celada. Mueven, pues, ambos a dos su ejército de sus campamentos del río Apso: Pompeyo a la sordina y a deshoras de noche; César sin disimulo y de día claro. Pero César tenía más que andar, rodeando mucho río arriba para poder vadearle; Pompeyo, sin embarazo alguno en la marcha, no teniendo que pasar el río, a largas jornadas fue por derecho en busca de Antonio, y entendiendo que ya venía cerca, hizo alto en un lugar ventajoso, donde metió y aseguró sus tropas, prohibiéndolas hacer lumbres, porque no fuesen descubiertos. Mas los griegos al instante lo ponen en noticia de Antonio, quien pasándola a César, suspende por un día el viaje, y al siguiente le alcanza César. Pompeyo, por no verse cerrado entre dos ejércitos, abandona su puesto, y con todas las tropas marcha a una villa de los de Durazo por nombre Asparagio, y allí asienta sus reales en sitio ventajoso.

XXXI. En esta temporada Escipión, por ciertos reencuentros habidos junto al monte Amano, se había intitulado Emperador de los Romanos. Con este título había impuesto grandes contribuciones a las ciudades, cobrado de los alcabaleros de su provincia las rentas caídas del bienio antecedente, tomando a préstamo las del año siguiente, y ordenado a toda la provincia le acudiese con gente de a caballo. Con semejantes arbitrios, sin considerar que a las espaldas dejaba enemigos en la frontera a los partos, que acababan de quitar la vida al general Marco Craso y habían tenido bloqueado a Marco Bibulo, arrancó de la Siria las legiones y la caballería; y entrando por el Asia cuando era indecible la turbación y el susto de la guerra de los partos, entre las quejas de los soldados, que protestaban estar prontos a marchar si los llevasen contra el enemigo, mas no contra un ciudadano, y ese cónsul, por acallarlos, condujo las legiones a Pérgamo, y acuartelándolas en las ciudades más opulentas, se las dio a saco, después de haberles hecho donativos muy crecidos.

XXXII. Al mismo tiempo se cobraban con el mayor rigor por toda la provincia

las contribuciones y cada día se inventaban impuestos de toda especie a trueque de saciar la codicia. Metían en la capitación las posesiones tanto de los esclavos como de los libres. Gabelas sobre columnas, sobre puertas, trigo, soldados, galeotes, armas, pertrechos, carruaje, todo se recogía. Que una cosa tuviese nombre, no era menester más para la exacción. Poníanse gobernadores no sólo en cada ciudad, sino en cada villa, y aun casi en todas las aldeas. De éstos, quien se portaba con mayor aspereza y crueldad, ese tal era tenido por el hombre más de bien y mejor ciudadano. Estaba llena la provincia de alguaciles y corregidores, de comisionados y recetores, que no contentos con los tributos, hacían también tráfico de sus oficios, dando por excusa, que como andaban fuera de sus casas y patria, estaban faltos de todo, para cohonestar con este pretexto la vileza de su proceder. A las contribuciones universales correspondían las usuras exorbitantes, como sucede ordinariamente en tiempo de guerra, embargada toda la moneda, en cuyas circunstancias decían que la prórroga del plazo era una especie de donación. Con eso se multiplicaron aquel bienio las deudas de la provincia, pero ni por eso cesaban de pedir nuevas cantidades no sólo a los ciudadanos romanos de esta provincia, sino también a todos los gremios y a las ciudades, diciendo que las exigían prestadas a nombre del Senado, al modo que lo hablan practicado en Siria, recibiendo de los recaudadores por empréstito adelantada la paga del año.

XXXIII. Tras esto, Escipión mandaba robar los tesoros del templo de Diana y las estatuas de esta diosa. Al entrar en el templo acompañado de varios senadores convocados a este fin, recibe una carta de Pompeyo y aviso de cómo César había pasado el mar con sus legiones; que se diese prisa a venir con el ejército alzando mano de cualquier otro negocio. Leída la carta, despide a los senadores, dispone el viaje para Macedonia, y a pocos días se pone en marcha. Este incidente salvó los tesoros del templo.

XXXIV. César, unido ya al ejército de Antonio, sacando de Orico la legión allí alojada para guardar la costa, pensaba dar un tiento a las provincias vecinas y adelantar más sus conquistas; y hallándose luego con embajadores de Tesalia y Etolia que prometían la obediencia de aquellos pueblos si les enviaba tropa para la defensa, despachó a Tesia a Lucio Casio Longino con la legión de los bisoños, llamada vigésima séptima, y doscientos caballos; a Etolia envió a Calvisio Sabino con cinco cohortes y algunos caballos. Encargóles sobre todo, atenta la vecindad de las provincias, que le proveyesen de granos. Manda asimismo a Cneo Domicio Calvino marchar a Macedonia con dos legiones, la undécima y duodécima, y con quinientos caballos, a causa que Menedemo, primer personaje de aquella parte que llaman libre, despachado con encargos de los suyos, atestiguaba la suma adhesión de todo el país a César.

XXXV. Calvisio entró con tan buen pie, que recibido con sumo contento de todos los etolos, y echados de Calidonia y Lepante los presidios enemigos, se apoderó de toda la Etolia. Casio llegó con su legión a Tesalia, donde, por estar

la provincia dividida en dos bandos, se encontraban de diverso humor las ciudades. Egesareto, hombre anciano y poderoso, favorecía el partido de Pompeyo. Petreyo, mancebo nobilísimo, con sus fuerzas y las de los suyos, estaba muy empeñado por César.

XXXVI. Al mismo tiempo Domicio vino a Macedonia, y cuando ya las ciudades con frecuentes embajadas empezaban a declararse, se esparció la voz de que Escipión estaba en el país al frente de sus legiones, haciendo gran ruido su llegada, según que la fama suele siempre abultar las cosas más de lo que son en sí. Éste, sin parar en ningún lugar de Macedonia, va corriendo con gran furia contra Domicio; y no distando ya de él sino veinte millas, tuerce de repente hacia Tesalia contra Casio Longino, con tanta celeridad, que al mismo punto se supo su marcha y su llegada; siendo así que para caminar más expedito, dejó su equipaje en las riberas del río Aliacmón, que separa la Macedonia de la Tesalia, al cuidado de Marco Favonio con ocho cohortes de escolta y orden de levantar allí un fuerte. Por otra parte, la caballería del rey Coto, que solía hacer correrías por la Tesalia, vino volando al campo de Casio, el cual, asustado con la nueva de la llegada de Escipión y la vista de aquellos caballos, que creía ser suyos, se refugió a los montes que ciñen la Tesalia, y desde allí tomó el camino de Ambracia. Mientras Escipión le iba siguiendo a toda prisa, le alcanzó un correo de Marco Favonio, que le avisaba cómo tenía sobre sí a Domicio con las legiones, y que no era posible mantener el puesto encomendado si no le socorría. Con este aviso Escipión muda de idea y de ruta; deja de seguir a Casio, y corre a dar auxilio a Favonio. En consecuencia, no interrumpiendo las marchas día y noche, llegó a tan buen tiempo, que al descubrirse la polvareda del ejército de Domicio, aparecieron los primeros batidores de Escipión. Así a Casio dio la vida la industria de Domicio, como la celeridad de Escipión a Favonio.

XXXVII. Escipión, deteniéndose dos días en las tiendas puestas junto al río Aliacmón, que corría entre ellas y el campo de Domicio, al amanecer del tercero pasó su ejército por el vado, y asentados los reales, al otro día de mañana colocó al frente sus tropas en orden de batalla. Domicio por su parte no dejó de hacer lo mismo; y mediando entre los dos ejércitos un campo de seis millas, avanzó con su gente hasta los reales de Escipión, el cual se mantuvo firme sin salir de su puesto, y a pesar de la impaciencia de los soldados de Domicio, al fin no se dio la batalla. El motivo principal fue porque un torrente intermedio con las riberas quebradas estorbaba el avance a los nuestros; de cuyo ardor y gana de pelear enterado Escipión, recelándose que al día siguiente fuese forzado a pelear mal de su grado o a estar encerrado dentro de la estacada con gran deshonra, como quien, habiendo venido con tanta expectación, por un avance desatinado tenía mal paradero, de noche y sin tocar la marcha vadea el río y vuélvese al lugar donde salió, y allí cerca del río asienta sus reales en un altillo. Al cabo de algunos días, una noche armó una

celada en el paraje a que los nuestros los días anteriores solían ir al forraje. Y no hubo bien llegado Quinto Varo, capitán de caballería, a su ejercicio diario, cuando le asaltaron los caballos de la emboscada. Pero los nuestros aguantaron con valor el ataque, y prontamente se pusieron en orden; con que todos unidos revolvieron contra ellos impetuosamente, y matando a ochenta, ahuyentados los demás, sin más pérdida que la de dos hombres, dieron a su campo la vuelta.

XXXVIII. Después de esto Domicio, con la esperanza de atraer a Escipión a batalla, hizo del que alzaba, el campo como forzado por la falta de víveres; y tocando la marcha según costumbre, andadas tres millas, acampó con todo su ejército en un lugar ventajoso y encubierto. Escipión, dispuesto a seguirle, destacó delante la caballería y buen golpe de tropa ligera para rastrear y reconocer la derrota de Domicio. Como fuesen éstas batiendo las estradas, al ir a entrar los primeros en la emboscada, por el relincho de los caballos barruntando lo que sería, empezaron a retroceder; con eso los que iban detrás, advirtieron su vuelta arrebatada, se detuvieron. Los nuestros, viéndose descubiertos, por no perder el lance de todo punto, prendieron dos escuadrones que se les vinieron a las manos juntamente con Marco Opinio, comandante de la caballería. Los soldados de dichos escuadrones o fueron muertos o entregados prisioneros a Domicio.

XXXIX. César, cuando quitó los presidios de la costa, según queda declarado, dejó en Orico tres cohortes de guarnición, encargándoles la custodia de las galeras traídas de Italia, y dándoles por gobernador al legado Acilio. Éste aseguró las naves en lo interior del puerto detrás de la plaza y las amarró a tierra, cegando la boca del puerto con un transporte echado a fondo y aferrado con otro segundo; sobre este segundo erigió un gran torreón opuesto a la entrada misma del puerto, y lo guarneció con soldados que velasen a su defensa en cualquier lance repentino.

XL. Luego que esto supo el hijo de Cneo Pompeyo, vino a Orico, y sacó a remolque a fuerza de maromas el transporte hundido, y combatiendo el otro puesto por Acilio en forma de baluarte, con muchas barcas guarnecidas de torres en equilibrio, venció a los nuestros con la porfía y el continuo disparar; como quien peleaba de sitio más elevado, remudando sin cesar los soldados, escalando por tierra los muros de la ciudad, y batiéndolos por mar para distraer las fuerzas de los contrarios. De esta suerte derrocados los defensores (que todos echándose a las lanchas huyeron), se apoderó también de dicha nave, y al mismo tiempo de una lengua de tierra, que de la otra parte formaba una como península contrapuesta a la plaza, y con cuatro barcas puestas sobre cilindros, y empujadas con palancas a lo interior del puerto, arimándose por una y otra banda a las galeras amarradas a tierra sin tripulación, cuatro de ellas se llevó consigo y quemó las demás. Concluida esta jornada, hizo venir a Decio Lelio de la escuadra de Asia, para que impidiese la introducción de

abastimientos en la plaza por el lado de Bulida y Amanda. Él, navegando a Liso, asalta treinta urcas dejadas por Antonio en el puerto, e incendíalas todas; mas emprendiendo la conquista de toda la ciudad, por la resistencia de los ciudadanos romanos a cuyo cargo estaba y de la guarnición de los soldados enviados por César, gastados en el sitio tres días, con menoscabo de alguna gente, se fue sin hacer nada.

XLI. Después que César hubo entendido que Pompeyo estaba en Asparagio, marchando allá con su ejército, y conquistada de camino una villa fuerte de los partinos, en que Pompeyo tenía puesta guarnición, al tercer día llegó a los alojamientos de Pompeyo en Macedonia, acampóse junto, a él, y al día inmediato, poniendo en orden todas sus tropas, le presentó batalla. Viendo que no se movía, retirado a los reales su ejército, quiso probar otra traza; y fue, que al día siguiente, tomando un gran rodeo por un sendero áspero y angosto, se encaminó hacia Durazo, esperando traerle a esta ciudad o cortarle el paso, a causa de que allí tenía Pompeyo almacenadas todas las municiones de boca y guerra. Así sucedió, porque Pompeyo, no penetrando al principio el intento de César, creía que se retiraba por la escasez de bastimentos, viéndole marchar hacia otra parte; mas después, instruido por sus espías, levantó el campo al día siguiente con la confianza de atajarle por otro camino más corto, lo cual barruntándolo César, y animando a sus soldados a sufrir con paciencia el cansancio, sin tomar reposo, excepto un breve rato de la noche, vino de mañana a Durazo a tiempo que se descubría a lo lejos la vanguardia de Pompeyo, y fijó allí sus tiendas.

XLII. Pompeyo excluido de Durazo, ya que no logró su fin primero, valiéndose de otro arbitrio, fortifica sus reales en un altozano llamado la Roca, donde hay una concha de fondo suficiente para surgidero de naves al abrigo de ciertos vientos. Aquí manda conducir parte de las galeras y acopiar pan y demás bastimentos del Asia y de todas las regiones de su dominación. César, conociendo que la guerra iría larga y desconfiando de que le viniesen provisiones de Italia, por estar todas las costas guardadas con tanta diligencia de los Pompeyanos y no aparecer sus escuadras construidas aquel invierno en Sicilia, la Galia e Italia, despachó a Epiro, por granos, al legado Lucio Canuleyo, y por razón de la distancia de aquel país, formó almacenes en varios lugares, encargando a los pueblos comarcanos el acarreo. Mandó asimismo buscar todo el trigo que se hallase en Liso, en los partinos y en todas las poblaciones; éste era bien poco, así por la calidad del terreno áspero y montuoso, en que por la mayor parte le tienen de acarreo, como porque Pompeyo con consideración a esto robó a los partinos los días antecedentes, despojando las casas, abriendo los silos, llevándose a la grupa de los caballos todo el trigo que encontró.

XLIII. En estas circunstancias, César trata de tomar sus medidas conforme a la naturaleza del terreno. Los reales de Pompeyo estaban rodeados de cerros altos

y fragosos. En éstos puso lo primero guarniciones y los fortificó con baluarte. Después, en cuanto lo permitía el terreno, tirando líneas de baluarte a baluarte, comenzó a bloquear a Pompeyo con estas miras: primera, para conducir provisiones de todas partes al ejército con menos riesgo, respecto de la escasez que padecía y, sin embargo, de lo mucho que podía Pompeyo con sus caballos; segunda, para impedir las salidas al forraje, y con eso inutilizarle la caballería; tercera, para disminuir el crédito de Pompeyo, que al parecer era su principal apoyo entre las naciones extranjeras, cuando corriese la fama por todo el mundo que César tenía bloqueado a Pompeyo y éste no tenía valor para venir a las manos.

XLIV. El hecho es que Pompeyo ni quería desviarse del mar ni de Durazo; porque había aquí metido todo el tren de campaña, armas ofensivas y defensivas y máquinas, y por mar traía bastimentos para el ejército; no podía tampoco estorbar los trabajos de César sin dar batalla, lo que por entonces no juzgaba conveniente. Quedábale sólo un recurso y era, siguiendo la última disposición de la guerra, coger cuantos más collados y ocupar la mayor extensión que pudiese del contorno con guardias avanzadas, y con eso dividir en cuanto le fuese posible las fuerzas de César; y así fue, pues con hacer veinticuatro fortines cogiendo un ámbito de quince millas, dentro de este término encontraba pastos, y aun en medio había muchos sembrados en que podían pacer las bestias. Y así como los nuestros se habían pertrechado con las trincheras tiradas de baluarte a baluarte, temiendo rompiesen por alguna banda los pompeyanos y los cargasen por las espaldas, de la misma forma ellos en su interior recinto se fortificaban con barreras seguidas, para que los nuestros no pudiesen entrar por algún flanco y sorprenderlos por detrás. Es verdad que ellos adelantaban más en sus obras por tener más gente y menos ámbito que fortificar, por estar más hacia el centro. Cuando César quería ocupar algún puesto, dado que Pompeyo estaba resuelto a no pelear por ningún caso de poder a poder, todavía destacaba luego contra él gente de arco y honda de que abundaba; y eran heridos muchos de los nuestros, que habían cobrado gran miedo a las saetas, y aun por eso casi todos se habían hecho sayos, unos de fieltro, otros de torzal y otros de cuero contra los tiros.

XLV. Era grande la porfía de ambos para ocupar los puestos: César, empeñado en estrechar todo lo posible a Pompeyo; Pompeyo, en ocupar cuantos más cerros podía, y sobre esto eran continuos los choques. En cierta ocasión, teniendo ya la legión nona de César tomado un puesto y empezando a fortificarlo, Pompeyo se apostó en el collado vecino que caía al frente y comenzó a estorbar el trabajo de los nuestros; y como de un lado el paso era casi llano, cercándolos primero por todas partes con gente de honda y arco, y echando delante un grueso cuerpo de tropa ligera, y montadas las máquinas de batir, impedía la continuación de las trincheras. Difícil era que los nuestros a un tiempo acudiesen a la defensa y al trabajo. César, viendo que a los suyos

los herían por todas partes, determinó retirarse y abandonar aquel puesto. Era la retirada cuesta abajo, con que la carga de los enemigos era más furiosa, sin dejar volver atrás a los nuestros, persuadidos a que desamparaban el sitio de miedo. Es fama que Pompeyo dijo entonces vanagloriándose con los suyos: «Que me tengan por un capitán inexperto, si las legiones de César sin gravísimo daño llegan a retirarse del paraje adonde tan temerariamente se han adelantado».

XLVI. César, temiendo el desorden de la retirada, mandó formar a las vertientes del collado una valla avanzada de zarzos de través contra el enemigo, y que los soldados con este resguardo abriesen un foso de anchura competente, llenándolo todo de fagina y broza. Él, entre tanto en lugares correspondientes, puso listos varios honderos para cubrir la retirada de los nuestros, y con estas prevenciones ordenó que se retirasen. Los pompeyanos por eso mismo con mayor arrogancia y denuedo empezaron a molestar y picar a los nuestros, y echaron abajo los zarzos que servían de parapeto para saltar las fosas. Lo cual advertido de César, porque no pareciese forzada y no voluntaria la retirada, y el estrago fuese mayor, en medio casi de la cuesta, exhortando a los suyos por boca de Antonio, comandante de la legión nona, apretando en un instante las filas, arrojaron las lanzas, y corriendo furiosamente cuesta arriba, obligaron a los pompeyanos a huir más que de paso, siéndoles a la vuelta de gran tropiezo los setos medio caídos, las puntas de las estacas y las zanjas abiertas. Los nuestros, que únicamente tiraban a retirarse sin daño, muertos muchos de los contrarios, perdidos solos cinco de los suyos, fueron retirándose con grandísimo sosiego, y un poco más acá de aquel sitio, tomados otros recuestos, perfeccionaron su atrincheramiento.

XLVII. Era éste un extraño y nunca usado modo de guerrear, así por tanto número de baluartes, por el espacio que había que bloquear tan dilatado y tan bien fortificado, por el modo de dirigir el bloqueo, como por las demás circunstancias. En todo cerco los sitiadores suelen asediar a los enemigos ya intimidados y flacos o vencidos en batalla, o turbados con algún contraste, hallándose ellos mismos superiores en número de tropas de a pie y de a caballo; y el fin del cerco suele ordinariamente ser el de cortar los víveres al enemigo. Aquí, por el contrario, César, con número mucho menor de soldados, tenía cercadas tropas numerosas con las fuerzas enteras sin menoscabo y sobradas de todo; a más que cada día les llegaban grandes convoyes de navíos cargados de vituallas de todas partes; no podía correr viento que por una banda u otra no trajese algunos. Pero César, consumidos todos los granos del contorno, se hallaba en extrema necesidad; si bien los soldados todo lo sufrían con singular paciencia, acordándose cómo el año antecedente después de semejantes apuros en España, con el trabajo y sufrimiento acabaron felizmente una guerra peligrosísima; igualmente como después de la gran penuria

padecida en Alesio, y otra mucho mayor en Avarico, salieron vencedores de todas las naciones más poderosas. No hacían ascos de la cebada, ni de las legumbres que les daban; la carne de las reses, que traían del Epiro en abundancia, tenían por gran regalo.

XLVIII. Hallaron también aquí los soldados que habían militado con Valerio cierto género de raíz que se llama cara, la cual, mezclada con leche, les servía de mucho sustento. Amasábanla como el pan; su abundancia era grande, y como los soldados pompeyanos zahiriesen a los nuestros, echándoles en cara el hambre que padecían, ellos les tiraban a manos llenas tortas hechas de esta raíz para desengañarlos.

XLIX. Ya en esto las mieses empezaban a madurar, y la misma esperanza les aliviaba el hambre, confiando de verse muy presto hartos; con que a menudo repetían en los cuerpos de guardia y conversaciones, «que primero comerían cortezas de árboles que soltar las manos a Pompeyo» y continuamente oían de los desertores que sus caballos apenas se tenían en pie; que las otras bestias habían perecido; que ellos mismos adolecían de varias enfermedades por la estrechura del sitio y el hedor de muchos cadáveres y por las fatigas cotidianas, a que no estaban acostumbrados; sobre todo padecían grande escasez de agua, porque todos los ríos y arroyuelos que iban al mar los desviaba César con acequias, o atajábalos con grandes presas. Pues siendo aquellos lugares montuosos, y estrechos los valles a la boca de las grutas de donde nacen las fuentes, éstas había cerrado con palizadas y estacado de tierra para estancar el agua. Conque les era forzoso buscar lugares bajos y pantanosos para cavar pozos, y añadir este trabajo a las tareas ordinarias; aun estos manantiales caían lejos de algunos presidios, y por los grandes calores se secaban presto. Entre tanto, el ejército de César gozaba de robusta salud, gran copia de agua, y abundaba de todo género de bastimentos, menos trigo, de cuya carestía esperaban por horas verse libres, sazoadas las mieses.

L. En este nuevo linaje de guerra eran nuevas las artes de que se valían unos y otros. Los contrarios, advirtiendo por las hogueras en qué parte de las trincheras hacían los nuestros centinela de noche, arrimándose a la sordina descargaban de un golpe sobre ellos todas sus saetas, y luego echaban a correr a su campo. Los nuestros, escarmentados con la experiencia, ocurrían al daño haciendo en una parte las lumbres y las guardias en otra.

LI. Mientras tanto, avisado Publio Sila, comandante del campo en ausencia de César, acudió con dos legiones al socorro de la cohorte, con cuyo encuentro fueron luego rechazados los pompeyanos, que ni aun tuvieron ánimo para resistir al primer encuentro y carga de los nuestros, y derribados los primeros, los demás volvieron las espaldas y cedieron el campo. Mas siguiendo el alcance los nuestros, Sila los detuvo que no lo ejecutasen. Verdad es que los más son de opinión que si lo hubiese querido perseguir batiéndolos con aquel brío, éste hubiera sido el último día de la guerra. A mí no me parece por eso

repreensible, porque no es lo mismo ser lugarteniente que general en jefe. El teniente debe atenerse a las órdenes recibidas; el general disponer libremente lo que más importe en los lances. Sila, encargado por César de la guardia de los reales, se contentó con salvar a los suyos, no queriendo arriesgarse a una batalla, que siempre sería dudosa, por no dar a entender que se arrogaba las facultades de general. Los pompeyanos encontraban gran dificultad en la retirada, pues avanzando de aquel mal sitio, treparon hasta ponerse en la misma cumbre. De donde, si bajaban por la cuesta, temían que de arriba los cargasen los nuestros, y ya se hacía tarde; que con el deseo de salir con la empresa, se habían empeñado en la acción hasta la boca de noche. Así Pompeyo, tomando el partido que la necesidad y el tiempo le sugerían, se guareció en sitio distante poco más de tiro de dardo de nuestro fuerte. Aquí se acampó y se fortificó, alojando en él todas sus tropas.

LII. Peleóse al mismo tiempo en otros dos parajes fuera de éste, porque Pompeyo de un golpe asaltó varios baluartes con la mira de distraer nuestras fuerzas y estorbar el auxilio recíproco de los presidios vecinos. En un paraje Volcacio Tulo sufrió la carga de una legión con tres cohortes y la rebatió; en otro los germanos, saliendo fuera de nuestras trincheras, muertos muchos de los contrarios, volvieron sin recibir algún daño.

LIII. En conclusión, echada la cuenta de los seis choques de aquel día, tres en Durazo y tres en las trincheras, sacamos la suma de dos mil pompeyanos muertos con varios veteranos voluntarios, centuriones y oficiales, entre éstos Valerio Flaco, hijo de Lucio el pretor de Asia, y se ganaron seis banderas. De los nuestros en todos los reencuentros faltaron solos veinte. Pero en el fuerte no quedó soldado sin herida, y en una sola cohorte cuatro centuriones perdieron la vida. En suma, para prueba de su aprieto contaron a César treinta mil saetas halladas dentro del fuerte, y ciento treinta agujeros en el escudo que le presentaron del centurión Esceva, a quien César, en atención a sus méritos, le regaló doscientos mil sueldos, y del octavo grado le promovió al primero. Por cuanto a él solo debía en gran parte la conservación del fuerte; a la cohorte dio paga doble, viático, vestuario y otros muy preciosos donativos militares.

LIV. Pompeyo empleó aquella noche en adelantar sus trincheras y los días siguientes en fabricar torres, y habiendo dado quince pies de elevación a la barrera, cubrió con plataforma aquella parte de los reales; dejó pasar cinco días, y la noche del sexto, que por dicha estaba algo anublada, tapiadas todas las puertas de los reales y atrancadas para mayor seguridad, poco después de medianoche sacó el ejército en silencio y retiróse a sus antiguas trincheras.

LV. Ganada la Etolia, Acarnania y Anfiloquia por Casio Longino y Calvisio Sabino, como hemos indicado, pensaba César en dar un tiento al Acaya y adelantar sus conquistas. Con esta mira despachó allá a Fusio Caleño, acompañado de Quinto Sabino, de Casio y sus legiones. Noticioso de su venida Rutilio Lupo, intendente del Acaya por Pompeyo, determinó fortificar

el istmo para cerrar el paso a Fusio. Éste tomó a Delfos, Tebas, Orcomeno por entrega voluntaria de sus ciudadanos; algunas otras ciudades entró por fuerza, procurando atraer a las demás por medio de sus comisarios al partido de César. En esto andaba ocupado Caleño.

LVI. César todos los días sin intermisión sacaba sus tropas a campaña por ver si Pompeyo quería venir a las manos, hasta meter sus legiones casi debajo de las trincheras de éste; sólo que la primera fila nunca se ponía a tiro de dardo o de pedrero. Mas Pompeyo por mantener su reputación ordenaba en tal forma su gente delante de los reales, que la tercera línea tocaba las trincheras, y todas las demás podían ser defendidas con los tiros disparados de los bastiones.

LVII. Cuando tal era el estado de las cosas en Acaya y en Durazo, siendo cierta la entrada de Escipión en Macedonia, César, no perdiendo de vista su primer propósito, despáchale a Clodio, su común amigo, a quien él por recomendación de Escipión había dado cabida entre sus más íntimos confidentes. Por mano de éste le remite una carta del tenor siguiente: «Que después de haber tentado todos los medios de paz, el no haberse hasta ahora nada concluido, lo atribuía él a falta de los que había escogido por medianero, porque nunca hallaban sazón de proponerle sus demandas; que Escipión tenía grande autoridad; que no sólo podría representarle lo que juzgase conveniente, mas también compelerle a ello, y corregirle, si errase; que tenía mando absoluto sobre su ejército, de modo que juntaba en su persona la autoridad con el poder para irle a la mano; si así lo hiciese, todos le atribuirían la gloria de haber sosegado la Italia, pacificado las provincias y salvado el imperio. » Con esta carta fue Clodio a Escipión, y los primeros días era escuchado al parecer favorablemente; los siguientes no se le dio audiencia, por haber reñido Favonio, como después de la guerra entendimos, a Escipión sobre el caso, con que Clodio volvió a César sin haber hecho cosa.

LVIII. César, para tener acorralada la caballería de Pompeyo en Durazo y quitarle los pastos, cerró con grandes bastiones las dos entradas, que dijimos ser angostas, y formó en ellas dos rebellines. Pompeyo, viendo que la caballería era inútil, al cabo de algunos días, metida en barcas, la recogió dentro de la estacada. Era tanta la penuria de pastos, que mantenían a los caballos con hojas de los árboles y raíces tiernas de cañas majadas; porque habían consumido ya en forraje todo lo sembrado dentro de las trincheras, y se veían precisados a transportar con larga navegación el heno desde Corcira y Acarnania, y siendo éste muy poco, aumentarlo con pienso de cebada y sustentar los caballos de esta suerte. Pero cuando llegó a faltar de todo en todo, no sólo la cebada, el alcacer y el herbaje, sino también la hoja de los árboles, quedando los caballos en los huesos, hubo Pompeyo de intentar alguna salida de rebato.

LIX. Militaban en las banderas de César Roscilo y Ego, dos caballeros alóbroges, hijos de Abducilo, que por muchos años tuvo el principado en su

nación, sujetos de prendas relevantes, que le habían servido muy bien y con mucho valor en todas las guerras de la Galia. Por estas razones les había conferido en su patria las primeras dignidades, solicitando los hiciesen senadores por particular privilegio, y apropiándoles varias posesiones quitadas a los enemigos, después que de pobres los hizo ricos galardonándolos con grandes sumas de dinero. Éstos, por sus proezas, no sólo eran honrados de César, sino también queridos de toda la tropa. Pero abusando de la gracia de César y envanecidos con una necia y bárbara presunción, menospreciaban a los suyos, sisaban del sueldo de la caballería y se alzaban con todos los despojos. Ofendidos de esto sus soldados, se presentaron en cuerpo a César y se quejaron públicamente de sus agravios, acusándolos, entre otras cosas, de que falseaban las listas con plazas supuestas y se quedaban con el sobrante.

LX. César, considerando que no era tiempo éste de usar de rigor y teniendo presentes sus servicios, disimuló por entonces, contentándose con reprenderlos a solas de que hiciesen granjería de sus cargos; y dioles a entender que se fiasen de su benevolencia y esperasen nuevas mercedes, haciendo concepto de las que podían prometerse por las que tenían recibidas. Sin embargo, esta querrela los hizo sumamente odiosos y despreciables a los ojos de todos, y bien lo echaban ellos de ver no menos por los vituperios de los otros que por el testimonio de su propia conciencia. No pudiendo sufrir tanto sonrojo, y quizá temiendo no quedar absueltos del todo, sino que se dilatara para otra ocasión su sentencia, acordaron renunciar a nuestra amistad y aventurarse a buscar otras nuevas; y comunicando su mal intento con algunos de sus paniaguados, a quienes no tuvieron recelo en franquearse, primeramente tentaron asesinar, como se supo después, a Cayo Voluseno, comandante de la caballería, por no presentarse a Pompeyo con las manos vacías. Mas viendo la dificultad de poder ejecutarlo, tomando prestada gran cantidad de dinero, so color de restituir lo mal ganado, comprados muchos caballos, se pasaron con sus cómplices a Pompeyo.

LXI. Pompeyo, informado de su ilustre nacimiento y educación noble, que Venían con tanto acompañamiento de hombres y de caballos, y conocidos además por su valor y por la privanza de César, haciendo gala y pompa del caso, los fue mostrando por todas las líneas como en triunfo, cebando la curiosidad de los soldados con la novedad de este espectáculo nunca visto; pues hasta entonces ningún soldado ni caballero había desertado de César a Pompeyo, con ser que cada día venían desertores de Pompeyo a César, y en Epiro y en Etolia, y en todas las regiones ocupadas por César, a cada paso tomaban su partido los soldados alistados por Pompeyo. Mas los tornilleros, como testigos que eran de vista, descubrieron a Pompeyo el estado de nuestras cosas: cuáles fortificaciones estaban imperfectas; cuáles menos bien pertrechadas a juicio de los inteligentes; sin omitir las circunstancias del tiempo, las distancias de los puestos, la poca o mucha vigilancia de los

cuerpos de guardia, según eran el genio y habilidad de los comandantes.

LXII. Adquiridas estas noticias, Pompeyo, que ya tenía resuelta la salida como se ha dicho, da orden a los soldados de cubrir con cimbras de mimbres los yelmos y cargar fagina. Dispuestas estas cosas, embarca de noche en esquifes y barcos un buen número de tropa ligera y de los flecheros; y destacadas veinte cohortes del alojamiento principal, las conduce a medianoche hacia la banda de nuestras trincheras que remataban en el mar y era la más distante del cuartel general de César. Endereza también allí las barcas sobredichas, llenas de municiones y soldados ligeros a una con los transportes de que se había servido en Durazo, ordenando lo que debe hacer cada cual. César tenía en este atrincheramiento apostado al comisario de guerra Lentulo Marcelino con la legión nona, y porque andaba enfermo, le había dado por ayudante a Fulvio Póstumo.

LXIII. Había en este paraje un foso de quince pies con un basión contrapuesto al enemigo de diez pies de alto, y el terraplén tenía otros tantos de ancho. A seiscientos pies de este vallado estaba otro opuesto a la parte contraria con terraplén un poco más abajo; porque César, días antes, temiendo no bloqueasen por mar a los nuestros, había tirado allí estos dos valladares a trueque de poder resistir en caso de ser acometido por frente y las espaldas. Pero la grandeza de las obras y el continuado trabajo de tantos días, por haber abarcado con la línea el ámbito de dieciocho millas, no dieron lugar de acabarlo. Así que aun estaba imperfecta la trinchera de travesía contra el mar, que debía unir las dos trincheras, lo que sabía muy bien Pompeyo por relación de los desertores alóbroges y paró notable perjuicio a los nuestros. Pues apenas las cohortes de la legión nona habían montado la guardia por la parte del mar, cuando al improviso muy de mañana se dejaron ver los pompeyanos. Cogiólos de sobresalto su arribo; a un tiempo los que venían en barcas arrojaban saetas contra la trinchera exterior, cegando los fosos de fagina; los legionarios escalando el interior con todo género de baterías y tiros, arredaban a los nuestros, y por los costados se veían anegados de la muchedumbre de flecheros. Con los casquetes de mimbres sobrepuestos a los morriones recibían poco daño de los golpes de las piedras, únicas armas nuestras. En este conflicto, yendo ya de vencida los nuestros, descubrióse la parte flaca de nuestro atrincheramiento, de que arriba se hizo mención, y desembarcando entre los dos vallados en el sitio que aun estaba por fortificar, arremetieron por detrás a los nuestros y derribándolos de una y otra barrera, los forzaron a volver las espaldas.

LXIV. Entendido el desorden, Marcelino destacó algunas cohortes para socorrer a los nuestros, que iban de rota batida; mas viéndolos huir de los reales despavoridos, ni los pudieron detener ni resistir tampoco ellos mismos al ataque de los enemigos. De esta suerte cuantos venían de refresco, desconcertados con el temor de los fugitivos, aumentaron el terror y el peligro,

pues con el tropel de tanta gente se hacía más embarazosa la retirada. En esta refriega hallándose herido de muerte el alférez mayor, en el último aliento mirando a los suyos: «Esta insignia, dice, yo la he guardado fielmente muchos años en vida, y ahora que muero, la restituyo con la misma lealtad a César. Por vida vuestra que no permitáis se cometa la mayor mengua militar que jamás ha sucedido en el ejército de César, antes restituídsela salva.» De esta manera se salvó el águila, muertos todos los centuriones de la primera cohorte, menos el principal.

LXV. Ya los pompeyanos, después de una gran matanza de los nuestros, se iban acercando a las tiendas de Marcelino con no pequeño espanto de las demás cohortes, cuando Marco Antonio, alojado en el cuartel de los presidios más cercanos, sabido el caso, se veía bajar de lo alto con doce cohortes. Lo mismo fue llegar él, que reprimir su ardor los contrarios y empezar a cobrar espíritu los nuestros, volviendo en sí del susto. Poco después César, viendo el humo de los baluartes, seña en que habían convenido de antemano, con algunas cohortes destacadas de los presidios acudió allá también. Y advertido del daño, y juntamente que Pompeyo desamparando las trincheras ponía sus alojamientos a las orillas del mar, para lograr el paso libre así para el forraje como para la navegación; mudando de idea, ya que no salió bien la primera, mandó abrir sus trincheras junto a las de Pompeyo.

LXVI. Concluida la obra, observaron las atalayas de César que ciertas cohortes, que al parecer componían una legión, estaban detrás del bosque y de camino para los reales primeros. El sitio de los tales reales era éste : los días antes la nona legión apostada contra las tropas de Pompeyo, y fortificándose según lo dicho, pasa allí sus estancias; éstas venían a terminar en un bosque, y no distaban del mar más de cuatrocientos pasos. Después, mudando de idea por ciertos motivos, César los trasladó un poco más allá de aquel paraje, el cual, pasados algunos días, vino a ocuparle Pompeyo; y por cuanto aguardaban otras legiones, dejando dentro en pie este vallado, lo coronó por fuera con una cerca mucho más espaciosa, de suerte que los reales menores, engastados en los mayores, formaban una especie de fortaleza. Asimismo desde la esquina izquierda del bastión tiró una trinchera de cuatrocientos pasos hasta el río, a propósito de tener a mano y segura el agua. Verdad es que Pompeyo, por razones que no es menester referirlas, mudando de idea, abandonó aquel puesto. Así quedaron por muchos días vacíos aquellos reales. Con todo, las fortificaciones estaban en pie.

LXVII. Entrada aquí la legión con su bandera, dieron el aviso las atalayas a César. Eso mismo aseguraban haber visto de algunos baluartes más altos. Este sitio distaba media milla de los reales de Pompeyo. César, con la esperanza de sorprender esta legión, y el deseo de resarcir las pérdidas de aquel día, dejó en sus trincheras dos cohortes en ademán de continuar los trabajos, y él en persona, por un sendero, extraviado, con el mayor disimulo posible, divididas

en dos columnas las otras treinta y tres cohortes entre los cuales iba la nona legión muy menoscabada por la muerte de tantos oficiales y soldados, movió hacia los reales menores al rastro de la legión de Pompeyo. Y no le salió fallida su esperanza, pues llegó primero que pudiese barruntarlo Pompeyo, y en medio de ser tan grandes las fortificaciones, dando prontamente el asalto con el ala izquierda, donde él se hallaba, barrió la trinchera. Estaban delante las puertas atravesados unos caballos de frisa; aquí fue preciso forcejear algún tanto porfiando los nuestros por romper y ellos oponiéndose a viva fuerza, defendiendo el puesto valerosísimamente Tito Pulción, el mismo que fue autor de la traición cometida contra el ejército de Cayo Antonio. Pero al fin los nuestros pudieron más; y hecho añicos el erizo, primero forzaron las trincheras y después la fortificación del centro, y porque la legión batida se había refugiado allí, mataron algunos que hacían resistencia.

LXVIII. Mas la fortuna, que tiene muchísima mano en todo y más en la guerra, por motivos pequeños suele causar grandes revoluciones, como aquí se vio. Las cohortes del ala derecha de César, buscando la puerta, fueron siguiendo la línea de la trinchera, que se dijo arriba remataba en el río, persuadidos a que fuese la cerca de los reales. Cuando echaron de ver que terminaba en el río y nadie la guardaba, al instante la asaltaron y tras ella toda nuestra caballería.

LXIX. Después de largo rato que andaban en esto, Pompeyo avisado del hecho, destacó la quinta legión en ayuda de los suyos; y al mismo tiempo su caballería venía arrimándose a la nuestra, y los nuestros, que se habían apoderado de los reales, divisaban su infantería puesta en orden, con que al momento se trocaron las suertes. La legión de Pompeyo, animada con la esperanza de pronto socorro, se hacía fuerte en la puerta principal y aun revolvían con osadía contra los nuestros. Como la caballería de César iba entrando en las trincheras por un paraje angosto, mal segura de la retirada, tentaba la huida. El ala derecha, viéndose tan separada de la izquierda, observando el miedo de los caballos, para no ser oprimida, trataba de retirarse por donde acababa de introducirse; y los más de ellos, por librarse de las apreturas, se precipitaban del vallado que tenía diez pies de alto, y atropellando a los primeros por encima de sus cuerpos buscaban escape y salida. Los soldados de la izquierda, mirando por una parte la presencia de Pompeyo, y por otra la fuga de los suyos, temiendo no quedar acorralados con el enemigo por fuera y por dentro, solicitaban escapar por donde habían venido. Todo era confusión, terror y fuga; tal, que asiendo César con su mano los estandartes de los que huían y mandándoles parar, unos, apeándose de los caballos, proseguían su carrera, otros soltaban de miedo sus banderas, y ni uno siquiera se detenía.

LXX. En tan grande avenida de males, el no perecer todos estuvo en que quiso la fortuna que Pompeyo, receloso de asechanzas, estuvo algún tiempo sin

atreverse a llegar a las trincheras; y es que, a mi ver, todo esto le cogía de nuevo, habiendo visto poco antes huir de los reales a los suyos, y su caballería, como el tropel de los nuestros tenía cegadas las puertas y desfiladeros, no podía romper para seguirlos. Tan grandes fueron los males y bienes que resultaron de muy pequeños principios; pues hallándose los nuestros dueños de los reales, la trinchera tirada desde éstos al río privó a César de la victoria segura y rodada, pero esto mismo dio la vida a los nuestros por haber retardado la celeridad de los enemigos en perseguirlos.

LXXI. En las dos batallas de este día perdió César novecientos sesenta soldados rasos, y los nobles caballeros romanos Tuticano Galo, hijo del senador; Cayo Felginate, de Plasencia; Aulo Granio, de Puzol; Marco Sacrativiro, de Capua, y treinta y dos entre tribunos y centuriones, si bien es verdad que una gran parte de éstos pereció sin combate atropellada en los fosos, en las estacadas y en las riberas del río a causa del terror pánico y tropelía de los suyos. Perdiéndose treinta y dos banderas. Pompeyo por esta batalla fue aclamado Emperador de los romanos. Mas aunque tomó este título y permitió que con él le llamasen, nunca adornó con laurel sus cartas ni sus armas. Labieno, habiendo de él recabado que dejase a su disposición los prisioneros, haciéndolos salir a vista de todo el campo, con el fin, sin duda, de acreditar su fidelidad el tornillero, llamándolos camaradas, les preguntaba por mofa: «si era uso de soldados viejos el huir», y los hace degollar en presencia de todos.

LXXII. Con estos sucesos cobraron tanta presunción y orgullo los pompeyanos, que ya no pensaban en continuar la guerra, sino que la daban por acabada con esta, en su concepto, victoria completa. No reflexionaban que la ocasión de vencer fue por el poco número de nuestra gente, lo peligroso del sitio, el haberse hallado cogidos en las trincheras con los enemigos por dentro y por fuera, dividido el ejército en dos trozos, sin poder el uno amparar al otro. Tampoco consideraban que no hubo aquí encuentro porfiado ni choque de poder a poder, y que los nuestros se hicieron a sí mismos con el tropel y la premura más daño del que recibieron del enemigo. Finalmente, no se hacían cargo de las contingencias de la guerra; cuántas veces por ligeros motivos o de una falsa sospecha, o de un terror pánico, o de un escrúpulo que se atravesó, resultaron gravísimos perjuicios; cuántos fracasos o por imprudencia del general, o por descuido del subalterno han sucedido en los ejércitos, sino que, como si hubiesen vencido por valor, y la fortuna fuese invariable, celebraban la victoria de este día y despachaban correos con la noticia por el orbe universo.

LXXIII. Viendo César frustrados sus primeros designios, juzgó que debía mudar totalmente de plan. En conformidad, retiró luego todas las guarniciones, dejó el bloqueo, y unido en un solo lugar todo el ejército, arengó a los soldados, exhortándolos «a no turbarse ni acobardarse por este mal

suceso; antes contrapusiesen tantas acciones gloriosas a una sola desgraciada, y ésta no muy considerable, gracias a la fortuna, que puso en sus manos a toda Italia sin derramar una gota de sangre; que pacificaron las dos Españas defendidas por gente belicosísima y caudillos sumamente diestros y experimentados; que se hicieron dueños de las provincias vecinas fertilísimas. En fin, estar fresca la memoria de la felicidad con que por medio de las escuadras enemigas, cerrados todos los puertos y aun cubiertas las costas, llegaron todo a salvamento. Si acaece algún revés, conviene con la industria suplir la falta de fortuna. El que acababa de suceder más era efecto del capricho de ella que de su propia culpa; pues él había escogido lugar seguro para el combate, y así logró forzar las trincheras, echar de ellas a los enemigos y vencerlos en la refriega; mas ya fuese su misma turbación, ya algún engaño, ya fuese la misma fortuna la que nos torció la victoria ya ganada y nos lo quitó de las manos, todos debemos esforzarnos a reparar las quiebras con mayor ánimo. Convirtiesen, pues, el mal en bien, como lo hicieron en Gergovia, y los que antes han huido de pelear, vayan ahora de su grado a presentar al enemigo la batalla».

LXXIV. Concluida su arenga, degradó algunos abanderados y los depuso. Por lo demás, el ejército quedó tan pesaroso de aquel desmán y con tanta impaciencia de borrar la infamia, que no necesitaban de la voz de tribunos y centuriones, sino que cada cual, como en pena de su pecado, se imponía los trabajos más pesados, y todos igualmente ardían en deseos de venir a las manos; tanto, que algunos oficiales del primer orden proponían no moverse de allí sin aventurar el caso a una batalla. César, al contrario, no se fiaba todavía de los soldados no bien recobrados del susto, y pensaba en tomar tiempo para que cobrasen de todo punto sus bríos, demás que fuera de las trincheras dábale cuidado la provisión del ejército. Así que, sin la menor dilación, si no es la precisa para la cura de los heridos y enfermos, a prima noche despachó en silencio delante todos los carruajes a Apolonia con orden de no reposar hasta el fin de la jornada, dándoles una legión por escolta.

LXXV. Desembarazado de esto, se reservó dos legiones en los reales; las otras hizo que a la cuarta vela desfilasen por diversas partes y tomasen la misma vereda; y dejando pasar un breve rato, así para guardar la disciplina militar, como para ocultar todo el tiempo posible su partida, mandó tocar la marcha, y saliendo al instante y alcanzando la retaguardia, desapareció de los reales.

Sabida su resolución, no fue menor la diligencia de Pompeyo en seguirle; antes con la mira de pillarnos embarazados con la marcha y despavoridos, alza su campo, enviando delante la caballería para picar nuestra retaguardia, si bien no pudo alcanzarla, porque César, yendo por un buen camino, se había adelantado mucho. Mas viniendo al río Génuso, dificultoso de pasar, la caballería, encontrando a los últimos, los detenían trabando algunas escaramuzas. Contra ella destacó César la suya con un escuadrón volante de

cuatrocientos de los que pelean delante de las banderas, que acometieron tan denodadamente a los contrarios, que mataron a muchos, rebatieron a todos y ellos volvieron libres a la marcha.

LXXVI. César, concluida la jornada entera de aquel día en la forma que se propuso y pasado el río Genuso, se alojó en su antiguo campo enfrente de Asparagio, metiendo todas sus tropas dentro de las trincheras, y enviada la caballería en busca de forraje, ordenó que prontamente por la puerta Decumana se restituyese a los reales. Del mismo modo Pompeyo, concluida la jornada de este propio día, plantó sus tiendas en el campo contiguo junto a Asparagio, y sus soldados, no teniendo en qué ocuparse, por estar las fortificaciones en ser, salían lejos a buscar leña y forraje; y puestas a recaudo las armas en el rancho, convidados de la cercanía de los otros reales, íbanse allá a recobrar sus utensilios y mochilas, de que gran parte quedara allí por lo acelerado de la marcha. César, previendo que con eso se imposibilitaban para irle a los alcances, casi al hilo del mediodía tocando a marchar, saca su ejército, y doblada la jornada de lo restante del día caminó ocho millas; lo que no pudo hacer Pompeyo por la dispersión de sus soldados.

LXXVII. Al otro día César, despachado de la misma manera su bagaje delante a boca de noche, él sale a la cuarta vigilia para estar expedito a cualquier trance, si le fuese preciso pelear sobre la marcha. Eso mismo practicó los días siguientes; por cuya causa ningún desmán le sucedió, aunque tuvo que pasar ríos muy hondos y caminos muy fragosos; cuando Pompeyo, con la demora del primer día, no sirviéndole nada el cansancio de los demás, aunque más alargaba las jornadas a propósito de alcanzar a los que siempre iban delante, al cuarto día vino a desistir del empeño, y resolvió de tomar otro consejo.

LXXVIII. A César era indispensable ir la vuelta de Apolonia, para dejar allí los heridos, pagar la tropa, confirmar a los que se habían declarado por él y poner presidios en las ciudades. Pero en todas estas cosas gastó sólo aquel tiempo que le permitía lo acelerado de su viaje; y es que, cuidadoso de que Pompeyo no sorprendiese a Domicio, no hallaba sosiego hasta verse unido con él. Sus ideas en orden a la continuación eran éstas: si Pompeyo tomaba el mismo camino desviado del mar y de los almacenes llenos de Durazo, privado de la comodidad de las provisiones, le había de obligar a pelear, siendo ya igual el partido; si pasase a Italia, unido su ejército con el de Domicio, marcharía por el Ilírico al socorro de la Italia; si tentase la conquista de Apolonia y Orico para quitarle toda comunicación con la marina, él, yendo a sitiar a Escipión, haría venir a estotro por fuerza a dar socorro a los suyos. Con estas miras César despachó correos a Cneo Domicio declarándole su voluntad, y dejadas en Apolonia de guarnición cuatro cohortes, una en Liso, tres en Orico y a su cuidado los heridos, prosiguió su marcha por Epiro y Acarnania. Pompeyo, por su parte, rastreando por conjeturas el intento de César, trataba de darse prisa para socorrer a Escipión, caso que César fuese allá; y si no

quisiese apartarse de las costas y de Corcira, por estar esperando nuevas tropas de infantería, en ese caso pensaba echarse con todas las suyas sobre Domicio. LXXIX. Así marchaban entrambos con igual solicitud y celeridad para socorrer a los suyos y no perder la ocasión de sorprender a los contrarios. Pero a César el viaje de Apolonia le había desviado del camino recto. Pompeyo, por la calzada de Candavia caminaba en derechura la vía de Macedonia.

Tras eso vino otro azar no pensado, y fue que Domicio, que hasta entonces había estado frente a frente de Escipión, por falta de pan tuvo que alejarse de él hacia Heraclea Sentica, ciudad sita al pie de la cordillera de Candavia; de suerte que parecía que la fortuna misma se lo entregaba en las manos a Pompeyo. Todo esto ignoraba César; a tiempo que las cartas de Pompeyo esparcidas por todas las provincias y ciudades, blasonando de la victoria de Durazo con más encarecimiento y engreimiento de lo que sufría la verdad, no corría otra noticia sino que «César derrotado iba huyendo, perdido casi todo su ejército». Por esto no hallaba seguridad en los caminos y algunas ciudades se le habían rebelado. Por los mismos, diversos correos enviados de César a Domicio y de Domicio a César, aun tentando diferentes sendas, nunca pudieran arribar a su destino. Pero los alóbroges confidentes de Roscilo y de Ego, que dijimos haberse pasado a Pompeyo, topando en el camino los batidores de Domicio, bien fuese por la familiaridad antigua contraída en las guerras de la Galia, o bien por vanagloria, les contaron una por una todas las cosas sucedidas, certificándolos de la partida de César y de la llegada de Pompeyo. Domicio con esta noticia, ganando la ventaja de cuatro horas no cabales, por favor de los enemigos evitó el peligro, y junto a Eginio, lugar situado en la frontera de Tesalia, vino a encontrarse con César.

LXXX. Unidos los dos ejércitos, César llegó a Gonfos, primer pueblo de Tesalia viniendo de Epiro, que, pocos meses antes de su grado había enviado diputados a César ofreciéndole todos sus haberes y pidiéndole presidio de soldados. Pero ya estaban preocupados por la fama tantas veces repetida del choque de Durazo, cada día más y más exagerado. Por lo cual Androstenes, adelantado de Tesalia, queriendo más ser compañero de la victoria de Pompeyo que participante de la desventura de César, mete dentro de la ciudad toda la chusma de esclavos y libres de las alquerías, cierra las puertas, y envía por socorro a Escipión y a Pompeyo, diciendo que si le acuden presto, no desconfía de mantener la plaza, por ser fuerte, mas que no puede por sí solo sostener un largo asedio.

Escipión, con la noticia de haberse los dos ejércitos retirado de Durazo, había conducido sus legiones a Larisa. Pompeyo todavía estaba distante de Tesalia. César, fortificados sus reales, da orden de aprontar zarzos y hacer escalas y árganos para dar luego el asalto. Estando ya todo a punto, esforzando a sus soldados, les mostró «cuánto importaba para abastecerse de todo lo necesario la conquista de esta ciudad llena y rica, su castigo para escarmiento de los

demás, y la ejecución pronta, primero que pudiese ser socorrida». Así, aprovechándose de la buena disposición y ardor de sus soldados, el mismo día de la llegada emprendiendo a las nueve horas de sol el asalto de una plaza guarnecida de muros altísimos, la conquistó antes de su puesta y la dio a saco a los soldados; y sin detenerse, moviendo desde allí su campo, pasó a Metrópoli antes que allá se supiese la toma de Gonfos.

LXXXI. Los metropolitas al principio con la misma resolución en fuerza de las mismas hablillas, cerradas las puertas, se pusieron en armas sobre los muros; pero después, advertidos de la desgracia de Gonfos por los prisioneros, que César de propósito mandó mostrarse ante los muros, abrieron las puertas. Y como fuesen tratados con toda humanidad, cotejada la dicha de los metropolitas con la desdicha de los gonfeses, no hubo ciudad en Tesalia que no franquease la entrada y se rindiese a César, a excepción de Larisa, ocupada con los grandes ejércitos de Escipión. César, hallando un terreno espacioso entre campos cubiertos de mieses ya casi maduras, allí determinó aguardar a Pompeyo y plantar el teatro de la guerra.

LXXXII. Pocos días después llegó Pompeyo a Tesalia, y arengando en presencia de todo el ejército, da gracias a los suyos, y a los de Escipión convidó a que se dignasen de tomar parte en los despojos y premios de la victoria ya ganada. Dicho esto, y alojando todas las legiones en un mismo campo, igualando consigo en la dignidad a Escipión, manda le hagan los mismos honores y levanten un pabellón imperial semejante al suyo.

Engrosadas las tropas de Pompeyo y juntos dos grandes ejércitos, confirman todos en la opinión, y aun conciben mayores esperanzas de la victoria; en tanto grado, que toda dilación para ellos era lo mismo que retardar su vuelta a Italia; que si Pompeyo trataba tal vez los negocios con mayor pausa y reflexión, decían ser obra de un día; sino que él gustaba de mandar y servirse como de criados de los principales señores romanos ; y aun se declaraban sin rebozo unos contra otros opositores sobre las recompensas y dignidades sacerdotales, y repartían el consulado por años. Otros pretendían las casas y haciendas de los que seguían a César, y tal vez hubo en el consejo gran debate sobre si convendría en las primeras juntas que se hiciesen para nombramiento de pretores proponer a Lucio Hirro, ausente, enviado por Pompeyo a los partos, ejecutando sus deudos a Pompeyo con la palabra que le había dado al despedirse, porque no se pensase que le había engañado con su autoridad, alegando los contrarios no ser justo, siendo igual el trabajo y el peligro, distinguir a Hirro en el premio.

LXXXIII. Hasta sobre el supremo sacerdocio de César fueron tantas la? reyertas que habían todos los días entre Domicio, Escipión y Lentulo Espinter, que llegaron a prorrumpir en injurias, alegando Lentulo el privilegio de su ancianidad, preciándose Domicio del séquito y aceptación que lograba con el pueblo y Escipión muy presuntuoso por el parentesco de Pompeyo. Acusó

también Accio Rufo a Lucio Afranio ante Pompeyo de haber perdido por traición su ejército en la guerra de España, y llegó a decir Lucio Domicio en el consejo, que su dictamen era que, acabada la guerra, se diesen tres tarjetas a los jueces que habían de sentenciar las causas de los senadores que no los habían acompañado en la guerra, quedándose en Roma, o metidos en los presidios de Pompeyo, sin contribuir con nada a la milicia. Una tarjeta debía servir para los que fuesen absueltos, otra para los que mereciesen pena capital, y la tercera para señalar las multas pecuniarias. En conclusión, todos andaban ocupados en pretender honras o riquezas, o la venganza de sus enemigos. No cuidaban del modo de vencer, sino de la manera de disfrutar la victoria.

LXXXIV. César, entre tanto, hechas sus provisiones, reforzados sus soldados, cuyos bríos a su parecer daban bastantes pruebas de haber recobrado vigor después de los sucesos adversos de Durazo, quiso tentar cuáles eran los pensamientos y resolución de Pompeyo en orden al combate. A este propósito sacó a campaña su ejército y ordenóle en batalla, primero sin salir de su recinto y algo lejos de los reales avanzando hasta tocar con su vanguardia las calinas de los alojamientos pompeyanos. Con eso cada día cobraba mayor denuedo el ejército. Como quiera, con los caballos usaba siempre de la industria insinuada, pues siendo con mucho más inferior en número, entresacando de las primeras filas los soldados mozos más ágiles y sueltos, les mandaba jugar las armas al estribo de los caballos, y con el ejercicio cotidiano adiestrarse a semejantes evoluciones. Lo cual tuvo tan buen efecto, que mil caballos, cuando llegaba el caso, se tenían contra siete mil pompeyanos aun en campo raso, sin que los asustase la muchedumbre; antes bien uno de estos días los vencieron en una escaramuza y mataron entre otros a uno de los alóbroges huidos a Pompeyo, según queda dicho.

LXXXV. Pompeyo, como estaba alojado en la cumbre, escuadronaba sus gentes al pie del monte, siempre por ver, a lo que parecía, si César se empeñaba en algún mal paso. César, convencido de que por ningún arte se arrestaría Pompeyo a dar la batalla, creyó sería lo mejor mover de aquel sitio las tropas y andar siempre en movimiento, esperando que con la mudanza continua de lugares hallarían más oportunidad de hacer provisiones, y juntamente alguna vez se le presentaría ocasión de venir a las manos, o por lo menos, con tantas marchas y contramarchas, fatigaría el ejército de Pompeyo, poco acostumbrado a semejante trabajo. Con este designio, dada la señal de la marcha y alzadas las tiendas, se observó que las tropas de Pompeyo poco antes, fuera de su costumbre ordinaria, se habían apartado de las trincheras a tal distancia que parecía se podía pelear en sitio no del todo malo. Entonces César, saliendo ya de las puertas su vanguardia: «Aquí es preciso, dice, suspender la marcha y disponernos para el combate que tanto hemos deseado; animémonos a pelear; que quizá no hallaremos otra ocasión como ésta.» Y al punto saca fuera sus tropas sin más tren que las armas.

LXXXVI. Igualmente Pompeyo, según después se supo, estaba determinado a combatir a instancias de todos los suyos, y aun se había dejado decir los días pasados en consejo pleno: «Que antes de disparar un tiro, el ejército de César sería derrotado». Maravillándose los demás de tal dicho: «Bien sé, dijo él, que prometo una cosa al parecer increíble, pero oíd en qué me fundo para no dudar del suceso: tengo persuadido a nuestros soldados de a caballo (y ellos me han ofrecido de hacerlo) que cuando estemos ya cerca, desfilen hacia el ala derecha y la acometan por el costado abierto, de suerte que rodeándole por la espalda, quede atónito y batido su ejército antes de disparar nosotros un tiro. Con tal arte, sin riesgo de las legiones y sin derramar sangre, pondremos fin a la guerra, cosa no muy dificultosa, siendo tan poderosa nuestra caballería. » Amonestóles también «que en el lance estuviera alerta, y ya que tenían la batalla en las manos, no dejasen burladas las esperanzas de todos».

LXXXVII. Cógele la palabra Labieno deprimiendo las tropas de César, y alabando sumamente la conducta de Pompeyo con decir: «No creas, Pompeyo, ser éste aquel ejército conquistador de la Galia y de la Germania. Yo me hallé presente a todas las batallas. No afirmo cosa que no la tenga bien averiguada. Una mínima parte de aquel ejército es ésta; la mayor pereció, ni pudo ser otra cosa con tantas batallas. Muchos consumió la peste en Italia, muchos se fueron a sus casas, muchos se quedaron en el continente. ¿Por ventura, no habéis oído que de solos los que quedaron enfermos en Brindis se han formado muchas cohortes? Estos que aquí veis son reclutas de las levadas de estos años hechas en la Galia Cisalpina, y los más se componen de riberanos de la otra parte del Po. Por lo demás, el nervio del ejército quedó deshecho en las batallas de Durazo. » Dicho esto, juró de no volver al campo a menos de salir vencedor, induciendo a todos a hacer lo mismo. Otro tanto juró Pompeyo alabando el pensamiento, y no hubo entre tantos quien dudase hacer igual juramento. Hecho esto de común consentimiento, salieron todos del consejo llenos de esperanza y alegría. Y ya se anticipaba la victoria, no pudiendo creer que de ese modo se afirmase una cosa de tanta monta y por un tan experimentado caudillo sin grande certidumbre.

LXXXVIII. César, al acercarse a los reales de Pompeyo, reparó que su ejército estaba ordenado en esta forma: en el ala izquierda se veían las dos legiones cedidas por César de orden del Senado al principio de las desavenencias; la una se llamaba primera, tercera la otra. Este puesto ocupaba Pompeyo mismo; Escipión el cuerpo de batalla con las legiones de Siria; la legión de Cilicia juntamente con las cohortes españolas transportadas por Afranio, formaban el ala derecha. Éstas consideraba Pompeyo ser sus mejores tropas; las demás estaban repartidas entre el centro y las alas, y todas completaban ciento diez cohortes y el número de cuarenta y cinco mil combatientes. Dos mil eran los voluntarios veteranos, que por los beneficios recibidos de él en otras campañas vinieron a ésta llamados y los había entreverado en todas las filas. Siete

cohortes tenía puestas de guarnición en las tiendas y en los presidios vecinos. El ala derecha estaba defendida por las márgenes escarpadas de un arroyo , por lo cual cubrió la izquierda con la tropa de a caballo, y de flecheros y honderos. LXXXIX. César, siguiendo su antiguo plan, colocó en el costado derecho a la legión décima y en el izquierdo a la nona, bien que muy disminuida por las rotas de Durazo, y de propósito unió a ella la octava, casi haciendo de las dos una, para que recíprocamente se sostuviesen; las cohortes que tenía en el campo de batalla eran ochenta, y treinta y dos mil soldados. En los reales dejó dos cohortes de guardia. Antonio mandaba la izquierda, Publio Sila la derecha, Cneo Domicio el centro; él se puso frente por frente de Pompeyo. Mas echando entonces de ver el flanco indicado, temiendo no fuese atropellada el ala derecha de la multitud de caballos, entresacó prontamente de cada legión de la tercera línea una cohorte , y con ellas formó el cuarto escuadrón, oponiéndolo a la caballería enemiga, declarándole el fin que en esto llevaba y que en su valor estaba librada la victoria de aquel día. Mandó al mismo tiempo al tercer escuadrón y a todo el ejército que ninguno acometiese sin su orden; que a su tiempo él daría la señal tremolando un estandarte.

XC. En seguida después, exhortando al ejército al estilo militar, y ponderando sus buenos oficios para con él en todos tiempos, ante todas cosas protestó, «como podía poner por testigos a todos los presentes del empeño con que había solicitado la paz; de las proposiciones hechas por Vatinio en presencia de los dos ejércitos; de la comisión dada a Clodio para tratar de ajuste con Escipión; los medios de que se valió en Orico con Libón sobre enviar embajadores de paz que jamás quiso que por él se derramase sangre, ni privar a la República de uno de los ejércitos». Concluido el razonamiento, a instancias de los soldados, que ardían en vivos deseos de combate, dio con la bocina la señal de acometer.

XCI. Servía de voluntario en el ejército de César, Crastino, comandante de la primera centuria que había sido el año anterior en la legión décima, hombre de singular esfuerzo. Éste, oída la señal: «seguidme, dice, antiguos camaradas míos, y prestad a vuestro general el servicio que le habéis jurado. Ésta es la última batalla; la cual ganada, él recobrará su honor y nosotros nuestra libertad». Y vueltos los ojos a César: «hoy es, dijo, señor, el día en que a mí, vivo o muerto, me habrás de dar las gracias». Diciendo y haciendo, arremetió el primero por el ala derecha, y tras él ciento veinte soldados escogidos de los voluntarios de su misma centuria.

XCII. Entre los dos campos mediaba el espacio suficiente para atacarse los dos ejércitos. Pero Pompeyo había prevenido a los suyos que aguantasen la primera descarga de César, ni se moviesen punto de sus puestos, dejando que los enemigos se desordenasen. Esto decían haber hecho a persuasión de Cayo Triario con el fin de quebrantar el primer ímpetu del ataque enemigo y darles lugar a que se desbandasen, y entonces unidos echarse sobre ellos en

viéndolos sin formación; que recibirían menos daño de los tiros de los enemigos estando quietos, que saliendo al encuentro, y con la esperanza también de que los soldados de César, teniendo que doblar la carrera, quedarían sin aliento y sin fuerzas del cansancio. Lo cual a mí me parece haberse hecho contra toda razón; pues que naturaleza infundió al hombre ciertos espíritus y bríos, que con el ardor del combate llegan a inflamarse, y que un buen capitán, lejos de apagarlos, más debe fomentarlos; y no sin razón establecieron los antiguos que, al comenzar la batalla, resonasen por todas partes los instrumentos bélicos y todos a una levantasen el grito, sabiendo que así los enemigos se aterraban y hacían coraje los suyos.

XCIII. Los nuestros, dada la señal, avanzando con las lanzas en ristre y advirtiendo que no se movían los pompeyanos, como prácticos y enseñados de otras batallas, por sí mismos pararon en medio de la carrera, porque al fin no les faltasen las fuerzas, y tomando aliento por un breve rato, echaron otra vez a correr, arrojaron sus lanzas, y luego conforme a la orden de César pusieron mano a las espadas. No dejaron de corresponderles los pompeyanos, sino que recibieron intrépidamente la carga, sostuvieron el ímpetu de las legiones sin deshacer las filas, y disparados sus dardos, vinieron a las dagas.

A este tiempo, del ala izquierda de Pompeyo, como estaba prevenida, desfiló a carrera abierta toda la caballería y se derramó toda la cuadrilla de ballesteros, a cuya furia no pudo resistir nuestra caballería, sino que comenzó a perder tierra y los caballos pompeyanos a picarla más bravamente, abriéndose en columnas y cogiendo en medio a los nuestros por el flanco. Lo cual visto, César hizo seña al cuarto escuadrón, formado de intento para este caso de seis cohortes. Ellos avanzaron al punto, y a banderas desplegadas cargaron con ímpetu tan violento a los caballos pompeyanos, que ni uno hizo frente, antes todos espantados, no sólo abandonaron el campo, sino que huyeron a todo correr a los montes más altos. Con su fuga toda la gente de honda y arco, quedando descubierta e inutilizadas sus armas, fue pasada a cuchillo. Las cohortes sin parar, dando un giro, embistieron por la espalda al ala izquierda de los pompeyanos, que todavía peleaban y se defendía con buen orden, y los acorralaron.

XCIV. Al punto César mandó avanzar el tercer escuadrón, que hasta entonces había estado en inacción y sin moverse del sitio. Con que viniendo éstos de fresco por el frente, y cargándoles los otros por la espalda, ya no pudieron resistir los pompeyanos, y así todos echaron a huir. No en vano César había predicho en su exhortación a los soldados que las dichas cohortes, que formaban el cuarto escuadrón contrapuesto a la caballería de Pompeyo, habían de comenzar la victoria. Ellas fueron las que la desbarataron; ellas hicieron aquella carnicería de los flecheros y honderos; ellas por la banda siniestra rodearon el ejército de Pompeyo y lo pusieron en huida.

Mas Pompeyo, vista la derrota de la caballería, y de aquel cuerpo en quien más

confiaba, desesperado de la victoria, se retiró del campo huyendo a uña de caballo a los reales, y a los centuriones que estaban de guardia en la puerta principal, en voz clara, que los soldados la oyeron: «Defended, dice, los reales, y defendedlos bien, si sucediere algún trance; yo voy a dar orden de asegurar las otras puertas, y otras providencias para la defensa de los reales. » Dicho esto, se metió dentro de su pabellón con temor de perderlo todo, pero aguardando no obstante el paradero.

XCV. Viendo a los pompeyanos refugiados a las trincheras, juzgando que no se les debía dejar respirar un punto ahora que se hallaban despavoridos, alentó a los soldados a no malograr la ocasión de apoderarse de los reales. Ellos, aunque ya rendidos y abrasados del sol, pues la función había durado hasta mediodía, con todo eso, prontos siempre a cualquier trabajo, le obedecieron. Las trincheras eran defendidas vigorosamente por las cohortes que allí quedaron de guarnición, y con mucho mayor pertinacia por los tracios y otras tropas auxiliares de bárbaros. No así por los soldados huidos de la batalla, que rendidos a la fatiga y desaliento, casi todos, abandonadas armas y banderas, tenían más cuenta de proseguir la huida que de guardar los reales. Pero ni los que guarnecían las trincheras pudieron por mucho tiempo aguantar el granizo de los dardos, sino que acribillados de heridas, desampararon el puesto, y guiados de sus capitanes y jefes, todos a un tiempo escaparon a las cumbres más altas de los montes cercanos.

XCVI. En los reales de Pompeyo fue cosa de ver las mesas puestas, los aparadores con tanta vajilla de plata, las tiendas alfombradas de floridos céspedes, y aun los pabellones de Lentulo y otros tales coronados de hiedra, fuera de otras muchas cosas que denotaban demasiado regalo y firme persuasión de la victoria; de donde fácilmente se podía inferir cuan ajenos estuvieron del contraste de aquel día los que con tanto esmero procuraban regalos excusados; y éstos eran los que al ejército pobrísimo y sufridísimo de César echaban en cara el lujo, cuando siempre anduvo escaso de las cosas más necesarias a la vida. Pompeyo, sintiendo a los nuestros dentro de las trincheras, montando a caballo, depuestas las insignias imperiales, echó a correr por la puerta trasera, y metiendo espuelas, va volando hacia Larisa. No paro allí, antes con la misma prisa, encontrando tal cual de los suyos que veían huyendo, sin cesar toda la noche, bajó a la marina con treinta caballos; y embarcado en un barco cargado de trigo, iba navegando y quejándose una y mil veces, según decían, «de su yerro en haberse prometido la victoria de unos hombres que, con haber sido los primeros a huir, tenían todos los visos de traidores».

XCVII. César, apoderado de los reales, insistió con los soldados en que no perdiesen la ocasión de acabar la empresa por detenerse al pillaje, y recabándolo, determinó cercar el monte con trincheras. Los pompeyanos, no habiendo agua en él, mal satisfechos del sitio, trataron de acogerse a Larisa.

César que lo entendió, dividió sus tropas: parte de las legiones dejó en el campo de Pompeyo; parte remitió al suyo; tomó cuatro de ellas consigo, y por un atajo marchó al encuentro de los pompeyanos, y caminadas seis millas, se puso en orden de batalla. Los pompeyanos, luego que lo advirtieron, hicieron alto en un monte bañado de un río. César esforzando a sus soldados, aunque se hallaban muy cansados con la incesante fatiga de todo este día, y ya cerraba la noche; sin embargo, con una esclusa separó el río del monte, para que los pompeyanos no pudiesen venir por la noche a coger agua. Estando al fin ya la obra, enviaron diputados a tratar de la entrega. Algunos senadores, que se habían juntado con ellos, se salieron de noche huyendo.

XCVIII. En amaneciendo, César ordenó a los del monte que bajasen al llano y rindiesen las armas. Obedecieron sin réplica, con las manos alzadas, y postrados en tierra le pidieron la vida. Él, consolándolos, los mandó levantar, y apuntándoles algo de su clemencia para quitarles el miedo, los perdonó a todos, intimidando a los soldados no los tocasen ni en sus personas ni en sus cosas. Practicada esta diligencia, mandó que le acudiesen del campo otras legiones y que las que tenía consigo tomasen la vez de reposo en los cuarteles, y aquel mismo día entró en Larisa.

XCIX. En esta batalla no echó de menos sino doscientos soldados, pero perdió treinta centuriones de los más valientes. Murió asimismo, haciendo prodigios de valor, aquel Crastino de quien arriba hicimos mención, atravesado el rostro de una estocada, cumpliendo puntualmente lo que había prometido al entrar en batalla, porque César creía firmemente que la fortaleza de Crastino fue sin par en el combate y había merecido todo su agradecimiento. Del ejército de Pompeyo se contaban al pie de quince mil muertos. Pero los que se rindieron fueron más de veinticuatro mil, porque también las guarniciones de los castillos se entregaron a Sila; otros muchos se refugiaron en las ciudades vecinas. Después de la batalla ciento ochenta banderas y nueve águilas fueron presentadas a César. Lucio Domicio, queriendo huir de los reales al monte, desmayado por falta de fuerzas, murió a manos de la caballería.

C. En este mismo tiempo Decio Lelio arribó a Brindis con su escuadra, y a imitación de Libón tomó la isleta que, como queda dicho, está delante del puerto. Vatinio, gobernador de Brindis, armó también sus chalupas entoldadas, y provocando a las naves de Lelio, tres de ellas que se adelantaron demasiado, es a saber, una galera de cinco órdenes de remos y dos menores, las apresó a la boca del puerto; asimismo por piquetes apostados de caballería no dejaba a la tripulación hacer aguada. Con todo esto, Lelio, aprovechándose de la buena estación para navegar, traía por mar agua de Corcira y de Durazo; ni desistía de su empeño, ni por mengua de las naves perdidas, ni por la falta de las cosas necesarias pudo ser expelido del puerto y de la isleta hasta tanto que supo el desastre de Tesalia.

CI. Casi al mismo tiempo aportó Casio a Sicilia con su armada naval de Siria,

Fenicia y Cilicia, y hallándose la de César en dos divisiones, una a cargo de Publio Sulpicio, pretor en Vibona cerca del Faro, la otra al mando de Marco Pomponio en el puerto de Mesina, primero surgió aquí Casio que Pomponio supiese que venía; y encontrándole asustado sin guardias ni tropa reglada, favorecido de un viento recio, disparó contra la escuadra de Pomponio unos navíos de carga atestados de teas, alquitrán, estopa y otras materias combustibles, abrasó todas sus treinta y cinco naves, de las cuales veinte eran entoldadas; y fue tan grande el susto que causó a todos este suceso, que habiendo una legión entera de guarnición en Mesina, apenas acertaban en la defensa de la plaza; y a no haber llegado en aquella sazón noticia de la victoria de César por la posta, los más tenían por cierto que se hubiera perdido. Pero llegando estas noticias al mejor tiempo, se mantuvo fuerte. Con que Casio enderezó de aquí hacia Cibona contra la escuadra de Sulpicio, y viendo nuestras naves arrimadas a tierra, por este mismo recelo, él hizo lo mismo que antes. Ayudado del viento en popa, destacó cerca de cuarenta brulotes, y prendiendo fuego por los dos costados, cinco navíos quedaron hechos ceniza. Como las llamas por la impetuosidad del viento se fuesen extendiendo, los soldados de las legiones veteranas, que por sus achaques habían quedado en la isla de presidio, no pudieron sufrir tan grande afrenta, sino que por su propio impulso subieron a las naves, alzaron anclas, y arrojándose de golpe sobre la armada de Casio, apresaron dos galeras de cinco órdenes de remos, una de las cuales montaba él. Pero Casio, saltando al bote, logró escaparse. De allí a poco se supo tan ciertamente la función de Tesalia, que hasta los mismos pompeyanos la creían ya; siendo así que antes la tenían por invención forjada de los subalternos y apasionados de César. Con que desengañado Casio, levantó velas de estas costas con su armada.

CII. César, ante todas las cosas, deliberó ir tras de Pompeyo dondequiera que se retirase huyendo, por no darle tiempo a que se rehiciese y renovase la guerra, y caminaba cada día tanto espacio cuanto podía aguantar la caballería, ordenando que le siguiese una legión a paso más lento. Estaba fijado en Anfipoli un edicto en nombre de Pompeyo, obligando a todos los mozos de aquella provincia, griegos y ciudadanos romanos, a que viniesen a dar el juramento; mas no se podía averiguar si Pompeyo lo había expedido con el fin de ocultar lo más que fuese posible su designio de proseguir la huida, o de mantener con nuevas levas la posesión de Macedonia, caso que no le persiguiesen. Lo cierto es que una noche se detuvo allí sin saltar a tierra y haciendo venir a bordo de su navío a los huéspedes que tenía en Anfipoli, y pedídoles por merced el dinero necesario para los gastos del viaje, noticioso de la venida de César, zarpó de aquella cala, y a pocos días surgió en Mitilene. Detenido allí dos días por el viento contrario, con el refuerzo de otros buques menores arribó primero a Cuida, y después a Chipre; sabe allí cómo todos los naturales de Antioquía y los ciudadanos romanos negociantes mancomunados

se anticiparon a coger el alcázar para no dejarle entrar, despachando mensajeros a los desertores de su ejército acogidos a las ciudades confinantes, con apercibimiento que no pusiesen los pies en Antioquía, si no querían perder la cabeza. Otro tanto había sucedido en Rodas a Lucio Lentulo, cónsul el año antes, y al consular de Pompeyo y llegando de arribada a la isla, los excluyeron de la ciudad y del puerto, y enviándoles recado que se fuesen a otra parte, mal de su grado hubieron de volver la proa. Y ya en esto volaba por las ciudades la fama de la venida inminente de César.

CIII. Sabidos estos azares, Pompeyo, no pensando más en el viaje de Siria, alzándose con los caudales de la compañía de los asentistas, y recogidas otras cantidades de algunos particulares, gran porción de cobre para los usos de la guerra, y armados dos mil hombres, parte de los empleados en las casas de contratación, parte de los mancebos de mercaderes y de aquellos que sus propias gentes juzgaban útiles para la milicia, dirigió su rumbo a Pelusio. Hallábase aquí casualmente Tolomeo, niño de menor edad, con un poderoso ejército en actual guerra con su hermana Cleopatra, a quien pocos meses antes había desposeído del reino ayudado de deudos y privados, y las tropas de Cleopatra estaban a la vista. Pompeyo envióle a suplicar que le amparase en su desgracia, acogiéndole en Alejandría por respeto al hospedaje y amistad de su padre.

Los enviados por su parte, cumplida la comisión, empezaron a tratar familiarmente con los soldados del rey, empeñándolos a interponer sus buenos oficios a favor de Pompeyo y a no desamparar al caído. Muchos de éstos habían sido soldados de Pompeyo, y sacaron en Siria de su ejército; Gabinio los condujo consigo a la ciudad de Alejandría, donde acabada la guerra, los dejó al servicio de Tolomeo, padre de este niño.

CIV. En vista de esto los ministros del rey, que por su menor edad gobernaban el reino, ya fuese por temor, como después protestaban, de que Pompeyo, sobornando el real ejército, se hiciese dueño de Alejandría y de Egipto; ya por desestimarle en su triste situación, siendo cosa muy ordinaria en las desdichas el trocarse los amigos en enemigos, a los enviados otorgaron de palabra francamente lo que pedían, y dijeron que viniese el rey enhorabuena, mas de secreto traidoramente despacharon al capitán de guardias Aquilas, hombre por extremo osado, y al tribuno Lucio Septimio, para matarle. Saludando ellos cortesanamente a Pompeyo, y éste fiado del tal cual conocimiento que tenía con Septimio, por haber sido oficial suyo en la guerra contra los piratas, entra en el esquife con algunos de los suyos, y allí es asesinado por Aquilas y Septimio. También Lentulo es preso por el rey y degollado en la prisión.

CV. Llegado César al Asia, halló que Tito Ampio había intentado en Efeso alzarse con el tesoro del templo de Diana, a cuyo efecto tenía convocados los senadores de la provincia para que fuesen testigos del importe, pero desconcertado su proyecto con la venida de César, huyó luego. Así fue que dos

veces salvó César el tesoro efesino. Dábase también por cierto cómo en Elida, en el templo de Minerva, la imagen de la Victoria colocada enfrente de la diosa y mirándola antes cara a cara, de repente volvió el rostro a las puertas y al umbral del templo, y echada la cuenta por días, se halló haber sucedido este prodigio en el mismo día de la victoria de César. Ese mismo día, en Antioquía de Siria, por dos veces se sintió tanto clamor militar y tal estruendo de guerra, que toda la ciudad se puso en armas sobre los muros. Otro tanto acaeció en Tolemaida. En Pérgamo, dentro del sagrario del templo, donde a nadie es lícito entrar fuera de los sacerdotes (y por eso lo llaman los griegos inaccesible), tocaron por sí mismos los timbales. En Trales, en el templo de la Victoria, donde habían dedicado a César una estatua, se mostraba una palma que, arraigada en el pavimento del templo, asomó aquel día en el techo por entre las juntas de las piedras.

CVI. César, a pocos días de detención en Asia, oyendo que Pompeyo había sido visto en Chipre, conjeturando que iba de viaje a Egipto por lo mucho que aquel reino le debía y otras ventajas del país, haciéndose a la vela con la legión que le vino siguiendo por orden suya de Tesalia, y otra que pidió de Acaya al legado Fusio, y ochocientos caballos, y diez galeras de Rodas y algunas otras de Asia, desembarcó en Alejandría. Los legionarios de su convoy eran tres mil doscientos; los demás, desfallecidos por las heridas de tantas batallas y por la fatiga y el largor del camino, no pudieron andar tanto. César, empero, confiado en la fama de sus hazañas, no dudó aventurarse con tan débiles fuerzas; antes le parecía que por dondequiera iba seguro. En Alejandría se certifica de la muerte de Pompeyo : y no bien había saltado en tierra, cuando llegó a sus oídos la confusa gritería de los soldados puestos por el rey de guarnición en la ciudad; y repara que la gente se alborota, porque le precedían las insignias consulares, voceando todos ser esto en menoscabo de la majestad del rey. Apaciguado este tumulto, cada día se suscitaban otros nuevos por la gran chusma del pueblo desenfrenado, matándole muchos soldados por cualquiera parte de la ciudad.

CVII. César, visto el desconcierto, mandó traer del Asia otras legiones formadas de los soldados de Pompeyo, ya que se veía precisado a mantenerse allí por los vientos que reinaban en aquella estación totalmente contrarios para salir de Alejandría. Entre tanto, juzgando que las diferencias de los reyes tocaban al tribunal del Pueblo Romano y al suyo en cuanto cónsul, mayormente que por ley y decreto del Senado se había hecho confederación con Tolomeo el padre en su primer consulado, significóles ser su voluntad que así el rey Tolomeo como su hermana Cleopatra despidiesen sus tropas y pleiteasen ante su persona con razones y no entre sí con las armas.

CVIII. Tenía mucha mano en el gobierno del reino su ayo, que era un eunuco por nombre Potino. Éste primeramente comenzó a sembrar quejas entre los suyos y mostrarse ofendido de que un rey fuese citado a dar razón de sí,

después, valiéndose de la ayuda y confianza de algunos queridos del rey, con gran secreto hizo venir de Palusio a la corte toda la tropa y por comandante aquel Aquilas arriba mencionado, a quien prometiendo montes de oro en nombre suyo y del rey, le declaró sus intenciones por cartas y terceros. En el testamento de Tolomeo el padre eran señalados herederos, de los dos hijos, el primogénito, y la mayor de las dos hijas. Concluía el testamento conjurando al pueblo romano con grandes plegarias por todos los dioses y el trato de alianza firmado en Roma, que se cumpliese así a la letra. Sacáronse dos copias del testamento; una llevaron a Roma sus embajadores para guardarla en el archivo, si bien no pudiendo lograrlo a causa de los muchos negocios públicos, se depositó en casa de Pompeyo; la otra, refrendada y sellada en Alejandría, era la que ahora se presentaba.

CIX. Cuando se estaban ventilando esos puntos ante César, y él con más empeño en razón de amigo y árbitro desapasionado procuraba componer los intereses encontrados de los reyes, al improviso se halla con la novedad de que venía marchando todo el ejército del rey hacia la corte. La gente de César no era tanta que bastase a contrastarle sin riesgo fuera de la ciudad. El único recurso era fortificarse bien dentro de sus alojamientos y ver por dónde Aquilas rompía. Entre tanto armó todos sus soldados, y rogó al rey que de sus confidentes enviase los más acreditados para notificarles su real beneplácito. Fueron en efecto enviados Dioscórides y Serapión, embajadores que habían sido en Roma de Tolomeo el padre, con quien privaban mucho. Apenas los vio Aquilas, antes de oír a qué venían, los mandó arrestar y matar al momento. Uno de ellos, amortecido al primer golpe, fue retirado de los suyos por muerto; el otro murió efectivamente. Con esta demostración logró César el tener el rey de su parte; y por razón de la gran reverencia con que sabía era mirada la majestad real entre los suyos, él persuadir a todos que aquella guerra se hacía sin consentimiento del rey por sola malicia de algunos malcontentos y éstos unos forajidos.

CX. Verdad es que las tropas de Aquilas no eran de menospreciar, ni por el número, ni por la calidad de gente, ni por la disciplina militar. Llegaban a veinte mil combatientes, que se componían de los soldados de Gabinio, ya hechos a la manera de vivir de los alejandrinos y a su disolución; olvidados del nombre y severidad del Pueblo Romano, estaban aquí casados, y los más con hijos; otros eran gente allegadiza de los corsarios y bandoleros de Siria, de Cilicia y de las provincias comarcanas, además de muchos menguados y bandidos. Todos nuestros esclavos fugitivos encontraban segura acogida y cierto acomodo en Alejandría sólo con asentar plaza de soldados; y si alguno caía en manos de su amo, luego concurrían en tropel a sacarle de ellas, porque la defensa de estos tales la miraban como propia, considerándose culpados ellos mismos. Éstos, conforme al estilo antiguo de la soldadesca alejandrina, siempre que se les antojaba, pedían la muerte de los ministros de los reyes,

saqueaban las casas de los ricos, a fin de aumentar su sueldo, sitiaban el palacio real, derribaban a unos del trono, a otros colocaban en él. Fuera de éstos se contaban dos mil hombres de a caballo, que habían gastado toda su vida en las guerras frecuentes de Alejandría. Éstos habían restituido a Tolomeo padre en su reino, muerto a dos hijos de Bibulo y peleado muchas veces con los egipcios: ésta era toda su experiencia en la milicia.

CXI. Confiado, pues, Aquilas en estas tropas y despreciando el corto número de los soldados de César, échase sobre Alejandría, y encaminándose luego a los cuarteles de César, intenta forzar al primer ímpetu su alojamiento. Pero éste, con apostar sus soldados en las bocas de las calles, contrarrestó su furia. Al mismo tiempo hubo un choque en el puerto, el cual fue muy reñido y porfiado; por cuanto divididas las tropas, a un tiempo se peleaba en diferentes calles, porque los enemigos en gran número ponían todo su esfuerzo en apresar las galeras arrimadas al muelle. Cincuenta de éstas eran de las que venían de socorro a Pompeyo, que después de la batalla de Tesalia dieron acá la vuelta: y eran todas de tres y cinco órdenes de remos, bien equipadas y tripuladas. Demás de éstas había veintidós cubiertas por encima, destinadas a la defensa de la ciudad; que una vez cogidas, arruinada la marina de César quedarían dueños del puerto y de la mar toda, y le cortarían los víveres y socorros. Así que se trabó la pelea con tanto calor como el caso lo pedía; viendo él que del buen éxito dependía la pronta victoria y ellos que aseguraban su vida. Pero al fin César salió con la suya, quemando todas aquellas naves y las demás reservadas en los arsenales, atento que no era posible conservarlas por tantas bandas con tan poca gente; y sin detenerse fue a desembarcar con sus soldados a la concha del Faro.

CXII. Es el Faro una torre altísima de fábrica maravillosa en medio de una isleta del mismo nombre. Esta isla, situada frente de Alejandría, forma con ella el puerto, si bien en tiempos antiguos se comunica con la ciudad por un dique estrecho y un puente que tiene de largo novecientos pasos. Hay en esta isleta varias caserías de gitanos y un arrabal comparable a una villa, y viene a ser una madriguera de corsarios que se echan sobre cualquiera embarcación que por inadvertencia o por alguna tempestad se extravía por allí, y la roban. Por lo demás, si no quieren los que son dueños del Faro, es imposible, por ser la garganta estrecha, la entrada de ningún navío en el puerto de Alejandría. En atención a esto, César, mientras los enemigos estaban más empeñados en el combate, con el desembarco de sus soldados se apodera del Faro y pone presidio en él. Con eso se consiguió el poder proveerse por más seguramente de vituallas y socorros. En efecto, despachó luego a buscarlos por el contorno y los juntó de las regiones cercanas. En las demás partes de Alejandría se prosiguió la refriega sin ventaja por ninguna de las partes, manteniendo cada cual firme su puesto con pocas muertes a causa de la estrechura de las calles. César, ocupando los lugares más importantes, los fortificó de noche,

comprendiendo entre ellos la pequeña estancia del palacio real donde le alojaron desde el principio, pared por medio del teatro que servía de alcázar, con salida para el puerto y los arsenales. Estos lugares fuertes guarneció los días siguientes con nuevos reparos, para defenderse como con una muralla contra los ataques y no ser obligado al combate por fuerza. En esto la hija menor del rey Tolomeo, esperando ocupar el trono vacante, se trasladó de la corte al campo de Aquilas y empezó con él a dar órdenes en los negocios de la guerra; pero bien presto riñeron sobre „, quién había de mandar más, competencia que aumentó gajes a los soldados, solicitando cada cual con dispendios granjear las voluntades de la tropa. Mientras esto pasaba entre los enemigos, Potino, ayo del rey niño, gobernador del reino en el partido que sostenía César, cogido en fragante con cartas para Aquilas en que le exhortaba a no desistir de la empresa ni caer jamás de ánimo, descubiertos y arrestados sus emisarios, fue condenado a muerte por César. De aquí tuvo principio la guerra de Alejandría.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para obtener más e-Books GRATUITOS visita Freeditorial.com